

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20 - 26 noviembre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - H Epoca - Núm. 364

EL SABER SI OCUPA LUGAR

**MAS DE
70.000 ESTUDIANTES
CURSAN HOY CARRERAS
UNIVERSITARIAS**

**Los nuevos alumnos
de Derecho hablan
de sus preferencias,
aspiraciones
y dificultades**

**El "getulismo" ha
triunfado en el Brasil**

Getulio Lott es el hombre fuerte de la situación (pág. 13)
Carta del director para los lectores (pág. 7) * «Entrevista con el embajador de los Estados Unidos, por Enrique Ruiz García (pág. 9) * «Formentera», por J. Pol Giral (página 18) * «La estafa científica de Ronald Richters» (pág. 19) * «Consuma usted más azúcar», por Ernesto Salcedo (pág. 23) * «Entrevista con Eduardo Auladell», por C. L. Alvarez (página 28) * «Arquitectura española actual» (pág. 32) * «No sabemos lo que hacen», resumen del libro de Jean Madiran (pág. 46) * «Almendralejo», por Jiménez Castiell, enviado especial (pág. 51) * «Young Martin y Fred Galia», por Alfonso Barra (página 58)
METRISMO Y SU AVENTURA, novela, por Rafael Sánchez-Campoy



Entrada de la Universidad de Barcelona



El primer estornudo

Un estornudo aislado puede no ser nada, a lo sumo, acción refleja de cualquier estorbo respiratorio pasajero. Pero el «primer» estornudo, en cambio, puede ser mucho. Por lo pronto, su repetición indica que la causa no ha desaparecido. La mucosa está inflamada por algo. Será peligroso no desinfectar inmediatamente la garganta con Antiséptico Listerine. Está comprobado su gran poder germinicida.

ANTISEPTICO

LISTERINE

DESINFECTA BOCA Y GARGANTA



DESDE 7,80

Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

EL SABER SI OCUPA LUGAR



Más de setenta mil estudiantes cursan hoy carreras universitarias

LOS NUEVOS ALUMNOS DE DERECHO HABLAN DE SUS PREFERENCIAS, ASPIRACIONES Y DIFICULTADES

HACE un mes que ha empezado el curso. Más de setenta mil alumnos llenan las aulas de las Universidades españolas. Uno a uno vamos a pasar revista a los primeros cursos de las distintas carreras de hoy en día. Empezamos por Derecho, tal vez porque Derecho sea la Facultad que más alumnos junta al comienzo del año. Estudiante de Derecho es tal vez una de las cosas que todo hombre de libros ha sido o ha pensado ser en su juventud. La carrera de Derecho sigue siendo, hoy por hoy, la primera en número de matriculados, la carrera universitaria que atrae a más estudiantes. Concurren en ello muchos factores: menos dificultad aparente en estos estudios que en los de tipo físico, químico o matemático; mayores posibilidades en cuanto a eso que todo estudiante conoce como «salida» a la terminación de las carreras—en Derecho las hay de ganar muchos miles de pesetas, hasta la colocación sin preocupaciones ni ambiciones, que permite vivir simplemente con un sueldo al mes—; el aliciente de la libre profesión, donde la valía personal del individuo sale a flote en toda causa que ha sido ganada...

Un título de licenciado en Derecho, con su marco puesto en el despacho de la casa, puede haber sido conseguido en Salamanca, y el título, entonces, vale para Hispanoamérica; o la terminación de la carrera pudo haber



Cuatro fotografías de los estudiantes de Derecho de la Facultad de Madrid

ber tenido lugar en Barcelona, donde el campo jurídico industrial es más amplio; o se pudo



haber salido de las aulas en Granada, viniendo incluso desde Marruecos; o en Madrid, en la Universidad Central, en las clases de la tradicional calle de San Bernardo; o en Sevilla, o en Oviedo, o en Murcia, o en cualquiera de las Facultades españolas.

El estudiante es, dentro de ese gran conjunto que se llama sociedad, un tipo bien definido.

Va a ir saliendo, pues, esa vida del estudiante de primero y segundo curso de Derecho: sus aspiraciones, sus dificultades, sus ocupaciones al margen de los gruesos volúmenes de Derecho Romano o de Derecho Civil, sus amistades, sus juegos favoritos...

Cuatro Facultades de Derecho nos han servido para que sus alumnos hablen: Barcelona, Salamanca, Granada y Madrid. Cuatro Facultades iguales y distintas; cuatro Facultades escogidas al azar, pero que bien pudieran ser, si cada uno lo quiere, la suya propia; la suya, que está enclavada en el este o en el oeste, en el sur o en el norte de nuestra geografía.

OCHOCIENTOS ALUMNOS EN UN AULA

La entrada a las clases es bien temprana: las nueve de la mañana. Al final de la calle de San Jerónimo, en la plaza de la Universidad, junto a la iglesia de la Colegiata, la Facultad de Derecho granadina abre sus puertas. Por allí, lo mismo que por la calle de San Bernardo, en Madrid, o que en las inmediaciones de las catedrales salmantinas o que en la barcelonesa avenida de José Antonio, centenares de alumnos llegan en apretado pelotón, con más desorden que orden en las piernas.

En primero y en segundo cursos de Derecho hay más alumnos que en Facultad alguna. Acaban de llegar, la mayoría, del Colegio, del Instituto o de las Academias donde hayan preparado su curso preuniversitario. En Madrid, por ejemplo, son ochocientos en primero y unos seiscientos en segundo; en Granada ciento setenta y cinco y ciento cincuenta, respectivamente. Barcelona y Salamanca presentan sus cifras entre estos extremos.

—El que antes llegue, ocupará mejor sitio—dice Lorenzo Martín García, de Salamanca.

Esta es la primera batalla sin sangre que ha de sostener el alumno de primer curso o de segundo curso de todas las Universidades; que, poco más o menos, el número de asistentes viene a ser parecido.

—Muchas veces, sobre todo al principio del curso, hay que estar de pie—habla José Manuel Arijá Hernández, que un día llegó de Toledo hasta la capital de España.

Las clases, en efecto, son pequeñas. No es que sean pequeñas en sí; es que los asistentes, el gran número de los asistentes, las ha hecho quedarse diminutas.

Sin embargo, el curso avarza; José Rodríguez, allá en Barcelona, hace ahora la afirmación.

—El curso avanza y las aulas se van quedando, en la medida que cabe, algo más vacías. Ya en enero hay sitio para todos. Pero los últimos, la verdad, pueden tranquilamente leerse una novela o jugar al consabido «guerra de barcos». El catedrático no podrá, por la distancia, llamarles la atención.

Hoy, la mujer ha ocupado, afortunadamente como era de justicia, el mismo lugar que el hombre. Hoy, la mujer, igual estudia Derecho, que Filosofía, que Medicina o que ingeniero agrónomo. Pero las futuras abogadas, sobre todo en las clases de primero, han de conquistar, madru-

gando, el sitio desde el cual se oiga lo suficientemente clara la explicación diaria.

Y a veces se quejan de sus compañeros. María Luisa Hernández Gallego, de Madrid, así lo hace:

—Echo de menos educación por parte de los chicos. Bueno, no en todos...

Y María Luisa, puesta a quejarse, se queja de los libros:

—Algunos textos, la verdad, los encuentro demasiado caros.

En efecto: la media de los libros de Derecho suele ser de 250 pesetas, y luego, al final, casi dos o tres cuadernillos, y a veces más, vienen ocupados por índices de materias, trozos escogidos en latín o texto similar, que si en algunos casos se suprimiera, haría abaratar la obra sin perjudicar para nada el rigor científico.

De nueve a dos, clase, por lo general. Entre clase y clase, si hay cambio de aula, hay también carreras por los pasillos. Carreras con alegría, con optimismo, con buen humor, porque para eso se está en los diecisiete años juvenísimos. Y los bedeles—como Espinosa y Olivenza, de Granada—ven pasar la desbandada alborotadora.

Después, a comer. A casa, a los comedores, a los Colegios Mayores... Que luego, por la tarde, hay que ir a prácticas o quedarse—al principio, no mucho, eso sí—a estudiar.



Aquí vemos a los estudiantes de Granada que van para abogados

LOS PROFESORES A VISTA DE PAJARO

La plaza de San Julián, en Salamanca, presenta un Colegio Mayor de nueva construcción. A él llegan estudiantes de rasgos típicos, de rasgos extranjeros, pero conocidos: son los estudiantes hispanoamericanos.

—Estupenda vida de compañero en este Colegio—comenta Antonio Felipe Bernard, un simpático estudiante argentino matriculado en la Facultad de Derecho de la ciudad castellana.

El Colegio Mayor es hoy alojamiento no sólo de estudiantes de fuera de España, sino de estudiantes de dentro, de nuestras provincias. Así, en Madrid, están Mariano García Muñoz, el cual, según sus palabras, «lo que más le divierte es la sobremesa del Colegio Mayor», y José Quesada Cañada y Francisco Ramalho Massanet, del «José Antonio» madrileño, afirman lo mismo. Las sobremesas de los Colegios Mayores son, pues, actos de feliz recordación.

La casa, la comida en familia es, por fuerza, acto mayoritario entre los estudiantes.

Representantes de este grupo pueden ser, en un ejemplo, Gerardo Muñoz Enrique y Mariano Martínez Lustáu, de Granada; o Lorenzo Martín García y Fernando Martín González, de Salamanca; o Josefina López Vera y Luis del Valle, en Madrid; o Manuel Plans y Josefina Vila, en la Condal Ciudad.

Luego están los de las pensiones.

—Claro, no es lo mismo la pensión que la casa de uno. Sin embargo, la nuestra es buena y no se come mal—habla José Vicente Coves, que es un valenciano que reside en la Ciudad de los Cármenes.

Después de comer, algunos días, a prácticas.

Suelen estar los alumnos separados en grupos, para facilitar la labor de los auxiliares. Pero, sin embargo, las clases se llenan. En la Facultad de San Bernardo, las prácticas se dan en las aulas grandes, en las aulas donde hay que subir casi treinta escalones hasta llegar al último banco. Y, dos minutos antes de empezar, el último banco está lleno.

—Las prácticas debían ser más prácticas y menos teóricas—dice un mallorquín de diecisiete años que estudia en Madrid—. Se convierten en meros interrogatorios; es otra vez preguntar la lección, y no nos ponen casos prácticos, que es lo interesante.

Pongan o no pongan casos prácticos, el caso es que más de una





pregunta por curso, raro es el alumno que la tiene. Porque a cien alumnos sí que llegan en un grupo. Y cien días de prácticas no las hay, ni mucho menos, en la temporada.

En resumen, así, a larga vista, lo mismo en Barcelona, que en Madrid, que en Granada, se termina el día de contacto con los profesores. Muchos hay que se quejan precisamente de la falta de entendimiento. Como afirma un estudiante madrileño de primer curso, Honorio Gómez Martínez:

—Falta relación entre el alumno y el profesor.

Y José Quesada corrobora:

—La Universidad me ha decepcionado. Nosotros apenas si tenemos trato con profesores. Reconozco que, desde luego, somos muchos alumnos, demasiados, y que a los profesores les es imposible atenderlos.

EN LA DIVERSION SI QUE HAY DIFERENCIAS

Las mañanas de los días de clase suelen ser parecidas entre los estudiantes de Madrid, de Barcelona, de Salamanca o de Granada. Porque si unos escuchan las explicaciones de Pérez Serrano, otros oyen, a la misma hora, hablar de las fuentes del Derecho visigodo o de las acciones que permitían en Roma manumitir a un esclavo.

Mas cuando llega un día de fiesta, un estudiante de Granada no se parece en nada a uno de Barcelona.

El paseo de los Reyes Católicos en Granada tiene un nombre entre los estudiantes: «el tóndromo»; sólo es pasear para arriba, pasear para abajo. El mismo paseo recibe también el nombre de «paseo del enganche», pensando, tal vez, en las sonrisas que las jovencitas de la ciudad puedan dirigir, por gracia, a los jóvenes matriculados. Pero hay veces que los jóvenes matriculados se marchan a las tabernas: la «pipirrana» se toma en las bodegas de la Plaza Nueva, o en las de Mariana Pineda, o en la típica Castañeda de la calle Elvira, o en la de Escribano de Almirceros. Y luego, vuelta a pasear a ver si se topa uno con un buen conocimiento. Si es verano se va uno a estudiar—bueno, es un decir—camino del Generalife, en la Alhambra. Y si es invierno cerrado, se busca el sol en el paseo de la Redonda, junto a la vega granadina.



Entre los estudiantes de Derecho de Barcelona puede verse alumnos de color, clases llenas e, incluso, curiosidad por las noticias que trae la Prensa de los lunes

Acciones semejantes tienen lugar en Salamanca, en el campo de tiro; pero donde está el fuerte numérico es en la Plaza Mayor, en la terraza del Nacional en la de las Torres o en la del Regio. Y las costumbres de paseata son las mismas que allá por el Sur.

Madrid y Barcelona, en esto de



pasear, desdibujan más al estudiante. Tal vez la calle de Serano, en Madrid, o las Ramblas, en Barcelona, agrupen a cierto número de futuros abogados. Pero no mucho. Porque otras calles, como la Gran Vía madrileña o la plaza de Cataluña, pueden completar la nomenclatura.

Esto en día de fiesta. Que en los ratos libres de los laborables hay para todos los gustos y todas las preferencias en cuanto a la forma de matar el tiempo, que no sea el pasear detrás o al lado de una chica.

En Granada hay a quien le gusta el cine — como a José Mata González y a José Martín Rodríguez—; en Salamanca, unos prefieren el fútbol—como Antonio Sacristán Díaz Arévalo y Jenaro Albarrán Martín—; en Madrid hay otros que prefieren el teatro —como Mari Carmen Rodríguez—, y allá en Barcelona puede hacerse un resumen completo en todas y cada una de las Facultades recorridas.

Y eso sí, los estudiantes, a la hora de la diversión, tienen el mismo humor alegre, aunque no lo parezca, que a la hora de entrar a empujones en las aulas.

EN PREFERENCIAS LITERARIA HAY PARA TODAS LAS TENDENCIAS

Apolinar Serrano Fernández es un alumno de primer curso de De-





En el bar y en los pasillos de la Facultad de Derecho de Salamanca los alumnos han echado el completo

recho de la Universidad de Salamanca.

—Me gusta estudiar más en la biblioteca de la Facultad, porque hay más ambiente—dice.

En esto de los lugares donde estudian los estudiantes—los estudiantes para esto están—hay diversidad de opiniones. Generalmente, casi todos prefieren una: no tener que estudiar; pero, puesto que a ello se han dedicado, hay hasta quien estudia en lugares inverosímiles, como Enrique Mora, de Madrid, que honradamente confiesa:

—Yo estuve preparando Industriales; no pude ingresar, y ahora estudio Derecho, y lo estudio en la oficina, para que mi padre me pueda vigilar.

Las chicas, lo mismo en Madrid, que en Barcelona, que en Salamanca, que en Granada, suelen estudiar en casa. Ahí está María Antonia, una estudiante jurista que es de Bañalona, representándolas a todas

Después de los ratos de estudio, ratos más intensos a medida que pasan los meses, aparecen las preferencias literarias. Casi podríamos decir que preferencias literarias hay tantas como autores en el mundo de las letras; como autores y como lectores. Porque cada uno tiene sus gustos y sus aficiones.

En Granada hay quien prefiere los clásicos, como opina Luisa Limia Lliquiniano; o quien ya tiene escrita su obra, como José Luis Robles Díaz, que ha publicado en ciclostil «Memorias del Campamento de Montejaque»; en Salamanca, los novelistas modernos, como expresan Mariano Alonso Pérez y Manuel Camino Paniagua; en Barcelona, los filósofos, como hablan José Pons y Manuel García, y en Madrid hay incluso quien antepone a Pérez y Pérez como la simpática alumna que se llama María Teresa Gil de Juana.

La música es, entre los deleites del espíritu, la que ocupa tam-

bién destacado lugar en eso de los gustos extraestudiantiles

Y las mujeres, quizá sabiendo lo que se hacen, son, en porcentaje, las que mayormente gustan de los conciertos, de los buenos conciertos de famosas orquestas y renombrados directores. Margarita González y María Angeles Tárraga González, de la madrileña Facultad, encabezan la larga lista que se formase.

Como curiosidad, aunque De echo pudiera parecer carrera esencialmente literaria, si entendamos el vocablo en su concepción de carrera de letras, hay, no obstante, algunos que prefieren las Ciencias.

—Me gustan mucho las matemáticas.

Esto lo ha dicho María Luisa Hernández Gallego, alumna de primer curso de la Facultad de Derecho de Madrid.

Por último, y tal vez por que ello esté al final de la carrera, aparece el futuro, las salidas que vendrán cuando se consiga el flamante y honroso título de abogado.

Cinco años son muchos para que el propósito del principio quede mantenido al final. Y más cuando en muchos casos no hay una vocación firme y decida por la profesión elegida.

—Yo quiero ser catedrático de Derecho Romano—dice Andrés Aveino de la Torre Pérez, un gallego de El Ferrol del Caudillo, que estudia primero de Derecho en Salamanca.

Salamanca es la Facultad en donde más vocaciones hacia cátedras futuras se pulsan entre los estudiantes. En cambio, Madrid da el mayor contingente de posibles opositoristas. Este es el caso de Leandro Pintor García, un

Las clases de primero de Derecho en Salamanca, como en todas partes, aparecen totalmente llenas, y las escaleras de la Facultad resultan ya insuficientes

becario de Badajoz, que lo que de verdad le hubiera gustado ser, según confesión, es ingeniero industrial.

Barcelona se decide con gran peso por el ejercicio de la libre profesión. Las asesorías jurídicas de las fábricas son ancho campo donde el talento y la habilidad pueden lograr resonados triunfos.

Y en Granada hay de todo; de todo casi por igual.

Entre las mujeres podríamos hacer un campo aparte. Las hay como la madrileña Margarita González, que no tiene todavía proyectos de ninguna clase; otra como la granadina Dulce Guindos Molina, que le gustaría el libre ejercicio de la profesión; a otras les gustaría la enseñanza, como a Florencia Soriano Loredia, y algunas, como María Luisa Aranda Gallego, tienen otros objetivos:

—Terminaré la carrera; pero, si puedo, no la ejerceré; porque yo la verdad, me quiero casar.

Aspiraciones tienen los hombres y las mujeres para el futuro. La mayoría terminarán la carrera. Sin embargo, habrá algunos que se queden en mitad del camino, porque les salieron otros negocios, otras ocupaciones. Y si de una chica se trata, tal vez la boda, una buena boda, elegido el novio entre muchos pretendientes —ahí está para decirlo Josefina Calatayud Maldonado, en Granada—, interrumpa el devenir de los cursos.

Pero entre madrugones, aperturas en clase, poco contacto con los profesores, dificultades en las prácticas o estudios en bibliotecas, en jardines o en la cocina de la casa propia, la vida de los numerosos estudiantes de primero y segundo cursos de Derecho de las Facultades de Madrid, Barcelona, Salamanca y Granada, tiene un signo optimista: alegría y voluntad frente a todas las dificultades.

(Fotos Basabe, Vals, Torres Molina y Gombau.)



CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

JOSE Antonio Primo de Rivera era tan magnánimo, tan grande de España, que no le puedo atribuir antipatía contra nadie, malquerencia alguna; puesto que su cerebro y sus sentimientos cristianos eran unitarios, integradores, federadores. Si no fuese por esta calidad sobrehumana que no admitía los antis, yo hubiese escrito ya que José Antonio era el anti Ortega y Gasset, pero no por represalia frente a un intelectual de los que negaron a su padre el pan y la sal, sublevándose sin riesgo ante quien representaba patrióticamente cuanto había de afirmativo en la generación del 98, generación coetánea, que era la suya y la de sus principales colaboradores desde el general Sanjurjo a Largo Caballero y desde el conde de Guadalhorce a Ramiro de Maeztu; sino porque los dos se encararon con la juventud y con el futuro de los españoles en el mismo escenario del teatro de la Comedia, a la misma edad, con igual ambición política, aunque no con idénticos resultados. Don José Ortega habló alrededor de la treintena, en la primavera de 1914, bajo el pórtico de la primera guerra mundial inminente, a la que se hubiese incorporado, como Italia, atraída a las trincheras, cual un toro manso, por la camisa doblemente roja del hijo de Garibaldi, voluntario muerto en el frente francés; pero el intervencionismo de Ortega era retórico, puesto que se limitó a publicar con su firma en el número uno de su revista «España», costeada por el dinero de los gabachos neumáticos Dunlop, la reseña de la caída del garibaldino, cuya camisa había sido tremolada por los foros romanos.

El discurso de José Antonio, pronunciado a los treinta años, es el discurso del 29 de octubre, el discurso inaugural, que contenía encapçalados el 18 de Julio y el 20 de Noviembre. O sea dos fechas concretas, germinales, plétoras. El discurso de Ortega produjo una Liga de Educación Política fantasmal, cuya lista de adheridos empezaba por Azaña y concluía por Zulueta, todo el elenco republicano, que, sin embargo, dió de lado a don José. El discurso de José Antonio encuadró a los jóvenes mesiánicamente en esa cosa difícil y embriagadora, maternal y patriarcal que se ha llamado la Falange.

En 1933, la juventud más original y de talento más bravío había desertado de Ortega, a pesar de ese «sex-apeal» para las mentes juveniles y para los débiles mentales que emana el estilo orteguiano. Su aportación era innecesaria en un momento tan tercamente dramático para nosotros, pues nos había elogiado de una manera ciceroniana desde el Congreso de la trituration azañista del Ejército y había fracasado el proyecto de sus discípulos de enrolar a los muchachos universitarios en un pretendido «Frente Español». Ya he dicho que le habían abandonado los mejores de sus satélites en torno a «El Sol» y a la «Revista de Occidente», cuales Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma Ramos, segregándose con dolor y alegría, ya que la autoridad del antiguo magisterio ya no vigía y sólo restaba el despotismo de un círculo esotérico. El intelecto filosófico y matemático de Ledesma iba a fundar las J. O. N. S. lejos de Ortega, a pesar de que en ocasiones anteriores le había servido hasta

de guardaespaldas, cuando a don José afectaban tanto los ataques ajenos. Giménez Caballero descubrió en su «Genio de España», entre todos los secretos entrañables de España, cuál era la enfermedad secreta de Ortega, de la que no quiso contagiarse, no obstante su vieja amistad y su discipulado. Era una revisión, tal vez demasiado cruel, la que nos apartaba a cuantos luego se nos denomina con cierto retintín, promoción de la guerra, de la frivolidad, de la irresponsabilidad, del «flirt» de entonces. Utilizo esta palabra «flirt», porque José Antonio la emplea en su «Homenaje y reproche a Ortega y Gasset», aparecido en la revista «Haz» hace exactamente dos décadas. El vocablo «flirt» rima a maravilla con el vocablo antes utilizado «sex-apeal».

Si esta promoción de la guerra no hubiera existido, la promoción de Ramiro, de José Antonio y de Franco que enraizaba con la perseverancia tradicional en las guerras carlistas, nuestra nación no sería un país de libertad, sino de tiranía, y estaríamos unidos al enorme Estado totalitario tras el «telón de acero». El ideario necesario no podía ser toranosolado, iridiscente femenino como aquella prododia, sino que tenía que tener la dureza y la verdad de todos los metales nobles.

Lo único que ha permanecido de moda a partir de aquel tiempo es el uso y abuso de la circunstancia, acaso como atenuante o eximente de nuestros pecados. Cuando se estrenó en la Ciudad Universitaria el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, que parecía la plasmación arquitectónica de un trío filosófico—Ortega, Morente y Zubiri—, sentí ganas de pergeñar una novela con el título de «Susana y su circunstancia», acerca del ambiente estudiantil de la época. Susana era Susana Mocerri, la alumna encargada de vigilar la limpieza y confort de la nueva Facultad, donde las mujeres habían introducido su imperialismo y a la vez su debilidad, ya que si había huelga de estudiantes y peligro de romperse a pedradas los amplísimos ventanales, las muchachas lloraban delante de los bárbaros, detenidos de este modo. El ardid de las lágrimas no impidió que acampasen los soldados en la Ciudad Universitaria, transformada en terreno de combate, con trincheras y minas subterráneas. Zubiri se secularizó, contrayendo matrimonio canónico con la hija de don Américo Castro, y García Morente se puso los hábitos talares, entrando en el orden sacerdotal, tal un piadoso clérigo hasta su muerte. Los alumnos de Filosofía y Letras, o fueron asesinados—sois los muertos a los que dirijo esta carta—o se alistaron en las Centurias y en los Tercios militares, obediendo a su porvenir, porque no era un capricho fratricida o sádico de Ramiro o de José Antonio el de habernos anticipado y pagado con su sangre el problemático y sin dilema tiempo futuro. Estos maestros no habían seducido ni extraviado a la juventud; porque eran los propios jóvenes que habían sido capaces de librarse de las tentaciones de facilidad, de comodidad, de crítica y licencia. Echar los pies por alto es algo excesivamente gratuito. Lo que requiere un temple superior y una disciplina en el cerebro es someter los pies más juveniles a la marcha acompañada de nuestro pueblo cuando avanza.

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

ENTREVISTA CON EL EMBAJADOR DE ESTADOS UNIDOS

"NO PUEDO ENCONTRAR NINGUNA RAZON PARA EN LA O. N. U."

FALTABAN pocos minutos para las cinco cuando Mr. MacEvoy se quejaba de frío y de calor, consecuencia directa de los problemas que lleva aparejados consigo la alta civilización de la calefacción invisible y el aire acondicionado. Así, cuando algo no funciona bien o se estropea, no sabe uno qué timbre apretar para tener suerte.

a Mac-Evoy. Un día, como un no-Prensa de la Embajada de los Estados Unidos, se alisó, instintivamente, el pelo con la mano, miró el reloj y me dijo:

—La hora.

Cogió sus papeles, el lápiz, porque toma nota, cuidadosamente, de las preguntas y respuestas que hacen y hace el embajador y empezamos a andar por los pasillos calientes, amplios, de bello piso negro.

Mientras subíamos en el ascensor tuve tiempo, un escasísimo tiempo, para pedir a Dios, como de costumbre, que mi estilográfica, que me la vendieron por buena, pero no debe serlo, tenga la tinta suficiente. Se lo contaba

Mister Mac Evoy, agregado de table personaje, me pasó eso: no tenía tinta. Durante un rato, ante la mirada de asombro y de reprobación del entrevistado, intenté seguir escribiendo, pero no fue posible. Por último, con un gesto



LA AUSENCIA DE ESPAÑA "ME SIENTO AQUI COMO EN MI CASA"



Tres instantes de la entrevista con el embajador de los Estados Unidos

especial me entregó la suya. No fué agradable.

Mister Mac Evoy, que es jovial, se ríe alegremente.

Estamos en el quinto piso. Arriba de todo trabaja el representante de los Estados Unidos. No se oye nada, ni una voz, ni un ruido. Desde los ventanales se ven los tejados de Madrid encogidos bajo noviembre.

Mientras esperamos, el fotógrafo, más prevenido que yo, comprueba sus aparatos. Es sólo un momento. La secretaria del embajador, una mujer rubia, de aire activo, con un bello vestido, abre la puerta del despacho.

**EN UNOS SILLONES DE
CUERO Y EN UN DESPACHO
CON LA BANDERA
AMERICANA**

El embajador estaba sentado ante una mesa grande que tiene a su lado, en el suelo, en un pie de madera, una bandera americana. Estrellas y barras que dan a la habitación un tono especial: severo, tranquilo, alegre.

Nos ha venido a recibir hasta la mitad del despacho y nos invita a sentarnos en unos sillones de cuero. Es curioso verle, tan corpulento y atlético, hacer las cosas, los movimientos, los gestos, con el aire de un gran señor cor-



tés que no tuviera que mirar nunca el reloj.

Le recuerdo que, pocos días después de su llegada a España, me recibió para contar a nuestro semanario sus primeras impresiones. Ahora estamos a ocho meses de aquellos momentos. Y, además, dentro de muy pocos días, el embajador se marcha a los Estados Unidos para informar a su Gobierno, al secretario de Estado, de su estancia en España. Es un buen momento, pues, para intentar, nuevamente, la conversación.

SUS PRIMEROS PASOS EN NUEVA YORK: HABLAR POR ESPAÑA

—¿Cuándo es, definitivamente, su marcha?

—No lo sé aún exactamente. Pienso que hacia el 3 ó el 4.

Cuando le preguntaba por sus primeros movimientos en los Estados Unidos, me sorprende con esta afirmación:

—Lo primero que haré será visitar en Nueva York a mi hermano, delegado de mi país en la O. N. U., y al señor Erice, observador de España en las Naciones Unidas.

Quisiera dejar reflejado aquí, en la medida de mis fuerzas, el tono cordial, alegre y feliz de este hombre. De este embajador norteamericano, que habla bajo, suavemente, sin levantar apenas la voz y que dice las cosas con una firmeza y una decisión sorprendentes.

Seguimos la conversación.

—¿Cree usted, señor embajador, que es un buen momento para la entrada de España en la O. N. U.?

—Sé que mi hermano ha hecho toda clase de discursos y trabajos para ello y que, además, mi Gobierno favorece el ingreso de España.

—¿Qué dificultades pueden existir?

—Naturalmente, es imposible saber la actitud que adoptará Rusia...

—¿Y otras naciones?

—Algunas de las europeas apoyarán, igualmente, la candidatura española.

Yo quiero preguntarle, en nombre de los lectores de nuestro semanario, una razón suya, por encima de lo protocolario o diplomático, que nos explique bien, claramente, su opinión sobre el asunto.

Me escucha con toda atención. Sin un gesto de impaciencia. Dispuesto a no rehuir las palabras.

—Hay muchas razones—contestaba—por las que España debe estar en la O. N. U. Además, yo, personalmente, no puedo encontrar ninguna razón válida para que España esté ausente de ella...

Yo hice la pregunta. Mister John Lodge, hizo la respuesta. En el medio está el chispazo del fotógrafo.

CON LA CONVERSACION «MI CLASE DE ESPAÑOL»

Tengo que decir, aunque sirva de inciso, que nuestra conversación se desarrolla casi enteramente en castellano. Hace unos meses, hacia finales de marzo, me emplazó con un curioso gesto son-

riente a una pronta entrevista en español. Hoy, en su mayor parte, ha sido así. Es un esfuerzo que le deja a uno pasmado porque, este hombre, constantemente ocupado, sometido al riguroso e implacable ejercicio de las recepciones, de las visitas, del fabuloso correo, aprovecha, todavía, en muchas ocasiones, los días en que la Embajada disfruta del «week-end», para encerrarse en su despacho, solitariamente, y resolver los asuntos que no ha podido atender anteriormente.

—Por eso—dice—esta es mi clase de castellano. Mientras hablaba me estudié mi lección.

Y así es. Cualquiera palabra, una frase cuya significación total no entienda, es motivo suficiente para enfrentarle en su lucha contra las dificultades de un idioma nuevo. Se repite para sí mismo la palabra y busca, en francés y en inglés, idiomas que domina, su equivalencia en castellano.

Alguna vez, curiosamente, se vuelve hacia Mr. Mac Evoy invitándole a repetir una palabra.

—Es que son argentinismos—dice el agregado de Prensa, que ha permanecido varios años en Buenos Aires.

—¡Ah!—dice el embajador, poniéndose buena nota y quitándose la a Mac Evoy.

«UNA VISITA HISTORICA»

Insensiblemente, nuestra conversación se ha inclinado sobre el tema, bien próximo, de la visita del secretario de Estado norteamericano. Durante un par de minutos, en ese inglés sobrio, lento y de tono bajísimo, el embajador, que habla en su idioma para precisar más su pensamiento, me dice:

—Para mi gusto, la visita puede considerarse histórica. Es la primera vez que un secretario de Estado lo hace y creo que es otro paso importante en el establecimiento de una comunidad de intereses recíprocos que, al fin y al cabo, es lo que caracteriza las relaciones hispanonorteamericanas.

—Fuera, naturalmente, del secreto de las conversaciones, ¿qué impresión podría darme usted, señor embajador, de la significación de la visita? Por ser de usted considero muy importante la respuesta.

En inglés, como es su costumbre cuando desea que no quede la menor duda entre su pensamiento y sus palabras, me da esta extraordinaria y vigorosa respuesta:

—La visita de Foster Dulles es una manifestación abierta y clara, a los ojos del mundo, de la importancia que nosotros los norteamericanos concedemos a España.

Y de pronto, en su castellano, me pregunta:

—¿Está bien dicho «cara a cara»?

—Pues sí, es un término muy popular.

—Es porque, lo que quería decirle es lo siguiente: la entrevista entre Franco y Mr. Dulles hizo posible que estas dos grandes personalidades pudieran tratar «cara a cara» asuntos de gran importancia para ambas naciones, especialmente—dice—en aquellos

que tienen relación con la amenaza del comunismo. Además dió motivo al secretario de Estado de mantener conversaciones con el Ministro de Asuntos Exteriores español.

Ahora, embarcados en la conversación sobre la visita a España de Foster Dulles, me cuenta el embajador sus propias peripecias. Resulta, como es sabido de todos, que el embajador fué a buscarle a Ginebra...

—Marché en un bimotor y nos cogieron en el camino unos temporales muy fuertes que retrasaron mucho tiempo el viaje. Tardamos siete horas.

Mister John Lodge se ríe ahora de buena gana al recordarlo. Lo peor, como de costumbre, fué allí, en el aire.

Le pregunto por el viaje de regreso que hizo hasta Madrid con el secretario de Estado norteamericano. Está pensando, todavía, en el mal rato de la idea y rápidamente, con una alegría desbordante, dice:

—Muy corto.

Después cuenta alguna anécdota del viaje. Foster Dulles, que trabaja en el avión tranquilamente, como si estuviera en tierra, le afirmó, en un momento de conversación, que estaba muy complacido de volver a visitar Madrid donde había estado de joven.

—¿Y antes de marcharse no le dijo nada especial?

—Estaba muy conmovido por las ovaciones que había recibido al cruzar las calles de Madrid de la gente que paseaba por ellas y lo mismo le pasó, en la tarde, con la despedida del aeropuerto.

Durante unos instantes, el embajador se extiende en consideraciones sobre la personalidad de Foster Dulles. A Mr. John Lodge, hombre activo por excelencia, le deja asombrado la capacidad de trabajo del ministro norteamericano.

—Yo conocía a Foster Dulles mucho antes de su visita a España, pero siempre me ha dejado pasmado su visión de las cosas y su energía que no sabe, al parecer, lo que es el cansancio.

«Si quieres arreglarte la bicicleta»—había dicho muchas veces el padre del niño Foster Dulles a éste—trabaja en el pueblo.» Y los dos hermanos Dulles recogían la nieve de las cunetas o hacían cualquier trabajo en el pueblo. Su padre, el pastor protestante de la iglesia de Watertown, les empujaba al trabajo: «Vamos, jóvenes. La vida es luchar.»

DESPACHO POR DENTRO

Mientras, momentáneamente, el embajador firma unos documentos urgentes y el fotógrafo aprovecha la ocasión para hacer otras fotografías, voy tomando nota, curiosamente, del despacho.

Es una habitación rectangular, no muy grande. No hay un solo detalle de lujo. Una sobriedad absoluta que sobrecoge, por su fuerza, un poco. En un rincón, unos butacones de cuero y un diván del mismo material. Un lado completo del despacho, convertido enteramente en una gran cristalera, tiene, sobre los ventanales, una cortina crema, transparente, que cae hasta el suelo y da un aire confortable a la habitación. Más



que el despacho de trabajo de un embajador parece, simplemente, el estudio de un artista, aunque un orden imperioso y profundo rodea las cosas.

La habitación no tiene nada engolado. La única cosa que llena, que entra por los ojos, es la bandera del rincón. En las paredes hay relojes de barco, brújulas y, en fin, recuerdos personales de los años de comandante de Marina del embajador. Todo ello, por personal, da un aire confortable y hogareño a las paredes.

En una mesita, dos grandes fotografías dedicadas a John Lodge. Una por Eisenhower. La otra por Foster Dulles. En la de Eisenhower se lee, en una letra clara, nerviosa y pequeña, esta recompensa sin tambores: «Para el distinguido ciudadano de los Estados Unidos...» Palabras parecidas se leen en el de Dulles.

El embajador se ha sentado nuevamente. Va vestido totalmente de gris. Una franela gris. La corbata, gris también, de dibujo negro. Zapatos de hebilla fuertes y deportivos. En los puños de la camisa unos gemelos de oro. En el bolsillo de la chaqueta, un pañuelo de seda crema, con dibujos marrones. En la solapa, en cinta verde, la Legión de Honor, cruz de guerra con palma, concedida por el general De Gaulle al oficial enlace de las dos flotas, señor John Lodge.

El embajador me pregunta:

—¿De qué hablábamos?

«VIAJAR POR ESPAÑA PARA CONOCERLA BIEN»

En ocho meses, el embajador de los Estados Unidos ha hecho un gran esfuerzo por conocer las tierras españolas. Es su empeño: «Hay que conocer a las gentes». Ha recorrido Andalucía, el Norte.

—No conozco la Galicia—me dice melancólicamente.

Estuvo en Cataluña y le quedó tiempo, en Zaragoza, de regreso a Madrid, de asistir a una corrida de toros.

—Antonio Bienvenida me brindó un toro.

Repentinamente, hablándole del carácter español, me advierte:

—Sabe lo que me impresiona más? La cosa más atrayente del pueblo español es que es al tiempo, cálido y amistoso, que deja atrás en seguida lo oficial y lo protocolario para llegar a la amistad.

—¿Se siente feliz entre nosotros?

Sin pararse a pensar, con un aire rápido, que hace mover una mano que tiene vendada, me contesta:

—Cada día que pasa me siento más en mi casa aquí.

—¿Qué costumbres españolas, señor embajador, le gustaría conservar en Estados Unidos cuando vuelva a su país?

—Se ríe a carcajadas como si le divertiera mucho, anticipadamente, lo que quería decirme:

—Pues mire, ni pensar en que quisiera conservar las horas de la cena, porque si en los Estados Unidos me presento a las once a cenar en algún sitio, tengo que «cocerlos» yo mismo... ¿Se dice así, «cocerlos»?

Aclarada la pregunta vuelve a sonreírse. La verdad es que el embajador, por sí mismo, ha roto todos los hielos. La habitación con su reloj marino en la pared, la brújula, los retratos, las cortinas y los grandes ventanales, parece que están fuera de todo engolamiento. Sin embargo, el embajador, con su cara bronceada, con su tono silencioso y grave, sonriente y festivo, no dice nada más que lo que quiere decir. Ni una sílaba más. Ese es su secreto.

Sigue hablando, por su propia cuenta, de España.

—Es asombroso, pero en todos los lugares que hemos visitado nos reciben con la misma gran hospitalidad. Por cierto, que le puedo contar un a anecdota que nos impresionó mucho.



Mr. Lodge contesta a las preguntas de nuestro redactor

—¿Dónde fué?

—En Requena. Habían nombrado a mi hija, Reina de la Vendimia y nos hicieron un recibimiento muy cariñoso...; lo que quería decirle, aparte del entusiasmo de mi hija, es que el pueblo siguió en fiestas, sin doblegarse, a pesar de que sabemos que sus cosechas habían sufrido daños muy importantes a consecuencia de los temporales.

Una mente observadora y vigilante que no ha dejado de observar, entre las gentes de la tierra, la entereza de los grandes pueblos. El embajador así lo cree.

—¿Cómo pasa los fines de semana?

Me mira desconsolado. Abre los brazos para señalar un gran bulto y me advierte:

—Siempre hay trabajo.

Como sonríe jovialmente, le vuelvo a preguntar por sus aficiones. Pasea, juega al tenis, le gusta montar a caballo y me enseña la mano vendada...

—La primera vez que salté de cacería un rechazo de perdigones me hirió en la mano. Tres años y medio de guerra—dice alegremente, sin dar la menor importancia a la cosa—y cazando perdices me ocurre eso.

Claro que se adivina muy bien, que Mr. John Lodge volverá de caza. Hará, al fin y al cabo, como los habitantes de Requena.

Antes de terminar la conversación le pregunto por los suyos. ¿Le acompañará su esposa en el viaje a Norteamérica?

—No. Tendrá que ir posteriormente porque ha de esperar a que termine el curso de mi hija Beatriz que estudia en Barcelona.

Como sé que su hija mayor está en Estados Unidos trabajando en la televisión, le digo:

—Total, que están aquí solos.

—¡Oh!, no..., tenemos—me dice sonriente y con leve ironía—una perrita y un gatito.

Cuando yo le doy las gracias por todas sus atenciones, puesto en pie, con su alta estatura, sin darle importancia, me conforta caballerosamente:

—Hablares más cuando vuelva de los Estados Unidos.

—Buen viaje, señor embajador.

Enrique RUIZ GARCIA
(Fotografías de Aumente.)

EN LA LINEA RECTA

MUCHAS veces José Antonio había repetido este concepto y estas palabras: «Es necesario un sentido permanente ante la Historia y ante la vida.» Y aquella mañana de un 20 de noviembre, su sentido de permanencia, de viril permanencia, ante la vida y ante la Historia, le llevó serena y cristianamente ante la muerte. Fué José Antonio, en el más clásico y en el más moderno de los sentidos, un héroe al servicio de unos ideales perfectamente definidos, perfectamente dignos y entrañables. Un héroe al servicio de la única y exclusiva verdad de la política, de una política sobradamente capacitada para salvar a España de su triste y dolorosa agonía. Su intrepidez, su valor, su energía moral y física, su capacidad de luchador, de conductor de multitudes, le hicieron un héroe al modo de los verdaderos prototipos humanos. Su vehemente amor a la verdad y a la justicia, su aján por defenderlas y propagarlas, su exquisita sensibilidad ante la incomprensión y ante la injusticia, sus virtudes morales, le hicieron un

prototipo con un cargamento de lecciones ejemplares para todos.

Cuando José Antonio, el 29 de octubre de 1933, saltó del teatro de la Comedia, su vida será ya una línea recta que generosamente le llevará a este 20 de noviembre en la permanencia de un sacrificio generoso en ejemplo y en sangre. Una fuerte pasión española, tensada hasta el máximo, culminada en la muerte, caracteriza toda la vida del creador de la Falange. Sabía bien José Antonio el tremendo riesgo de la lucha que había comenzado. Comprendía que su amor a España le llevaría indefectiblemente al esfuerzo agotador, al combate abierto, a la muerte quizá. La hostilidad y la incomprensión ajenas, el egoísmo de la peor laya política y social que España conoció a lo largo de toda su Historia, era el campo menos propicio para sentir y lanzar aquel su pensamiento.

Serenamente se encaró con ese clima de una política incomprensible como serenamente fue hacia la muerte. Previó el riesgo, porque la grave hora de España no permitía tibiezas ni componendas. Buscaba la libertad de España y la profunda y perdida libertad de los españoles. Hoy nos es ya fácil hacer la distinción entre libertad y libertades. Entonces, en plena efervescencia liberal, sin una experiencia que apoyase su pensamiento, su claridad mental le llevó a distinguir entre la libertad anárquica y la libertad auténtica del hombre, libertad conjugada —o sea— en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden». Mientras el hombre fuerte y valeroso, respondiendo a impulsos de su espíritu batallador, se lanzaba contra el imperio de la injusticia, contra la desmembración de la Patria, contra la agresividad del ateísmo, contra la relajación de la moral ciudadana, el hombre estudioso, el intelectual, predicaba los ideales permanentes desde todas las tribunas, sustentándolos con la robustez de una lógica esperanza.

Como héroe luchó por dotar a España de un Movimiento. Un Movimiento que no fuese un partido vinculado a una clase social, ajeno y superior a la división superficial de derechas e izquierdas. Un Movimiento unitario, integrado por todos los individuos y todas las clases. Un Movimiento católico, nacional, desbrozado y limpio de sectarismos, vibrante, justo y equilibrado, ambicioso de un futuro espléndido y armónico.

Un Movimiento «con un sentido permanente ante la Historia y ante la vida», como él predijo. El rico caudal de lecciones que nos legó su vida se acrecienta con su muerte. Cada 20 de noviembre nos hace renovar el fervor hacia esa enorme y profunda dimensión espiritual que encierra su persona, su vida, su obra y su muerte. Es conmemoración íntima, es la reiteración de una fe que aquella muerte hace viva, permanente, actual en la conciencia de todos los españoles.

Palabras, ideas, mensajes falangistas, la doctrina entera de la Falange están hoy íntimamente amasados al obrar y al pensar de los españoles. Vivo está su sentido profundo de permanencia.

Hoy, al cumplirse el XIX aniversario de la muerte del Fundador, la España de Francisco Franco puede vivir de unas realidades que entonces tenían los matices certeros de una esperanza viva y prometedora.

EL ESPAÑOL

Super Fama



Corte armonioso



Cuello cómodo y elegante.



Medidas garantizadas



Un alarde de riqueza y de buen gusto. Auténtico popelín de algodón egipcio **JUMEL.**



CAMISAS

Super Fama

... mejor que a medida

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

GOBERNAR DESPUES DE MORIR



Kubitschek, actual Presidente del Brasil, llevado a hombros por sus partidarios al conocerse el resultado electoral

EL "GETULISMO" HA TRIUNFADO EN EL BRASIL DESPUES DE LA MUERTE DE GETULIO VARGAS

CUANDO el día 4 de octubre por la mañana comenzaron a llegar a Río de Janeiro los primeros resultados del escrutinio de votos para la Presidencia del Brasil, tomó espectacularmente la delantera el candidato paulista Adhemar de Barros, ex gobernador del Estado de Sao Paulo, millonario, elegante y que prometía a todos los brasileños «una dorada época de prosperidad».

Pero cuando fueron llegando los votos de Minas Geraes, feudo del socialdemócrata Kubitschek, y en tiempos del «getulismo», Adhemar de Barros perdió la ventaja inicial, tomando la cabeza de la clasificación Juscelino Kubitschek; para los brasileños, Juscelino a secas, pues a los políticos de aquel país se les conoce siempre por su nombre de pila. Así, pues, Juscelino enfiló la recta final del escrutinio llevando la delantera, y fué el primero en la meta, que es la Presidencia de la República brasileña y el palacio de Catete.

De no ocurrir nada inesperado, Juscelino tomará posesión de su cargo el 31 de enero de 1956. Hasta entonces dirigirá los destinos de la República Nereu Ramos, presidente del Senado, a causa de la enfermedad de Café Filho

KUBITSCHKEK
hizo su campaña electoral con ritmo de "samba"

Teixeira Lott es hoy el "hombre fuerte" de la situación

«GETULIO HA MUERTO: ¡VIVA EL "GETULISMO"!»

Como recordarán nuestros lectores, el día 24 de agosto de 1954, el mundo entero amaneció con la trágica noticia de que Getulio Vargas se había disparado un tiro en el corazón. Días antes, un grupo de generales del Ejército le había obligado a dimitir y a residenciarse en su propio domicilio, alegando que no podía seguir

adelante un día más la corrupción administrativa del país y la oleada de terrorismo desencadenada, al parecer, por los guardaespaldas del Presidente.

Esto quiere decir, entre otras cosas, que Getulio Vargas, sucesivamente dictador y Presidente constitucional del país, sigue reinando después de morir. O ganando batallas después de muerto, como nuestro Cid Campeador, según la leyenda. Porque resulta, señores, que el cuerpo electoral brasileño, al darle la victoria a Juscelino para la Presidencia de la República y a Joao (Jango) Goulart para la vicepresidencia, no ha hecho más que plebiscitar, reivindicándolo, el recuerdo y la obra política de aquel hombre, contradictorio y en el fondo enigmático, que era Getulio Vargas. Los hombres que le siguieron siendo fieles hasta más allá de la sepultura hoy podrían gritar: «Getulio ha muerto: ¡Viva el "getulismo"!»

Porque, en efecto, a lo que hemos asistido en el Brasil ha sido a una victoria del «getulismo». Juscelino Kubitschek pertenece a un partido político que bien puede calificarse de pro-«getulista»: el socialdemócrata. Y el vicepresidente electo, Goulart, pertenece al

mismísimo partido de Getulio; el laborista Goulart fué uno de los principales colaboradores de Vargas, y en el último Gobierno de este, el que derribó una incruenta revolución palatina de generales, desempeñó la cartera de ministro de Trabajo. Desde este cargo, Goulart, según sus enemigos políticos por pura demagogia, decretó el famoso aumento de salarios en un 100 por 100, haciendo tambalear el edificio económico del país hasta los cimientos; decisión esta acerbamente criticada por todos los grupos financieros del país, pero recibida con el alborzo que puede suponerse por las masas trabajadoras brasileñas las masas que han llevado a Juscelino, y con él la sombra de Getulio, al palacio presidencial de Catete.

GOULART, EL «PERON-SINHO»

Ya que estamos hablando de Goulart, añadamos algunos datos más. Uno de ellos conviene no perderlo de vista, sobre todo en estos momentos. Nos referimos al hecho de que en el preciso instante en que en la vecina República Argentina acababa de caer el peronismo, en circunstancias por todos conocidas, en el Brasil ha sido elegido vicepresidente de la República un hombre —Goulart— a quien en su país, con razón o sin ella, se le considera como un peronista convencido, hasta el extremo de que le llamaban «Peron-sinho», «pequeño Perón» o «Peron-cito».

Es más: a Jango Goulart se le atribuye un proyecto que, de momento, hemos de cargar en la cuenta de la maledicencia; simplemente, el de instaurar en el Brasil un «justicialismo» de patrón argentino, con la ayuda de Perón, en el terreno financiero, e incluso con la ayuda de armas pasadas clandestinamente.

Sea como quiera, Goulart se ha sacado la espina de agosto de 1954. Entonces los militares le depusieron; después las urnas le han repuesto en un cargo todavía más importante, al menos teóricamente, que el de ministro de Trabajo.

Por todas estas razones se estimaba, en general, que Juscelino Kubitschek fué a las urnas en mala compañía. A él le reprocharon el supuesto «pacto secreto» que concertó con los comunistas para contar con el apoyo de sus votos, y su tal vez excesivo nacionalismo económico. Pero, sobre todo, lo que constituye para él un «handicap» casi universalmente reconocido es su ir «del brazo con Goulart».

Sin embargo, este «handicap» sólo a medias puede imputarse al propio Juscelino. En primer lugar, porque en aquel país las candidaturas para la Presidencia y la vicepresidencia no llevan la etiqueta uniforme de un mismo partido político, como acabamos de ver ahora (Kubitschek, socialdemócrata; Goulart, laborista), y en segundo lugar, porque los votos se escrutan separadamente. Juscelino ha tenido que aceptar esta compañía, que, en todo caso, puede desagradarle personalmente, pero no políticamente, pues ambos están, como decíamos, en la vertiente getulista; pero, según los observadores directos de la política brasileña, Juscelino hará cuanto esté en su mano para mantener a Goulart en la pe-

nombra, en la inmovilidad, de la misma manera que Getulio Vargas había sometido al mismo tratamiento a su vicepresidente, Café Filho, producto de un concierto preelectoral entre Getulio y el derrotado candidato paulista Adhemar de Barros.

Aunque a Juscelino no le atraiga esta política, un tanto incómoda, para él estará claro como el día que tiene que vigilar a su vicepresidente electo, so pena de concitar contra él las mismas iras y los mismos hombros que destituyeron a Vargas, induciéndole a pegarse el famoso pistoletazo.

GOLPE DE FUERZA

En cuanto se conocieron los resultados electorales el grupo de militares «antigetulistas», por medio de su portavoz, Carlos Lacerda, director del diario «Tribuna da Imprensa», comenzó a enseñar las uñas, dispuesto a cumplir su palabra de que ni Kubitschek ni Goulart jurarían sus cargos en enero. La campaña de Prensa de Lacerda fué adquiriendo poco a poco la tremenda violencia que había alcanzado la que en su día lanzó contra el propio Getulio Vargas, y que tanto contribuyó a derribarle. Los últimos editoriales publicados por «Tribuna da Imprensa» incitaban claramente a la rebelión armada.

Pero en el ministerio del Ejército había un hombre enérgico, dispuesto a hacer respetar, por las buenas o por las malas, la sanción de las urnas. Este hombre era el general Teixeira Lott. Días después de las elecciones, Lott había afirmado, por medio de un diputado de la Cámara Baja, Armando Falcao, que se cumpliría lo que establece la Constitución del país sobre la toma de posesión de los candidatos electos.

Inesperadamente la crisis política latente se precipitó al resignar la Presidencia Café Filho, afectado por un ataque al corazón. Para sustituir a Café Filho fué nombrado Presidente interino Carlos Luz. Este se mostró desde el primer día, excesivamente tolerante con los que amenazaban a voces con dar un golpe de Estado antes del día 31 de enero. Teixeira Lott se dió cuenta en seguida de que la presencia de Carlos Luz en el palacio del Catete no haría más que facilitar el camino a los insurgentes. A partir de este momento, Luz estaba sentenciado. Sólo faltaba el pretexto para disponerlo.

El pretexto fué un coronel del Ejército brasileño, del grupo Lacerda, el cual, públicamente, manifestó su desacato al resultado electoral, incitando también públicamente a la sedición.

En la noche del jueves 10 Teixeira Lott celebró una entrevista borrascosa con el Presidente interino, pidiéndole que destituyese en el acto al citado coronel. Carlos Luz se negó a ello y entonces el ministro del Ejército presentó su dimisión.

Pero sólo durante unas horas estuvo ausente del agitado escenario político brasileño. En la noche del 10 al 11 de este mes, a las cuatro de la madrugada, Teixeira Lott se echó a la calle con la guarnición de Río de Janeiro. Carlos Luz huyó en un barco de guerra, con el propósito de reagrupar sus fuerzas y hacer fren-

te al levantamiento. Pero esas fuerzas no existían y resignadamente aceptó los hechos, regresando a Río de Janeiro. La Presidencia de la República fué entregada al presidente del Senado, Nereu Ramos, y Carlos Lacerda corrió a refugiarse en la Embajada de Cuba.

¿Ha abortado definitivamente el «movimiento antigetulista»? ¿Llegarán Kubitschek y Goulart a tomar posesión de sus cargos el 31 de enero próximo, sin mas incidentes? Esto sólo el tiempo puede decirlo.

JUSCELINO, DE «SAMBA» EN «SAMBA», HASTA EL PALACIO DE CATETE

Si Juscelino falleciese inesperadamente, Goulart, como vicepresidente, asumiría, de acuerdo con la Constitución, la Presidencia de la República. La situación que se plantearía entonces sería, sin duda, gravísima. Pero Juscelino Kubitschek es, por fortuna, un hombre relativamente joven. Tiene en la actualidad cincuenta y cuatro años. Aunque no hemos podido leer todavía una biografía completa sobre su personalidad y carrera política, sabemos de ambas cosas algunos detalles que indicamos a continuación.

Juscelino tiene, como ustedes pueden ver, un apellido muy poco frecuente o, simplemente, nada frecuente en el Brasil. Este apellido se lo debe a su abuelo, originario de Silesia, que emigró a principios de este siglo al Brasil. De forma que por las veras de nuestro hombre, como por la ortografía de su apellido, corre sangre eslava, probable mezcla de polaco y alemán.

Sabemos que en su juventud fué médico de la Policía, y que, hasta la fecha, su efemérides política más importante fué su elección para el cargo de gobernador del Estado de Minas Geraes. De este Estado le ha venido el contingente de votos que le permitió triunfar sobre el general Tavora Adhemar de Barros y Plinio Salgado, que le arrebató no menos de medio millón de votos al paulista.

Juscelino posee un fuerte sentido popular de la política —es un socialista después de todo— y un buen electorero. Su campaña para la Presidencia ha sido una mezcla de «folklore» brasileño y de nacionalismo económico. Su «slogan» favorito: «Energía, transportes y comida», fué subrayado elocuentemente por su indudable virtuosismo en cantar y bailar «sambas» encaramado en los tablados electorales. Una vez que su auditorio estaba prendido de sus ritmos brasileños, a lo Carmen Miranda, pasaba a la «Energía, los transportes y la comida» y todo marchaba sobre ruedas. Bailando «sambas» y pronunciando discursos, Juscelino ha llegado hasta el palacio de Catete. Para la mentalidad europea todo esto puede resultar un tanto extraño. Para la mentalidad americana es la cosa más natural del mundo.

Inmediatamente después de conocer su victoria electoral, Juscelino anunció su deseo de aprovechar los meses de inactividad que le esperan, hasta que en enero próximo jure su cargo, para realizar un viaje por América y

Europa. Su principal escala serían los Estados Unidos, donde todo el mundo espera que el Presidente electo consolide los lazos de amistad —de vez en cuando aflojados por los precios del café— que unen a ambas naciones, y que un día llevarán al propio Truman hasta Río de Janeiro para darle un abrazo al ex Presidente Dutra.

Después, Juscelino vendría a Europa, y en su viaje por el Viejo Continente estaba prevista la visita a dos Estados comunistas de la Europa oriental: Checoslovaquia y Polonia, tierra, esta última en la que, sin duda, se encontraría con más de un pariente. En contra de lo que se dijo en un principio, Juscelino no pensó en ir a Moscú por la sencilla razón de que Rusia y el Brasil interrumpieron sus relaciones diplomáticas en 1947.

¿PACTO SECRETO?

Al año siguiente, es decir, en enero de 1948, el partido comunista brasileño, capitaneado por el ex senador Carlos Prestes, fue declarado fuera de la ley.

¿Ha habido un pacto secreto entre Juscelino y Prestes para que éste le ayudase a conseguir la Presidencia? Juscelino, desde luego, lo niega. Según él, se limitó a aceptar los votos comunistas, que se calculan, quizá con exceso de optimismo, en medio millón. Lo que está fuera de toda duda es que Juscelino no es comunista; las afinidades ideológicas que pueden existir entre él y los comunistas son las tradicionales entre éstos y un socialdemócrata evolutivo, no revolucionario, temporalmente situado en el conservadurismo.

Hay que tener en cuenta, además, que el Presidente electo, en contra de lo que han venido sosteniendo sus adversarios políticos, no ha violado la Constitución del país al aceptar los votos del partido comunista. Consultado el Tribunal Supremo sobre la validez de los votos emitidos por un partido político puesto fuera de la ley, dicho Tribunal Supremo contestó diciendo que si bien un partido que se halle en esa situación no puede actuar como tal ni celebrar reuniones, en cambio sí puede votar, en virtud de la libertad de pensamiento y de palabra que garantiza la Constitución.

Finalmente, es exagerado suponer que fueron los comunistas los que decidieron la victoria de Juscelino, pues según las cifras más optimistas, el número de comunistas que hay en el Brasil no pasa de 130.000. Otras cifras, que figuran en un informe del Senado de los Estados Unidos, y que fue dado a conocer en octubre de 1953, hablan de 60.000 afiliados, la inmensa mayoría de los cuales están en la capital, Río de Janeiro.

Repetimos que han sido las masas populares las que, en definitiva, han hecho triunfar la candidatura de Juscelino y de Goulart. Para esas masas el «getulismo» fue el comienzo de una política social. Bien está recordar que hasta 1930, hasta el advenimiento de Getulio, en una palabra, en el Brasil ni siquiera esta-



Arriba: De izquierda a derecha, el Presidente interino, Nereu Ramos, y el general Teófilo de Faria; en el centro, el depuesto Presidente Carlos Luz y a la derecha, Café Filho, Presidente de la República. — Abajo, el Presidente electo, Kubitschek

ba legislado el número de horas de trabajo.

EN EL FRENTE DE LAS FINANZAS

Hemos aludido más arriba al «slogan» electoral del Presidente electo: «Energía, transportes y comida». No cabe duda de que el país está necesitado de estas tres cosas y sobre ellas va a volcar Juscelino toda su capacidad de trabajo, que al parecer es muy grande.

En un reportaje que publicamos aquí mismo, en EL ESPA-

NOL, en vísperas de las elecciones del 3 de octubre, nos extendimos, como recordará el lector, sobre el estado en que se encuentra la economía brasileña, que salió de la experiencia getulista —de la segunda— bastante zarandeada, derivándose ello principalmente del hecho de que como dijo un ministro de Finanzas del propio Getulio: «El Brasil es un gigante que camina sobre una sola pierna: el café.» Una pierna tan monstruosa, que se teme que el Brasil se vea obligado de nuevo a quemar café, dada la colosal cosecha de este año.

Nos referimos también en aquel reportaje a las tendencias contrarias que existen en los grupos financieros brasileños favorables unos a la importación de capitales extranjeros que hagan posible la explotación de los grandes yacimientos petrolíferos recientemente descubiertos en las regiones amazónicas, y contrarios otros a esta salida, en virtud de su nacionalismo económico.

Añadiremos ahora que Kubitschek pertenece a este último grupo, al menos en principio. Los observadores predicen para el Brasil una etapa de «nacionalismo económico», que comenzará con un portazo en las narices a las compañías extranjeras, que desean participar en la explotación del oro negro brasileño.

De cualquier manera, el «talón de Aquiles» del gigante brasileño es la economía. En este frente es donde se han registrado, desde 1930, las batallas políticas más encarnizadas;



Rabiosamente blanca, la iglesia del Pilar, en Formentera, pone una nota luminosa en el paisaje

FORMENTERA es el pueblo más solitario de España



Mucho sol, paredes, secas, pinos... y una anciana vestida típicamente cruzando los caminos

UN LUGAR IDEAL PARA EL TURISMO JUVENIL AUN HAY ISLAS PARADISIACAS

LA isla de Formentera, señor mío, es bastante mayor de lo que usted supone. Creo haber leído que se extiende sobre unos 110 kilómetros cuadrados. Para darle una idea más exacta, le diré que de punta a punta de este pedazo de suelo español se extiende una estimable carretera de catorce kilómetros. Esta carretera es notable, entre otras cosas, debido a una sensible ausencia de tránsito motorizado. Formentera posee dos viejos automóviles: el del coche-correo y, además, una endemoniada camioneta, alta y delgada, tipo «Rocinante», que anda mal de platinos. Hay que empujarla mucho, cuesta abajo, para estimularla. Entonces, esa camioneta suelta un par de coces, dispara

un inflexible bocinazo y arremete a través de las gallinas. Nunca he sabido explicarme a conciencia esa afición simpática que sienten las gallinas por los coches antiguos.

Para conocer la isla he debido agenciarme una apacible bicicleta. Me la buscó «Joanet», el de «Sila». Ese «Joanet» es un formenterense altísimo, velludo, de fuerte complexión. Sus muñecas son gruesas como tobillos. Suele hablar con los ojos entornados. Y suelta las palabras una a una, muy despacio, para que no salgan mezcladas:

—Le proporcionaré una bicicleta verde, muy alta de sillín, pero eso se arregla— me dijo.

Y añadió más o menos:

—Quince días atrás no la hu-

biera encontrado. Las alquilamos todas a los franceses...

—¿Han venido muchos franceses?

—El secretario dice que quientos.

—¿Franceses de París?

—¡Huy!... ¡De todas partes! ¡Hasta de fuera de Francia!

La bicicleta verde buscada por «Joanet» tiene instintos perversos. Rechina chillando. Es de las más antiguas del lugar. Tiene complejo. Como, en este país, la bicicleta es el único medio de locomoción particular, a riqueza de un hombre, su bienestar social se traslucen en lindos manillares, en cuadros relucientes, en sillines de pura artesanía. He visto bicicletas distinguidas completísimas, a las que sólo faltaba nevera o algo así. En distintos sectores se me ha hablado muy cautelosamente de que unos veraneantes de Barcelona piensan traerse para el año que viene una espaciosa «Vespa».

—¿Qué pasa cuando hay un enfermo grave?

—Le pedí al secretario, el señor Tur.

—Se va en busca del médico.

—¿En bicicleta?

—Sí.

—¿No piensan establecer un servicio de taxi?

Creo que el secretario iba a replicar algo, pero el Alcalde pedáneo de Ses Salines cortó para decir:

—Aquí no hay clínicas, ni taxis, ni farmacias. Contamos con un solo médico desde hace pocos años. Pero, ¿sabe usted cuántas mujeres centenarias viven en nuestra isla?

—No lo sé desde luego...

LAS VIEJAS CENTENARIAS

El Alcalde pedáneo se me acercó muchísimo, por encima de las cervezas y me clavó los ojos duramente. Sentía yo un rubor inextinguible. Pugué por apartarme unos centímetros, pero no tuve

éxito. Todo el público afecto al problema del taxi, toda la clientela del cafetín del puerto de Ses

Sabines se aproximó en un largo segundo a nuestra mesa. El Alcalde pedáneo, después de sonreír largamente, triunfalmente, me dijo simplemente esta palabra:

—¡Seis!...

A mí se me escapó, delgadillo un:

—¡Caramba!...

Y el Alcalde, sin quitarme los ojos, repitió triunfalmente:

—¡¡Seis, seis, seis!...

—¿Y a qué se debe eso?

—A que somos muy fuertes.

—¿Y por qué son ustedes fuertes?

—Pues porque trabajamos mucho.

—Si tuvieran más médicos, y una farmacia, y algún taxi, ¿serían menos fuertes que ahora?...

El Alcalde me opuso:

—Dígame un pueblo de la Península con 3.500 habitantes y con

taxis que cuente con seis ancianas centenarias...

—No creo que exista—murmuré.

Y después, entre todos decidimos proclamar que Formentera es, hoy por hoy, el pueblo más sano de España.

DESPACIO Y TEMPRANITO

La otra mañana me levanté temprano, muy temprano. Cada vez que me levanto temprano y luce el sol, me hago el propósito de seguir madrugando durante el resto de mi vida. La señora Pepeta —la dueña de la fonda— me echó un buen desayuno. Con mi cacharro verde recorrí las salinas contiguas al pequeño puerto. Silbaba la locomotora de la sal, pequeña y presumida. A mi izquierda, el mar tenía un verde de panocha, entresijado de algas cauces. El cielo—limpio, agudo, fresco—se extendía hacia un fondo vagoroso, brumario, por encima del mar: era el abrupto roquedal de la costa ibicense, erguido a espaldas del Vedrá. Batían sus alas los tripudos gavilanes del «Mar Prudent». Aguas adentro se deslizaba, a remo una barquilla color bálago. Un joven del país andaba entre las rocas, como a horcajadas, a la caza del pulpo. Dejé en algún lugar la bicicleta y anduve, quemando tabaco, por la blanca albufera de la sal. Cerca de un bosquecillo de sabinas me salió al paso un viejo. En catalán le di los buenos días. No sé por qué motivo me contestó en francés:

—Bon jour, monsieur...

Después se corrigió. Y charlamos. Era un viejo reseco, carcomido, de pupilas herméticas. Cuando hablaba se veía en su boca un diente triste, estéril, solitario, que terminaba en punta como una pirámide roída por los embates de las salsas negras. Como era él tan viejo y el día resultaba aún tan jovencito y fresco, me dijo, con sinceridad, que no tenía prisa. Y empezó a preguntarme, a preguntarme... Después, con la franqueza, me llegó el turno a mí:

—¿Es usted pescador?

—A ratos.

—¿Y campesino?

—A ratos.

—Entonces ¿qué es usted?

—En casa dicen que soy un estorbo.

—¿Tiene hijos?

—Siete hombres. Tres en el mar, tres en el pueblo...

—¿Y el otro?

—El otro—hizo un gesto muy vago—está en el cementerio.

Y me contó la vida de ese otro hijo. Se llamaba Miguel andaba erguido, tenía mucha fuerza y deseaba navegar. A los dieciocho años se fué a la Polinesia con un grupo de mallorquines naturales de Andraitx. Estuvo cinco años sacando esponja. Y ganaba dinero; mucho dinero. Al cabo de ese tiempo escribió su primera carta a la familia. Había dejado en su isla tres pequeños amores. En la carta pedía por los tres. Le contestó su padre en un papel: «La María se casa. La Juana se casó. La Antonia sigue igual de guapa...» A los dos meses llegaba una nueva carta del



Cala S'hona, un punto de la isla de Formentera, en donde la sensación de aislamiento es obsesiva

pescador de esponjas: «Pídele a Antonia a ver si se quiere casar conmigo...» Antonia dijo sí y se arregló una boda por poderes. A los tres años de casados Antonia no había vuelto a ver a su marido. El de la Polinesia entonces arribó en un barquito y estuvo medio año holgando en el pueblo. Al regresar en busca de los grandes bosques submarinos de esponjas dejaba a su mujer encinta, rodeada de billetes. Durante casi un cuarto de siglo el pescador hizo un viaje quinquenal a Formentera. Cada cinco años el matrimonio tuvo un hijo. Cuando estalló la guerra el pescador se alistó como voluntario en el Ejército de Franco. La guerra terminó mucho después de acabar él. Murió casi en el acto, en el frente de Madrid. El gesto, el vago gesto del anciano al referirse al cementerio donde los restos de su hijo descansaban, tiene su explicación. El hombre de esta tierra es un hombre de mar. Conoce Odessa y Nueva York, y Río de Janeiro; conoce Barcelona y La Coruña, y Marsella, y todo lo que tenga nombre de puerto. Pero Madrid no es un lugar al que se pueda ir en barco. Madrid, por tanto, cae lejos, muy lejos; lejos como la Luna...

DOCE MILLAS DE NAVEGACION

La isla de Formentera es una hermana pobre de la de Ibiza. Del puerto de esta última al de «Ses Salines», en aquella, hay cosa de una doce millas. El viaje es sugestivo. Se navega de freo a freo, de faro a faro, por entre una sucesión de islotes agresivos, puntiagudos, pelados. En el viaje de ida la embarcación se arramba contra las rocas de babor, hasta acercarse a la oblonga, pintoresca isla del Espalmador, que es propiedad particular del señor Cinnamond, barcelonés de origen británico. El señor Cinnamond compró esta isla en 1935 por cinco mil duros. Los diez kilómetros cuadrados que mide Espalmador son fértiles. La finca da de sí cunde muchísimo. Además, es un grato lugar de veraneo, con dos caletas abrigadas, de arena suave y fondos muy bien tamizados. Sobre un bajo arenoso se puede ir de Espalmador a Formentera con agua en la rodilla. Presenciar desde una embarcación el paso de algún pescador de una a otra isla por este pro-

cedimiento produce una sensación de extraña e irrealidad. Uno se acuerda de Atlas, el albañil de la Mitología.

El viaje a motor suele durar dos horas más bien largas. Desde el puerto de Ibiza hasta rozar las costas de Espalmador, muy pocas veces se llega a tener la sensación de hallarse en mar abierto. Farallones, peñascos, islotes y fantasmas vestidos de roquedal salen al paso de la quilla. Abundan los parajes de profundidad leve, de aparente sosiego. Al pasar por Espalmador, donde la caza es abundante, se siente, por pura cosa intuitiva, la sensación de que todo el tramo de costa ha de ser fertilísimo en pescado. La barca cabecea alguna vez, aupada entre dos vientos. Ahora, además del «Manolito» —que es el barco correo, el barco recadero y el barco dedicado a los enfermos graves—, salen a diario dos navecillas repintadas, acciadas de turismo. El viaje cuesta cinco duros. Siempre hay un matrimonio inglés, con «Leica», empeñado en seguir el paso de una nube. Siempre viaja en el barco alguna vieja campesina formentense y alguna damisela de la Europa de al lado. La damisela se marea, y deja el libro abierto. El libro es una guía puntual, aburrida, de esas que no me gustan, gracias a usted, señor.

La isla de Formentera aparece en el horizonte, a poco de iniciada la navegación. Tiene el aspecto de una tarta congelada, brumosa. Cuando el barquito se acerca al puerto de «Ses Salines», el aire huele a sal. Con aire de campeón de marcha atlética, campea por la costa la locomotora de la Empresa salinera. El puerto es muy incómodo, pequeño, rasurado, sin defensa posible. Humea el autobús local, junto al roído maderamen de su basamento. Fulge un blanquear de casas. Al otro lado de los mares de sal hay una charca muerta, a veces nauseabunda, donde entran los atunes cuando les da por eso. Tres o cuatro payeses avizoran el mar, como si fuese un gran señor de fuera. El autobús está vacío, y el chófer, en silencio, fuma una tagarina. Vira el barquito, echa un cable sobre el puerto y, de repente, se oyen rechinar las gavias de un velero anclado a pocas brazas. Los bosques de sabinas se estremecen.

de pronto, porque siempre hay un viento fugitivo, medio pirata, dispuesto a cosquillear la superficie campesina. El matrimonio de británicos dice que «moore beautiful», y salta a tierra. Se siente en tierra, con toda claridad, una sensación viva de aislamiento. Y se siente, además, tranquilidad. Y un mucho de ternura al hablar con las gentes de este país, tan preparadas para sentir admiración. La capacidad admirativa que siente Formentera por sus visitantes resulta abrumadora. Las personas que habitan en este barrio marineró y casi como comercial de «Ses Salines» están dispuestas a creer que usted, señor, tiene seis coches, y una brújula de oro, y un jardín de diamantes. Por contra, ellos desean conseguir su simpatía a base de rebajas en los precios.

—¿Cuánto me cobrarán por la pensión completa?—pregunta usted en la fonda.

—Porque se trata de un amigo, treinta y cinco pesetas. Pero también se lo podemos dejar en treinta, si no es usted de vida...

LOS BENDITOS PROBLEMAS

En las fondas—hay tres—, le echarán de comer a base de pescado. Mucho pescado, y bueno, y bien guisado. A la hora de la cena, le pondrán un quinqué, con las correspondientes mariposillas locas en torno a la llama.

—¿Es que no tienen luz eléctrica?...

—La pondrán el año que viene. Ya está todo aprobado.

—¿Para qué necesitan, señor, la luz eléctrica?... Estas gentes trabajan de sol a sol. Y duermen bien, de luna a luna. Si usted despierta a eso de las dos de la madrugada, percibe claramente los ronquidos de toda la familia hotelera. El ciclo está en su sitio. El mar, se tumba sobre su negrura. Los faros, centellean. Descansa el chófer de la tagarnina, descansa el autobús flemático, descansa la negra locomotora deportiva... De golpe, canta un gallo. Y no sale otro gallo con la réplica, porque éste, señor, es el país más calmo, más tiernamente calmo, del Mediterráneo. En Formentera, hasta los gallos son conservadores.

Hace quince o veinte años se cometió un crimen rural, de «grand guignol». Es un caso único después de la gran chamusquina colectiva que organizaron los normandos en las oscuridades de la historia antecristiana. El secretario me contó los detalles de ese crimen:

—De todas formas—me dijo—, sería mucho mejor que no los mencionase. Perjudicaría nuestra reputación...

Yo no pienso como él. Y digo, para usted, que Formentera es un pueblo con un crimen cada tres o cuatro mil años. Y con seis centenarias de tipo perpetuo, hereditario, fijo...

—¿Es que no hay nunca broncas?...—le pedí a un caballero importante de la isla.

—Entre jóvenes, alguna que otra vez.

—¿Y cómo las resuelven?

—Se pegan algún puñetazo. Uno o dos. En seguida lo dejan. ¿Para qué pelearse, si vivimos tan aislados?...

En cuestiones de amor, de «festejo», la tradición de Ibiza se imita aquí, pero con una variante sumamente pacífica. La muchacha—la «atleta—recibe sólo al primero que llega. No hay problema pasional. La cosa se reduce a un escueto problema de velocidad. Y para eso, sobran bicicletas. En las noches de invierno, debe ser peligroso transitar por la única carretera a la hora de la cena. Sospecho que, camino de la casa de la «atleta» más guapa, deben organizarse verdaderas batallas al «sprint». A usted, distinguida damita que reside en la calle de Alcalá, le encantaría ser objeto de una de esas carreras nocturnas, angustiosas, en las que—como en las películas—gana siempre el más guapo...

UN LUGAR IDEAL PARA EL TURISMO JUVENIL

En torno a cada tema, existe siempre el hombre que sabe más. Unamuno era el hombre que más cosas sabía sobre Unamuno. «Soy el mortal que tengo más a mano...», solía decir. El hombre que más sabe sobre el estado actual de Formentera es don Antonio Tur, su secretario municipal. Le pregunté, al llegar, cuáles eran, por orden, las tres mayores necesidades de su isla. Y me cortó, en seguida:

—Nos falta un puerto. Y nada más.

—¿Por qué?

—Una vez conseguido el puerto, el resto...

—¿Se dará por añadidura?

—Sí, señor...

En otros tiempos de la vida española, un organismo de Madrid mandó unos ingenieros supersabios a Formentera. Se sacaron la caja de los compases, afilaron los lápices, y trazaron, sobre la mesa de la fonda, un plano colosal. Los nativos de la isla, con esa capacidad admirativa de que he hablado al principio, se dijeron que aquéllos eran los ingenieros más notables del mundo, y que el puerto trazado en el dibujo sería capaz para echarle comida y cama a la más vasta flota de los mares. Los ingenieros se tostaron el torso concienzudamente, devoraron langostas y, al cabo de unos meses, volvieron a Madrid. Madrid, entre Gobierno y Gobierno, entre caída y caída, se puso a calcular el presupuesto. Y saltaron millones sobre el papel.

Un viejo molino, que en cierto modo ayuda a Formentera a ser la más manchega de las islas Baleares



Y se aprobó la cifra. Muchos años después, a la hora de subastar las obras, no acudió una sola Empresa a ofrecer sus servicios. Había subido el costo de la mano de obra. Había subido el costo de los materiales. Había subido todo. He visto el plano, el viejo plano, y considero, franciscanamente, que es una monada...

Estoy seguro de que los nuevos planos, los nuevos proyectos, van a tener una aprobación rápida. Y estoy seguro de que no se repetirá la fábula. España, hoy, anda erguida. Esta, ya no es la España de las primeras piedras, como dijo el señor Ruiz-Giménez en un pueblo de mi provincia. Esta, ha de ser la España de las obras completas, acabadas indiscutiblemente...

Si Formentera consigue poseer un pequeño puerto artificial, aumentará en seguida, por ejemplo, la producción de sus salinas. Esa producción puede quintuplicarse en menos de dos años. Si Formentera logra poseer un puerto modestito, pero eficiente, aumentará la capacidad productora de su agro. Y podrán dedicarse las gentes de esta isla a una explotación seria de sus reservas submarinas. Ahora, con la escasez de medios de transporte, no es posible que se afinque la productiva pesca por sistema de arrastre. Además, otras cosas se resienten por parecidas causas. Con una costa Norte extenuantemente bella, este país no conoce el turismo más que de una manera relativa.

—Faltan hoteles—dijo el secretario—. Si hubiese puerto, habría capital para construirlos...

Me ha parecido llegar a una conclusión en estos días de merodeo por la isla. Mi conclusión es ésta: Formentera es el sitio balear más indicado para el turismo tipo deportivo, para el turismo juvenil. Caza y pesca abundante, sol del bueno, aire sano, inmensos bosques de sabinas, gente cordial, cocina succulenta, costa de una belleza robinsoniana: esto es muchísimo, señor...

HOROSCOPO INFELIZ

Con los años futuros, la isla de Formentera llegará a tener puerto, y luz, y «haigas», y algún taxi. Un señor de esos que saben idiomas pondrá un hotel con coctelera y luces indirectas. Otro señor de esos que saben amasar pesetas pondrá otro hotel, con letreteritos «Typichal» en todas las esquinas. El ancianito del diente derruido se morirá de tanto hablar inglés. Las viejas centenarias dejarán de existir, y, en su lugar, colocarán, a base de estrecharse el acomodo, seis familias de «misters» con gramola. Formentera, señor, será una isla de moda, conocida en las agencias de turismo. La cola de un pescado le costará a cualquiera un ojo de la cara. Los nativos, al paso, perderán su bendita ingenuidad.

Formentera se sentirá feliz. Y el abajo firmante, mayor de edad, vivirá en la nostalgia de que esta hermosa isla ya no sea el rincón más aislado del mapa de España...

Jaime POL GIRBAL
(Enviado especial)

LA ESTAFA CIENTIFICA DE RONALD RICHTER

MIL MILLONES DE PESOS COSTO A LA ARGENTINA EL "SABIO ATOMICO"



La isla Huemul, lugar escogido por Richter como incomparable para «vivir trabajando»

LLEGO A LA ARGENTINA CON UN GATO SIAMES

EL gato se llamaba «Ypsilon», un nombre cabalístico, de letra griega. Su dueño, Ronald Richter, había llegado a la Argentina con dos maletas y el animalito. Las maletas no tenían cuando las abrieron en la Aduana, nada importante. Dos libras, unas camisas y poco más. El gato, muy hermoso, de parda cabeza, paseaba por el mostrador donde estaban las maletas como dueño y señor del salón. Algunos viajeros, con las maletas aun abiertas, miraban asombrados el extraño espectáculo. El hombre, Ronald Richter, que no hablaba español, se limitaba a sonreír suavemente.

—Es mi mascota—decía en alemán, acariciando a «Ypsilon».

Cuando se cumplieron los últimos requisitos, Richter cogió el animal, lo puso sobre el brazo y entró en Buenos Aires. No decía Argentina ni América del Sur, sino que cuando se encontró con el primer amigo alemán, un tal Hornung, dedicado a negocios de construcción, le contó sus proyectos así: Y ahora a hacer las Américas. Claro que eso de «hacer las Américas» no parece una cosa muy fácil. Por lo pronto, Ronald Richter venía contratado para trabajar con el alemán



Ronald Richter acaricia a «Ypsilon», su gato mascota. Con el animal en brazos entró en Buenos Aires

Tank, del Instituto Aerotécnico de Córdoba.

El viaje de Ronald Richter no era ni misterioso ni anormal. Pe-

ro Richter, muy avisado, pensaba que el misterio es asunto muy importante, y por eso comenzó a figurar en el primer plano de la

actualidad rápidamente. Su lema era el muy conocido de «*que hablen de mí aunque hablen mal*». Desde ese momento hasta el desenlace, que se está cumpliendo estos días en la Argentina, la historia de Richter es la historia de un «bluff» gigantesco, divertido y dramático, al mismo tiempo, que se escribe y desarrolla realmente en cinco años: de 1950 a 1955. Y el actor principal, el héroe del fraude, acababa de llegar a la Argentina llevando en los brazos un gatito siames.

EL GRUPO CIENTIFICO DE CORDOBA (ARGENTINA) TIENE SABIDO NUEVO

Los primeros pasos de Ronald Richter en la Argentina son para ir a Córdoba. En esta bella ciudad hay un grupo de técnicos alemanes que trabaja en el Instituto Aerotécnico. Al frente de los laboratorios está el profesor Tank, y los trabajos que se realizan allí, aunque la gente habla de investigaciones atómicas, parece seguir la pauta de las investigaciones aeronáuticas del tiempo: aviones de reacción, cohetes y cosas parecidas. Este grupo extranjero, que forma parte de la gran dispersión de la técnica y la ciencia alemanas después de la derrota, aunque la mayor parte fueran absorbidos por Rusia, Inglaterra y los Estados Unidos, recibe a Richter sin ninguna ceremonia especial. Viene contratado para trabajar en la activación de catalizadores químicos. Bueno, al menos eso creen los demás. Nadie sabe ni imagina que Córdoba tiene un sabio nuevo.

ARMAR ESCANDALO A TODA COSTA

El primer problema que plantea Richter al Instituto Aerotécnico es el de su alojamiento.

—Tengo que trabajar solo.

—Su trabajo—le dice el director—no necesita ningún aislamiento especial. No se trata de ningún secreto—añade, sonriente.

—¿Usted cree?

Roland Richter tiene una fantasía y una capacidad extraordinaria para rodearse de una atmósfera misteriosa. Inesperadamente, mordiendo los labios, como si hubiera hablado de más, se le escapan algunas frases: «... Como trabajé en las últimas investigaciones nucleares en Alemania... Como...»

Unos días más tarde, porque no deja en paz a nadie, Ronald Richter dispone de un laboratorio exclusivo. Pasea por Córdoba con su gatito. La gente comienza a conocer al austriaco alto, delgado (en aquellos primeros días, porque tan pronto como sonó la bonanza el hombre engordó bastante kilogramos), con el pelo claro, con unas entradas grandes que le dejan únicamente un poco de tupé sobre la frente. Unos ojos vivos, joviales y la camisa blanca impecable, aunque no desdefie las camisas de cuadros.

De pronto las cosas comienzan a girar a su favor. Por un accidente fortuito—se supo después que se trataba de un defecto en la instalación de la luz—, el la-

boratorio donde trabaja Richter se incendia. Llegan los bomberos, apagan la pequeña chamusquina y aparentemente aquí no ha pasado nada. Pero no es así.

En esos momentos, ante el asombro general, Roland Richter se dirige a la Policía Federal de la ciudad para denunciar que el incendio es el resultado de un acto de sabotaje y de espionaje contra él. El jefe de la Policía le oye pasmado. Pero la denuncia queda inscrita en un librote grande y no queda más remedio que, como dicen en la Policía Federal, «echar un vistazo al asunto».

Al día siguiente, bien de mañana, una comisión policiaca se presenta en el Instituto para proceder a una investigación, lo que alborotó al director. La visita y la protesta de éste fueron motivos para que en la calle se hablara de alguna cosa extraordinaria. Algún periódico, todavía sin darle mucha importancia, comienza a hablar del «caso Richter». Nada más que son todavía unas pocas líneas.

DESPUES DEL INCENDIO, EL ROBO DE LOS INSTRUMENTOS...

El incendio había sido un buen motivo de curiosidad. Ahora sólo faltaba activar el escándalo.

El procedimiento fué sencillo. Dos meses más tarde llegaban al Instituto Aerotécnico diez osciloscopios idénticos, de importación norteamericana. Durante unos días, por la tramitación burocrática, los aparatos se retiraron en el almacén, y por una equivocación del personal se entregaban al laboratorio de física. El jefe de esta sección, ocupado por otras obligaciones, puso en funcionamiento a uno de los diez aparatos, y los nueve restantes los colocó en unas estanterías, mientras no se encontrara sitio mejor para ellos. Con todo esto se pasaron varias semanas. Roland Richter, que esperaba los aparatos americanos, sin consultar a nadie, dispuesto a que su nombre saliera en los periódicos, se lanzó otra vez a la Policía Federal. La denuncia, esta vez, era muy grave:

—Me han sido interceptados por los saboteadores—dijo—unos instrumentos importantísimos destinados a la fabricación de energía nuclear...

Otra vez se pone en marcha, con mayor preocupación, la máquina policiaca. Se interroga a todo el mundo, y cuando se descubre que todo ha sido una inocente equivocación del personal técnico de los almacenes, que en vez de enviarlos al laboratorio de Richter los han colocado bajo la vigilancia del director del laboratorio físico, el jefe de Policía se promete no intervenir más en «los asuntos de espionaje—dice—del profesor».

Claro que no se puede evitar que trascienda el asunto a la Prensa y que se hagan cábales por todas partes. ¿Qué hay de verdad y de mentira en los relatos de Richter? El caso llega hasta el Presidente de la República, en aquel entonces Juan Domingo Perón. Perón, que iba a ser el gran burlado y el gran culpable en la próxima aventura

de Richter. Mientras tanto el austriaco se dedica a contar, minuciosamente, su historia. De niño a hombre. Hasta «Ypsilón», que da pocas confianzas a los periodistas, termina por estar tranquilo ante el «flash» de las cámaras.

«MI PADRE, EN VEZ DE JUGUETES, ME REGALABA APARATOS TECNICOS»

Según Richter, llegó a la Argentina después de una peripetia constante por toda Europa. Al acabar la guerra fué detenido por los rusos. «Antes en colaboración con mi ayudante, conseguí destruir el laboratorio, aunque guardias, varios guardias, con pistolas ametralladoras, custodiaban el lugar.» Es el toque de emoción. Toda la historia está tejida con mano maestra para causar sensación. «En una ocasión—decía en la entrevista—me propusieron que vistieramos, mi mujer y yo, porque estábamos muy vigilados, unos uniformes ingleses, y entonces pregunté a quienes me lo proponían si el gato tendría que llevar, igualmente, uniforme.»

Un periodista le pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que tiene a «Ypsilón»?

Roland Richter acaricia al gatito.

—Ocho años.

Al día siguiente algunos titulares de periódicos contaban el caso de la siguiente forma: «Sabio atómico perseguido a través de Europa.» ¿Era suficiente? Todavía no. El profesor va contando, sin impacientarse ni perder la calma, detalles concretos de su existencia.

«Mis padres, como mi abuelo, habían sido grandes industriales. Eso explica—dice el embaucador—que la primera palabra que aprendí fuera ésta: «máquina». Cada vez que mi padre salía de viaje, en vez de regalarme juguetes me traía aparatos mecánicos o libros importantes. Y siendo un niño tenía ya, exclusivamente para mí un laboratorio para mis experiencias físicas y químicas... Después ingresé en la Universidad de Praga para seguir los cursos de Ciencias Naturales.»

En aquella primera gran presentación de Richter hay cosas divertidas. Es cierto que pasó por la Universidad de Praga; son ciertas también otras cosas, pero no explica por qué, siendo tan importante el secreto atómico que poseía, le dejaron escapar de todas partes.

—¿Por qué no se quedó en Inglaterra?

—Porque había ya muchos técnicos alemanes. Claro que en noviembre de 1946 los franceses se interesaron también por mis trabajos.

—¿Cómo los conocían?

—Muy sencillo. El Intelligence Service, que me seguía los pasos, les había puesto en antecedentes.

Roland Richter encuentra respuesta para todo. Europa, piensa, está muy lejos y todo vale. Un periodista se interesa por el resultado de sus trabajos en Francia.

—¡Ah!... Me trasladé a Baden-

Baden, zona del Reich ocupada por los franceses... Pero no hice nada de provecho... y cuando llegué a París habían nombrado ya a Juliot Curie. De regreso a Londres encontré más alemanes, tantos que los ingleses no sabían qué hacer con ellos.

—¿Se interesaron por sus trabajos?

—Los ingleses estaban obligados, por razones económicas y políticas, a seguir levantando instalaciones atómicas a base de uranio, de modo que, a pesar del interés que tenían por mis trabajos, no podían facilitarme los medios necesarios...

Lo que estaba claro, por encima de las declaraciones de Richter, era que todos, rusos, franceses, ingleses y americanos, se habían sacudido las moscas. En este caso, el curioso Richter. Pero el globo sonda estaba lanzado.

LA PRESENTACION A PERÓN

Los rumores acerca del profesor austriaco llegaron, como es natural, al ex Presidente Perón. Un amigo ocasional de Perón de los días en que éste actuaba de agregado militar en la Embajada argentina de Chile, fué quien hizo la presentación de Richter al Presidente.

Sin que nadie se explique muy bien las razones, Perón creyó, sin dudar, en todo lo que le contaba el austriaco. El mismo Presidente contó más tarde al profesor Enrique Gaviota, de la Asociación Física Argentina, las partes más salientes de la conversación. La teoría atómica de Richter convenció a Perón, que rápidamente, sin esperar a mejores asesoramientos, facilitó los medios para que Richter comenzara su trabajo. ¿Cuáles fueron los motivos verdaderos de Perón para dejarse embaucar por el austriaco? Se habla de que, como hombre amigo de jugarlo todo a una carta, lo arriesgó todo en ésa. Se dice ahora que quería tener en la mano un gran asunto periodístico para ocultar los problemas internos del país. Ninguna de estas razones, aun siendo poderosas, parece lo suficientemente razonable como para hacerle dar ese paso. El hecho cierto es que el ex Presidente puso en marcha el plan sin hacer consultas técnicas suficientes. Y en un asunto de tal envergadura, la cosa no deja de ser pintoresca. «Me explicó tan bien—dijó Perón al profesor Gaviota—el asunto, que tengo ahora bastantes conocimientos de la fisión nuclear.»

Así empieza lo que se ha llamado en Argentina la impostura científica más importante que se haya conocido nunca.

LOS NUEVOS «ALAMOS» ATOMICOS EN LA ISLA DE HUEMUL

La ocupación más importante de Roland Richter desde aquel momento fué la de buscar un lugar apropiado para la nueva ciudad atómica. La elección de «Los Alamos» argentinos—reedición del lugar donde los Estados Unidos fabricó su bomba atómica—podría servir de guía para una novela. Roland Richter, en un magnífico coche y acompañado y seguido por una comitiva, recorrió los parajes más interesantes de Cór-



Huemul era impenetrable para todos. Nadie podía franquear el misterioso recinto donde operaba Richter, al que aquí vemos trasponer una alambrada

doba, Villa del Lago, por ejemplo, para detenerse ante el prodigio panorámico de Nahuel Huaplí. «Aquí», dijo una vez que hubo desembarcado en la isla de Huemul, No se podía escoger, para «vivir trabajando», como decía él, mejor sitio. La isla, muy poblada de árboles, de gran belleza, está rodeada, pasados los cortos brazos de agua, por altas montañas. «Fácil también de vigilar», añadió.

Desde ese momento, dice Clarín, de Buenos Aires, trenes y más trenes transportando toda clase de materiales y maquinaria comenzaron a rodar hacia el Sur. Miles de toneladas de cemento, que en Buenos Aires no se podían obtener para levantar una casa, se embarcaban en sucesivas expediciones con rumbo a la isla. La documentación prueba que Richter no tuvo nunca ni una idea concreta de lo que iba a hacer con todos aquellos medios puestos a su alcance. En cuanto el famoso «reactor Richter» que iba a crear, por un nuevo procedimiento, la bomba atómica, la energía nuclear, los isótopos y, en general, todos los procedimientos atómicos, se construyó y destruyó diez veces...

Los obreros estaban pasmados, y no lo estaba menos el coronel Enrique P. González, del Ministerio de Asuntos Técnicos, que tenía a su cargo la colaboración inmediata con el sabio.

Mientras tanto, Huemul era impenetrable para todos. Nadie podía franquear el misterioso recinto donde se preparaba Richter para gobernar el átomo. Cuando pasó por allí el príncipe Bernardo de Holanda, que difícilmente pueda ocurrírsele a nadie se dedique a transmitir misteriosos cables sobre secretos atómicos, tampoco consiguió traspasar las altas verjas aceradas que se habían construido. Claro está que tampoco pasaban los téc-

nicos. En determinado momento, Richter descubrió que entre sus empleados se encontraba uno con categoría de técnico, pero siendo, en realidad, doctor en Química. Rápidamente se le expulsó de Bariloche con el pretexto de que podía ser un espía...

Mientras tanto los gastos alcanzaban cifras récord. «A los americanos les costó dos mil millones de dólares», decía Richter. Pero hacia la segunda mitad de octubre de 1950, el coronel González se negaba a firmar la petición de cien nuevos millones de pesos que exigía Richter para seguir las experiencias.

Fué un momento crítico. Richter se exaltó y negó al coronel jerarquía necesaria para la discusión. Este, ni corto ni perezoso (tenía ya detrás la presión de la Escuela Superior Técnica del Ejército), mandó detener a Richter y lo trajo en avión a Buenos Aires.

UN PLAZO INMEDIATO PARA TERMINAR LAS EXPERIENCIAS

El incidente, primero de la afortunada e inverosímil aventura de Richter, terminó de la siguiente forma. El «sabio» se negó a hablar con nadie si no era con el propio Presidente. Paralizadas las cosas, hecho público y aumentado el asunto por el pueblo, el malestar de los grupos técnicos y científicos obliga a Perón a intervenir personalmente. Su solución es dar, sin más, un plazo perentorio al austriaco para terminar sus experiencias.

Así, empujados cada uno de los actores hacia las zonas de lo imposible, unos meses después, el 16 de febrero de 1951, Richter comunicará la sensacional noticia de haber conseguido ya «la liberación controlada de la energía

nuclear en escala técnica». Esta mentira descarada—dice el actual presidente de la Asociación Física Argentina—, «creída por el ex Presidente, hizo que éste diera la espalda a toda prudencia y dictara el Decreto del 17 de marzo de 1951 sobre la soberanía y extraterritorialidad del feudo de Richter».

Para que nadie se acercara a la isla, Richter habla de peligros mortales. En una entrevista que le hace el periódico *La Prensa* dice: «Hace muy poco el jefe de Sanidad de Huemul descubrió a tiempo un peligro terrible, en el cual nos hallábamos todos y que de no haberse localizado a tiempo nos impediría estar conversando con ustedes...» Realmente, la cosa parece una broma, pero la impostura llega en esos momentos a su punto clave. Nadie quiere retroceder. Los millones gastados ascienden a muchos centenares. El sueldo de Richter, que ha ido aumentando periódicamente, es de 20.000 pesos mensuales.

LAS DECLARACIONES DEL 24 DE MARZO DE 1951: «DOMINIO DEL SECRETO ATÓMICO»

El día 24 de marzo, la Casa Rosada estaba de gran gala. Desde los balcones, la plaza de Mayo, quieta y pacífica, parecía olvidada de todo gran acontecimiento. Las palomas se posaban, irrespetuosamente, en la estatua de San Martín. Por la avenida de Mayo, entre los comercios elegantes, la gente no podía suponer que precisamente a esa hora en el Palacio Presidencial los periodistas tomaban nota, febrilmente, de una declaración personal de Perón sobre los trabajos de «Los Alamos» argentinos: «Argentina domina el secreto atómico». La noticia, como es natural, era auténticamente sensacional... Y llegaba, además, en el justo momento: «Cuando iban a reunirse todos los cancilleres de todos los países americanos, por deseo de Washington, para hablar de Corea.» Cuatro años más tarde, el 28 de septiembre de 1955, Ronald Richter escribe estas palabras: «En aquel momento no existía la menor posibilidad de la iniciación de cualquier investigación de esa naturaleza en Argentina».

Sin embargo, Raúl Alejandro Apold, secretario de Difusión, mantuvo durante casi un año el «bluff» sensacional en los periódicos. El profesor Richter, que tenía entonces cuarenta y dos años, estaba casado, tiene un hijo y una mascota prodigiosa, el gati-

to «Ypsilon», es condecorado por el ex Presidente. La gente, muy perspicaz en estas cuestiones, contaba cosas pintorescas. Uno de los rumores se reflejaba en la siguiente anécdota. El Presidente, en una conversación, dijo a Richter «que merecía se le levantara una estatua de oro». «No, señor; a usted», contestaba el sabio. Y así estuvieron, decía la anécdota popular, lanzándose la estatua de oro el uno al otro, como si se tratara de un ramillete de violetas.

HACIA EL OCASO DEL FRAUDE: MIL MILLO- NES DE PESOS PER- DIDOS

Después del revuelo armado por las declaraciones, la opinión pública y la opinión científica se empeñaron ya en desear hechos concretos. Se fué apretando el cerco, y en junio de 1952 un grupo de periodistas podía penetrar en el recinto sagrado de Huemul. Las fotografías tomadas de los aparatos y las instalaciones revelaron a los técnicos que era imposible que allí se pudiera producir nada en serio. La estafa estaba a punto de morir. Le quedaban unos pocos meses de vida. Todavía el 11 de diciembre de ese año Ronald Richter celebraba una última conferencia de Prensa. Todo el mundo tenía presentes las palabras de Perón al dirigente de la eléctrica C. A. D. E. cuando le habló de los problemas de las centrales térmicas del Norte: «La energía producida en la isla de Huemul se venderá en botellas para uso industrial y familiar. Se acabaron los problemas.» Tan confiada y extensa era su fe, que el hombre de negocios salió asombrado. Todo ello invita a pensar, verdaderamente, sobre el papel desempeñado por Perón en la colosal estafa. El profesor Enrique Gaviota, que intervino en contra de los proyectos de Richter, escribía en *Esto Es* el 18 de octubre de 1955: «¿Actuó el ex Presidente de mala fe? No lo creo. El ex Presidente fué, por lo menos al principio, la víctima de un «cuento del tío». Víctima culpable, como en todos los cuentos del tío.»

Sea lo que sea, el hecho cierto es que la conferencia de Richter de diciembre marca el ocaso completo del embaucador. Los despropósitos científicos que dicen tales, revelando tan poco conocimiento del asunto, que la gente no le toma ya en serio. El diputado Santiago Nudelman, el 1 de septiembre de 1954, durante su discurso, dará un dato co-

sal: «En Huemul se levantaron grandes instalaciones y se echaron por la borda, según nuestras informaciones, más de mil millones de pesos...»

En esa época Richter y su famoso descubrimiento estaban retirados de la circulación. Todo el mundo quería olvidar el fraude. Pero Richter no es hombre que huya de los escándalos, y como los diputados le acusaban en 1954 de falsario, se atrevió a hacer unas declaraciones protestando. Entonces, por esa época, se dedicaba a negocios tan productivos como los de exportación e importación. ¿Era el final?

EL FINAL ESTÁ POR VER: RICHTER ESCRIBE AL PRESIDENTE PROVISIONAL

Richter ha estado al margen de la revolución y de los conflictos entre los argentinos, pero ahora, pasados los primeros momentos de inseguridad, ha vuelto a pasar al primer plano de la actualidad. Este extraño y misterioso individuo parece que se complace en las situaciones comprometidas. Cuando cualquiera otra persona se dedicaría al fino y honorable deporte de tejer, Ronald Richter se dispone a combatir. ¿Cómo?

Es muy sencillo. Ha escrito una larga carta al general Le-nardi, en la que, entre otras cosas, después de decirle que ha sido la víctima del complot atómico, le dice que se le adeudan 110.000 pesos. La forma de la exposición merece, para nuestro gusto, el honor de la publicación íntegra: «... Sin perjuicio del pago de la suma de 110.000 pesos que se me adeudan, solicito de acuerdo con el contrato de 1948, el pago de los boletos aéreos para mi familia y para quien suscribe hasta Alemania occidental, como también las expensas necesarias para tales fines. De más está decir que, de acuerdo con esos mismos fines, resultaría particularmente grato al suscrito que se le otorgara un pasaje previo de ida-regreso para que estudiara la situación en el lugar que ha de vivir en Alemania con su familia...» Y termina así: «Como la República Argentina me brindó las oportunidades de realizar interesantes trabajos científicos, es una de las razones por las que mantendré el permanente recuerdo de ella en el más alto nivel de respeto. Dios guarde a V. E.» Todavía, muy fino y político, añade: «Su casa, Almirante Brown, esquina Berassain».

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN PARA CONOCER POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

CONSUMA USTED MAS AZUCAR



LOS CULTIVADORES DE REMOLACHA REUNIDOS PARA ESTUDIAR SUS PROBLEMAS EN ASAMBLEA

"Con el azúcar no se caen los dientes"

AZUCAR CONTRA SACARINA

«Prohibir la fabricación de conservas vegetales, bebidas, helados, confituras... con sacarina.» Así dice textualmente una de estas conclusiones. Y aquí sí que los remolacheros, además de defender un interés legítimo y justo, han demostrado tener buen gusto, buen paladar, queremos decir. La sacarina, que se quede en el fondo de los morteros para potingues de farmacia o en los matraces de los gabinetes químicos; pero al jarabe que va a endulzar la gaseosa fresca y espumosa o al refresco de zarzaparrilla le va mejor, claro está, su ración bien medida de azúcar. Un helado endulzado con sacarina vendría a ser algo así como un refrescante caramelo de bismuto. A cada cual lo suyo.

En la campaña 1953-54, el total de azúcar de caña producida fué de 23.923 toneladas métricas, que sumadas a las 287.434 toneladas de azúcar de remolacha, arroja un tonelaje de 311.357 toneladas métricas de azúcar en total. Como se ve, la producción excede a las cantidades normales de consumo nacional. Por otra parte, no está menos claro que otros países, como Cuba, por ejemplo, tienen la primacía en el mercado exterior, al margen de toda posible competencia. Este es el mo-

CIENTO cincuenta remolacheros de las provincias españolas se han reunido en la nueva Casa Sindical de Madrid. De las nueve zonas en que España queda dividida en cuanto al cultivo de la remolacha han llegado a Madrid estos hombres para exponer sus problemas, estudiar soluciones, buscar, por el camino más recto y más corto, el planteamiento de todas las cuestiones que presenta la remolacha en todas las tierras españolas. Desde la compra y entrega de la semilla, la superficie que se ha de cultivar, la compra-venta de las raíces a las fábricas, hasta las Ponencias que hablan de la exportación de azúcar y de su innecesaria importación. Una Asamblea de agricultores donde la remolacha ha recorrido el largo camino que va desde las hectáreas de tierras sembradas hasta el azucarero de cristal en la mesa.

Los hombres más destacados por los grupos productores han hablado en nombre de los 121.702 cultivadores remolacheros de España y han traído hasta los salones de la Casa Sindical de Madrid la voz de treinta provincias y la esperanza donde descansa el futuro de esas 87.367 hectáreas sembradas con raíces de azúcar en las más variadas zonas del norte, del centro y del sur de España.

Ha sido la primera vez que los remolacheros españoles se han reunido en una Asamblea nacional. Y las Ponencias, las conclusiones, ahí están. De todas ellas saldrá, o quizá ya haya salido, una conclusión general, un fin inmediato: la revisión del estado actual de esta producción en España y un mayor entendimiento entre los hombres del campo que a esta especialidad se dedican.

tivo que ha llevado a los asambleístas a estudiar con todo detenimiento la forma de salir a mercados extranjeros mediante posibles compensaciones; que haya una exención total de impuestos para el azúcar y productos azucarados que se exporten y, sobre todo, que quede terminantemente prohibida la importación de azúcar extranjero, principalmente el que viene en régimen de admisión temporal, «Azúcar para todos», parece que han querido decir los hombres de la remolacha, y dentro de este «todos», naturalmente, están las provincias Canarias y Zona del Protectorado, a cuyos puertos no debieran llegar barcos procedentes de otros países con cargamento de azúcar.

Y la cosa nos parece de lo más natural y de lo más sencilla.

En la Asamblea alguien ha lanzado la idea de la necesidad de una intensa campaña que, a modo de potente «slogan», enseñe a todos los españoles los beneficios y ventajas que reporta al organismo humano el consumo adecuado del azúcar. No sabemos si a estas alturas andará ya por ahí algún «slogan» de «gancho», como, por ejemplo, este de «con el azúcar no se caen los dientes», que es precisamente el contrario al que suelen usar las amas de casa cuando las manos del niño rondan el azucarero. Desde luego, creemos que una buena campaña organizada podría tener sus efectos.

Quizá los dos caballos de batalla de esta primera Asamblea de remolacheros hayan sido los que se refieren a la oportuna publicación de las normas reguladoras de cada campaña y las que hacen referencia a los contratos de compra-venta y pago de la remolacha en función directa del grado de su riqueza. Que se publiquen en



El Jefe Nacional del Sindicato del Azúcar, don Jesús Muro Sevilla, pronunciando un discurso en la Asamblea de Remolacheros

tiempo oportuno las normas y bases que regulan cada campaña, atendiendo como fecha adecuada la de tres meses, como mínimo, antes de la época normal de la siembra y que, en el supuesto de que el Ministerio de Agricultura estime, se establezca un precio base de 850 pesetas para la tonelada métrica de remolacha en la próxima campaña. La meta ideal sería el pago por riqueza y no por peso en tonelaje, por riqueza desprendida de los grados de sacarosa que cada raíz encierra; pero el problema no sería nada fácil, y la meta, costosa de conseguir, debido a las variadas gamas de tierras y de climas.

Sin embargo, los estudios para una mejora total en este campo de la producción agrícola nacional han comenzado por el mejor camino. Del diálogo de estos ciento cincuenta hombres, reunidos bajo los auspicios del Sindicato Nacional del Azúcar, saldrán nuevas soluciones para todos los problemas que la remolacha tenía, ya hace algunos años, planteados en las tierras españolas.

EL AZÚCAR DIVIDE A ESPAÑA EN DIEZ ZONAS

Entre otras cosas, el azúcar ha venido a ser un determinante en la geografía de España. Un mapa geográfico del azúcar no se parece a ningún otro mapa nacional. En diez zonas divide el azúcar a España. De éstas, nueve son remolacheras y una queda para la caña.

Así como las zonas sembradas de remolacha tienden cada día a extender su área, y en menos de cincuenta años son ya escasas las provincias que, en mayor o menor escala, no conocen este cultivo, la caña de azúcar se ve condenada a no conocer otras tierras que aquellas en que viene creciendo hace cuatro siglos. El hecho de ser un producto típicamente tropical le hace que su siembra sea exclusiva de nuestras tierras subtropicales de Málaga, Granada y Almería. España es el único país europeo que, debido a su clima y a lo específico de sus tierras, donde se da el banano, la chirimoya y el plátano, posee esta dualidad en la producción azucarera. El azúcar de caña queda, naturalmente, muy por debajo de la producción nacional del azúcar de remolacha, viniendo a sumar

todos los años un total de unas veinticinco o treinta mil toneladas, siendo Motril, en la provincia costera de Granada, el pueblo que mayor producción alcanza.

En la campaña azucarera de 1954-55, frente a los 2.098 pueblos que dedican su actividad a las gamas de la remolacha, sólo 14 Municipios han trabajado en las labores de siembra y corte de caña. La diferencia se hace más palpable en el número de toneladas producidas en la misma campaña: por 1.801.489 de remolacha azucarera, donde no cuenta la destinada a forraje para el ganado, se han obtenido 367.840 toneladas de caña en las provincias del Sur, donde la caña crece con la misma facilidad que en tierras cubanas.

La primera zona remolachera queda integrada por las provincias de Zaragoza, Navarra y Teruel. Hoy, en la producción de remolacha. Zaragoza es, sin duda, la cabeza de España. En sus 13.738 hectáreas sembradas se recogieron en la pasada campaña un número de toneladas que alcanzaba la cantidad de 315.975. Es la mayor cifra de producción de todas las provincias españolas, y ninguna provincia alcanza el número de ocho fábricas, que son exactamente las emplazadas en la capital y pueblos que le rodean. Zue-

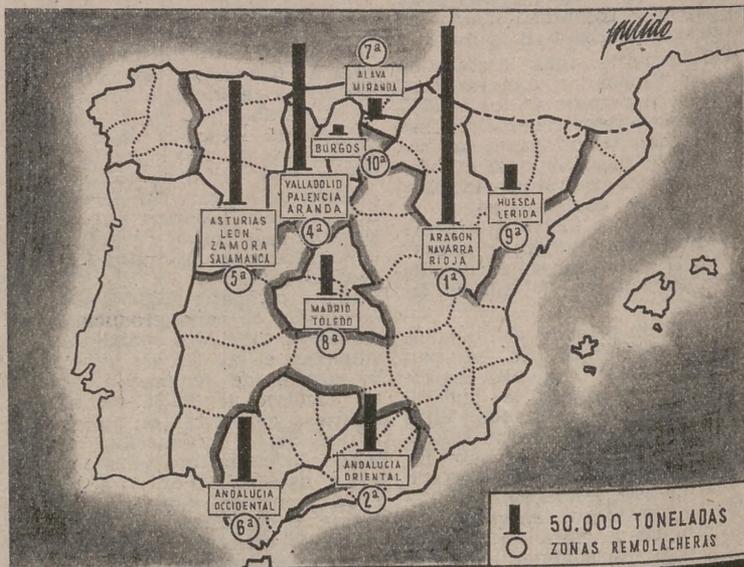
ra, San Mateo de Gállego, Calatayud, Calatorao, Villanueva de Gállego... son buenos ejemplos de pueblos zaragozanos dedicados a la remolacha.

Granada, Málaga y Almería ocupan geográficamente la segunda zona. En un tiempo, Granada fué la provincia de más rica y variada producción; pero un cultivo exhaustivo de sus tierras hizo que la remolacha de la vega granadina perdiera riqueza en sus raíces y su calidad fuese descendiendo a la hora de la báscula y del contratante. Sin embargo, las 177.085 toneladas métricas que en la campaña última daba Granada como balance total de su producción en bruto nos hace pensar que el cultivo de la remolacha no se ha abandonado, y que tal vez con mejora de métodos de siembra y con épocas de baldío, la extensa y rica vega granadina vuelva a recuperar la fama y el nombre que hace cincuenta años le dió su remolacha, la más codiciada por los fabricantes de la época.

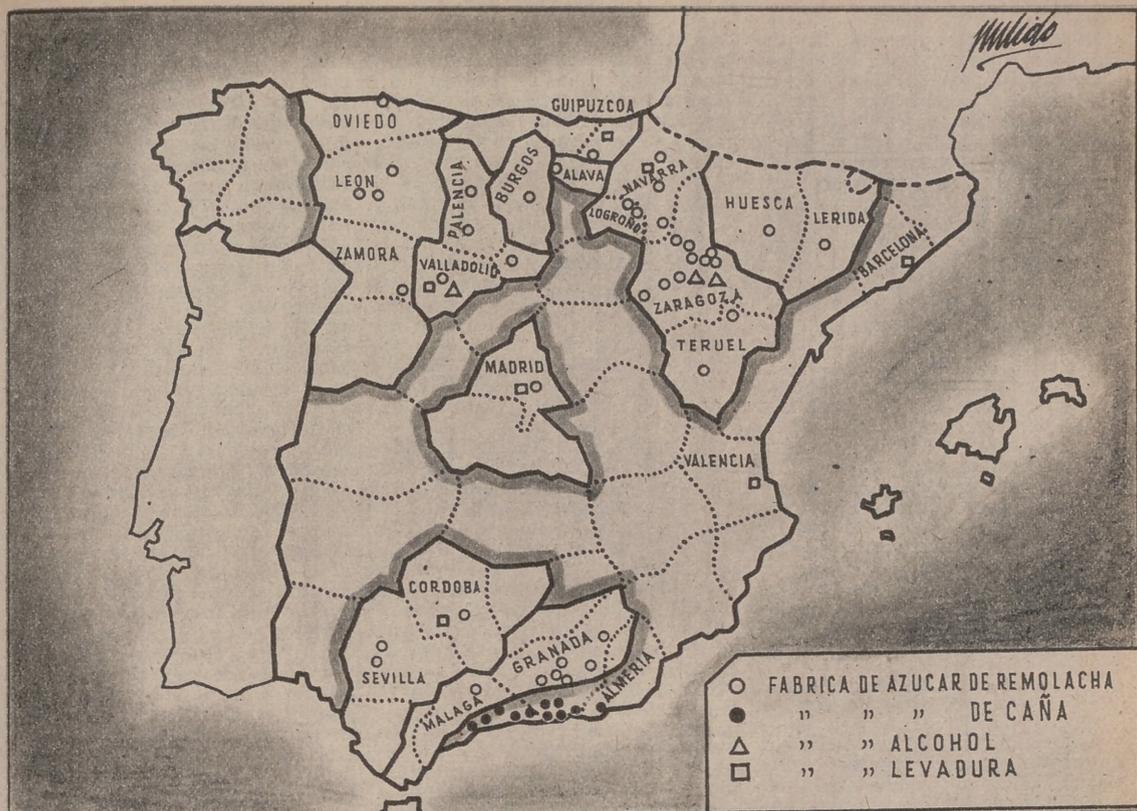
La tercera zona azucarera se queda para la caña, para las tres provincias andaluzas que en los tiempos del corte ven sus carreteras inundadas de camiones y carretas cargadas de la dulce y gruesa caña cubana camino de las fábricas de Motril, de Salobreña, de Nerja, de Torre del Mar, donde la caña se prensa y se estruja para convertirla en río blanco de azúcar.

Valladolid es la cabecera de la zona cuarta. Ahí están sus 161.201 toneladas métricas de producción remolachera en la campaña del último año. En Valladolid se fundó el primer Sindicato Remolachero de España. Su fundador, hace ya muchos años, fué Onésimo Redondo. Un Sindicato para defender los intereses de unos productores cuya voz hasta entonces no se había dejado oír en ningún sitio, o mejor que no había sido escuchada.

La riqueza en la remolacha de los campos de León es excepcional. Su clima frío, sus tierras montañosas, la hacen envidiable para el cultivo. Con las provincias de Salamanca, Zamora y Asturias, León constituye la quinta



Zonas remolacheras y tonelaje máximo de remolacha contractable en cada una de las mismas para la campaña 1955-56



Se señalan en este mapa las fábricas de azúcar y productos derivados, distribuidas en la geografía española

zona remolachera. A León, con sus 152.382 toneladas de producción anual, le sigue de cerca Zamora en número y calidad de raíces. La tierra del pan y del vino podría también llamarse hoy «la tierra de la remolacha».

La remolacha exige sus condiciones para convertirse en fuente de riqueza escondida en unos sacos de azúcar. Amiga del frío, de la humedad y de terrenos accidentados y montañosos, se produce con más variedad y con más profusión de sacarosa en tierras de regadío. La sacarosa es el tesoro que la remolacha guarda en su raíz, sepultado a unos centímetros bajo tierra. Sin embargo, las tierras de secano no son completamente inútiles para su producción. Desde que se comenzó a propagar el sistema seguido en las tierras secas del Oeste americano, que se conoce con el nombre de «Dry-Farming», se reparó en que toda la meseta central de España caía experimentalmente dentro de la zona que se comprendía como la de dicho sistema a modo de cultivo.

Pero, a pesar de todo, la elección es sencilla. No cabe duda y esto bien lo saben nuestros agricultores, que las tierras de regadío de clima frío y húmedo son las más propicias y las que mayores condiciones reúnen para una buena cosecha remolachera. Esta es la única razón por la que muchas fábricas del Sur y del centro han emprendido su hégira lenta y progresiva hacia emplazamientos del norte de España, donde el terreno es más accidentado y donde las lluvias son más constantes y frecuentes.

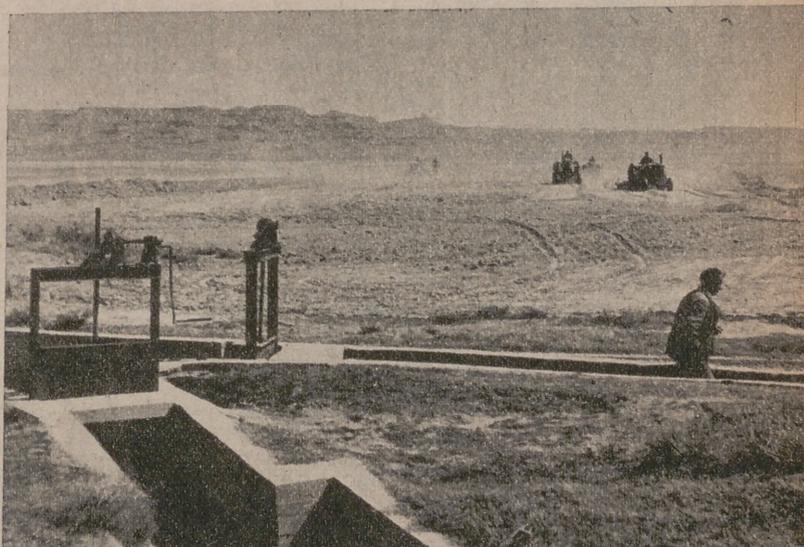
Sin embargo, el Sur, haciendo a todo, a la remolacha y la caña, sigue también con buena produc-

ción y con fábricas que miran hacia el Mediterráneo. La sexta zona, por ejemplo, comprende las provincias andaluzas de Sevilla, con sus dos fábricas de azúcar remolachera; Córdoba, y Cádiz.

Vitoria, Logroño y parte de la provincia de Burgos se encuadran en la séptima zona. La octava la ocupa Madrid. Es la provincia donde con mayor claridad se destaca la profunda diferencia de riqueza que se da en la remolacha. Dentro de esta misma zona, rica, abundante, con producto y raíces de calidad envidiable, se da a su vez otra zona donde la pobreza y la falta de sacarosa del

tubérculo son proverbiales. Son las zonas comprendidas entre las proximidades del Jarama. La raíz es gorda, pesada, a primera vista, y a ojo del profano parecería el prototipo, la semilla selecta para la siembra. Pero los dueños de la fábrica donde la remolacha del Jarama se cortará en rodajas y se triturará, piensan de modo muy distinto. Es carne sin grasa. La culpa la tiene el río. Las aguas residuales con que se riegan, de Rives Bacla, San Martín de la Vega, Ciempozuelos, Seseña y Borox.

En Madrid hay dos fábricas remolacheras, donde se muelen las



En Grañén, provincia de Huesca, se realizan trabajos de nivelación en una gran finca dedicada a remolacha

16.000 toneladas que dan las tierras de Toledo y las 9.540 que dan los campos de Guadalajara.

Huesca y Lérida componen la penúltima zona, para terminar con Burgos en la décima. En la clasificación sólo hemos dado los nombres de las provincias más destacadas, ya que dentro de cada zona se encuentran otras provincias, como Santander, Segovia y Cuenca, donde la remolacha no es desconocida. En la delimitación geográfica juega su papel principal la colocación de las fábricas que contratan las cosechas para su elaboración.

Total: treinta y siete fábricas repartidas por toda la geografía española, por cuyas puertas, en la campaña 1954-55, han entrado, en números exactos, 1.801.489 toneladas métricas de raíces de remolacha, para salir convertidas en 238.879 toneladas de azúcar blanquisima. Hasta aquí las estadísticas van bien. Sería curioso saber cuántas tazas de café se han endulzado con tantas toneladas, tantas raíces y tantos sacos de azúcar.

LA «PULGUILLA», ENEMIGO NUMERO UNO

La remolacha también tiene sus enemigos. Unos enemigos muy pequeños, que apenas se ven cuando se mecen en las hojas verdes mientras hacen la digestión del destrozado, pero que a los remolacheros les causa un pavor aterrador su presencia. En España, la plaga más extendida y la más temible es la que vulgarmente se llama «pulguilla», y que los técnicos le dan un nombre rarísimo. Según estos técnicos, la «pulguilla» es una plaga casi universal, que recorre los campos remolacheros de la Europa mediterránea, Austria, Hungría, Eslovaquia, Rusia y el Turquestán. Una raza interminable, que en la cuenca del Duero, especialmente en las provincias de León, Valladolid y Soria, tiene su «cuartel general», sin que del «animalito» se hayan podido librar las regiones frías de Teruel, de Huesca, de Navarra, de Lérida; las menos frías de Madrid y de Guadalajara, o las cálidas zonas remolacheras de Sevilla, Cádiz, Córdoba, Málaga o Almería.

Hacia el mes de abril la «pulguilla», que ha pasado los meses fríos durmiendo en su madriguera, sale al olor dulce de las hojas verdes y empieza el exterminio.

Cuando la aparición del bichito comienza con la siembra de la remolacha, el destrozado es de-

vastador. El ataque a las plantas que acaban de nacer es mortal, y la cosecha y las esperanzas del remolachero se vienen abajo con los futuros carros cargados de raíces y los pesados sacos de azúcar. A la «pulguilla» parece que le gusta lo dulce. Dicen que es el bicho más goloso del mundo, y lo peor es que no muere de empacho. La muerte le viene en forma de espolvoreador de mochila, con unas mangueras aplicadas a las hojas de la planta atacada, por donde sale un mortífero insecticida que viene a ser un caldo de arseniato de plomo. Si hay suerte, la plaga desaparece, al menos en la cosecha donde el arseniato se puso en funciones.

La región de Andalucía, además de la «pulguilla», conoce otra plaga de no mejores intenciones. En las vegas de Granada y Guadix, de Motril, Salobreña, en las costas de Málaga, en el valle del Guadalquivir, en Lora del Río, Jerez de la Frontera, Arcos, Puerto Real..., existe una compañera o hermana de la «pulguilla» que se llama «cassida», y que los andaluces le dicen «chínche».

Una sola planta puede llegar a perder de 200 a 300 gramos de peso de sus hojas después de un ataque de «chínches». En Granada, en la cosecha de 1930, se valoró la pérdida de remolacha a causa de esta plaga en unas veinte mil toneladas. Para la «chínche», el mismo caldo que para la «pulguilla»: una ración de arseniato de plomo diluido en agua. La lista de insectos que forman el ejército de guerra a la remolacha se continúa por los pulgones, los gusanos grises y la mosca de la remolacha. Una planta que tiene almibar en sus raíces es natural que no la dejen vivir.

SIERRA MORENA, EL MONCAYO Y SIERRA NEVADA

El año 1747, un farmacéutico de Berlín, Margraff, demostraba que en las raíces de la remolacha se almacenaba gran cantidad de sacarosa. El descubrimiento venía a ser de un interés extraordinario para los países europeos en cuyas tierras no crece la caña de azúcar. En 1825 funcionaban ya en Francia más de cien fábricas de azúcar de remolacha.

¿Cómo llegó la remolacha a España? ¿Dónde existió la primera fábrica? ¿En Salobreña, de la provincia de Granada; en la misma capital andaluza, en Alcolea, de Córdoba; en Zaragoza...? La respuesta viene a ser algo así como la cuadratura del círculo.

En un libro editado en Granada en 1928 en honor del ilustre cirujano don Juan Creus Manso se leen estos párrafos: «El pensamiento de introducir el cultivo de la remolacha azucarera fué sometido a nuestra Real Sociedad Económica por el señor López Rubio en 1877, pronosticando el éxito después de los ensayos que se venían realizando desde el año 1874. En sesión celebrada el 23 de diciembre del propio año se dió cuenta de haber sido analizadas en Berlín las raíces cultivadas en Granada y Guadix, acusando notable riqueza sacarina, acordándose el reparto gratuito de semillas y el nombramiento de una Comisión encargada del estudio de tan vital problema. El 27 de diciembre de 1878 terminaron en Granada los ensayos sacarimétricos de las remolachas sembradas en nuestras vegas, que dieron comienzo el 15 de septiembre. Y el 12 de julio de 1879, la Comisión nombrada por nuestra Sociedad emitió luminoso informe.»

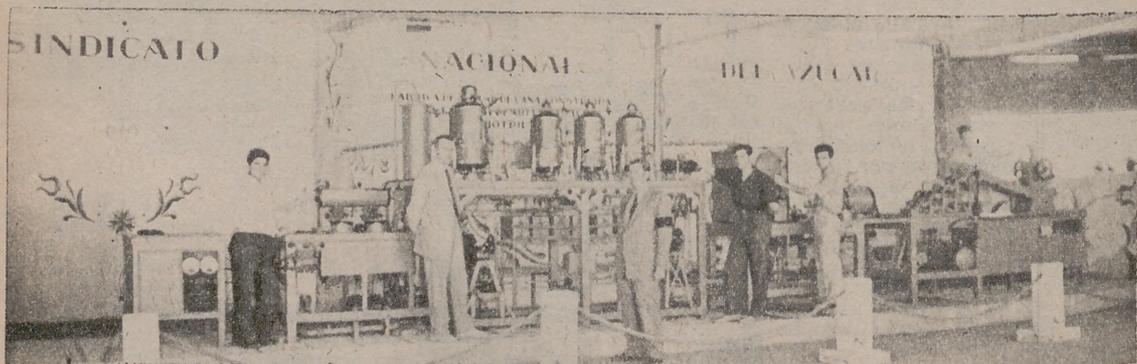
«A la férrea voluntad de don Juan López Rubio se asoció el genio tenaz de don Juan Creus y Manso, y ambos ilustres patriotas, contra el dictamen de los técnicos y sin lograr constituir Sociedad por el retraimiento de los capitales, aportaron toda su fortuna, inaugurando el «Ingenio de San Juan» en 20 de octubre de 1882...»

En nuestros días, junto a la actual Azucarera de «San Isidro», todavía se puede ver un viejo edificio desmantelado en las inmediaciones de la vía férrea de Granada a Bobadilla. Era, según este informe, la primera fábrica de azúcar de remolacha que existió en España.

Otros dicen que la cuna del azúcar remolachera está, sin duda, en Zaragoza. Don Fernando F. de Córdoba, nieto del conde de Torres-Cabrera, afirma que la fábrica donde primero se extrajo el azúcar de la remolacha estaba en Alcolea, aportando a su afirmación el envío de la Memoria ofrecida por su abuelo en 1882 a Su Majestad el Rey Don Alfonso XII.

Quizá el problema histórico interesante a los críticos de la historia y la vida de la remolacha, porque también la remolacha tiene su historia. Lo cierto es que hoy, en el cultivo de esta raíz andan unos 121.702 agricultores españoles; que la producción de azúcar da para dentro y para fuera, y que apenas existen zonas de provincias españolas que no conozcan las ventajas de unas hectáreas sembradas de remolacha.

Ernesto SALCEDO



Fábrica remolachera en miniatura, expuesta en la última FERIA del Campo, de Madrid

PRESTIGIO

de la Técnica



CERTINA es el reloj que incorpora a su maravilloso mecanismo los últimos adelantos de la técnica suiza.



Construido en su propia fábrica, concede a todos los modelos para señora, caballero y niño, precisión infalible a los más asequibles precios.

PROTEGIDO CON EL LEGÍTIMO INCABLOC (contra golpes). - ANTIMAGNÉTICO - MUELLE IRROMPIBLE - CORONA DE ACERO

CERTINA

EL RELOJ DE PRECISION MAS FINA

Fábricas en
GRENCHEN
(Suiza)

- ELEGANCIA
- PRECISION
- FORTALEZA
- EXACTITUD

EDUARDO AUNÓS, SU ÚLTIMO LIBRO, SU EXPERIENCIA Y SU LARGA INTIMIDAD

LA "GUIA DE PARIS PARA ESPAÑOLES", OBRA COMPLETA, JUGOSA, CON SENTIDO Y NECESARIA

"La vocación política y la vocación literaria" se equilibran en mí

*De las Termas a los cabarets,
pasando por los Campos Elíseos*



«Fuí a París por primera vez en el año 19; desde entonces he vuelto todos los años»

NO es la primera vez, ni será la última, que don Eduardo Aunós salta a la novedad de nuestras páginas. Viene ahora a propósito de su «Guía de París para españoles», intento bien cumplido de verter la múltiple e inquietante capital europea a nuestro lenguaje espiritual y aun formal. No será extraño que al lector próximo del señor Aunós le decepcione, en cierto modo, el anuncio de «Guía». Pero al cabo de sus 491 páginas hallará una tan notable interpretación del «puzzle» parisino, una tan completa aclaración de los sucesos bic-

gráficos de aquella ciudad que su curioso afán quedará satisfecho.

El señor Aunós me señaló una hora clave del día de Madrid. Emparedados ambos entre máximas urgencias nuestro diálogo surgió rápido, sustancial al primer minuto, amable sin circunloquios, incisivo con alguna prevención parisino, definitivamente parisino.

Don Eduardo Aunós, cuya actuación pública, desde su función como Ministro en la Dictadura a los veintiocho años hasta la presidencia del Tribunal de Cuentas, pasando por el departamento de Justicia, es, sin duda, una figura dispuesta a cada segundo para llegar a nuestra actualidad de cada semana, está ya ante nosotros. Es de advertir que durante el tiempo que invertimos en la entrevista permaneció al alcance de cualquier «aclaración uno de sus secretarios, con lo cual el suceso informativo tuvo algo de recepción importante, quiero decir, de recepción oficial.

El acento del señor Aunós es radicalmente catalán. Un catalán atildado y reflexivo, reteni-



Eduardo Aunós, durante su entrevista con nuestro redactor

do, no obstante, por un punto de moderación. En nuestro caudal de sensaciones difusas su acento quedó como un bello catalán de alguna posible decadencia. El señor Aunós fué emigrado político en París en tristes años para España. Su mirada es persistentemente azul, como cargada, todavía, de añoranzas.

—¿Cuál ha sido el motivo del libro?

—Simplemente, la necesidad de él. Se necesitaba un «París» completo, jugoso y con sentido. Por otra parte, es fruto de una larga experiencia, de una larga intimidad.

—Perdone la posible audacia de la pregunta: ¿es objetivo?

—En absoluto, pues es personal.

—¿Cuál es, en cifras, su experiencia y su intimidad de París?

—Fuí allí por vez primera en el año 19. Desde entonces, he ido todos los años. Ya le he hablado de mi destierro. Aquellos años me dieron el principal matiz de París, hecho a base de todos los París posibles.



Ha nevado en París, y así encontramos una calle de Montmartre



«Las cosas, cuanto más pueden explicarse en lenguaje humano, pierden mayor verosimilitud»

EMPEZAMOS CON LA CIUDAD: EL GENIO

Toda la esencia, la forma viva, la «categoría» de París la reúne el señor Aunós en una especie de apocatástasis genial. Es el espíritu inspirador, el «demonio» que Apuleyo endosaba a Sócrates, el ángel, el misterio en contradicción consigo mismo, dispuesto a la exégesis. El genio de París, describe al escritor el trazado esencial de la ciudad dos veces milenaria a partir de... «tras las catástrofes terciarias y cuaternarias». No obstante, París comienza y acaba en una sola noche. En tan menguado espacio de tiempo, el Genio habla de todo, todo lo comenta, no deja nada por juzgar, lo descubre todo. Desde Felipe Augusto a Chevalier o Ives Montand. Desde Atila a Hitler.

—Señor Aunós. Ruego nos explique usted las palabras del Genio respecto a las intervius.

—Ya lo sabe usted. «Las cosas, cuanto más pueden explicarse en lenguaje humano, pierden mayor verosimilitud y grandeza.» Es cierto. Sin embargo, es necesario hablar. Fué necesario que yo, en cierto modo, entrevisté al Genio de París.

—Tan necesario como que yo le entrevisté a usted. La cultura es una cadena de necesidades, si usted me permite la sugerencia.

En el cuarto de hora, aproximadamente, que llevo con el señor Aunós, el teléfono ha sonado varias veces y las visitas han ido aumentando en la sala de espera. Es terrible tener que contar para todo con el tiempo.

—¿Por qué supone que ha logrado su «Guía» la meta propuesta?

—Porque los españoles que llegan a conocerla entrarán en París con el problema principal resuelto.

—¿Cuál es ese problema?

—Que a París no se le conoce en un año, ni en dos, ni en tres. Los enormes espíritus de las ciudades de Europa velan bajo infinitas apariencias su sustanciosa realidad. Saber esto es, como usted puede comprender, comenzar sabiendo a qué atenerse.

«¿Tiene su espíritu París? Siempre he creído que las ciudades son como grandes seres humanos. Las creaciones sociales del hombre suelen ser reflejo de sí mismo. París no es una creación arbitraria. Responde a necesidades vitales, y su historia es solidaria con la de los demás pueblos y ciudades de Occidente. En el corazón de París laten siglos de tradición y también oleadas de ideas, de ambiciones, flujo y reflujo de anhelos que chocan entre sí, y así crean, al embate de su propia sacudida, nuevos destellos de genialidad creadora.»

—¿Qué bibliografía utilizó en la confección de su «Guía»?

—Poseo en mi biblioteca cuatrocientos libros sobre París. Entre ellos, cincuenta son guías procedentes de todas las épocas desde el siglo XVIII al tiempo más reciente. Bajo todos los signos y matices, tan copioso material sirvió de base de base inicial a mi trabajo. Poseo informaciónes amplias, síntesis apretadas de París, y las inefables y valiosas aportaciones románicas —literatura de París— como la de Richard. Entre mis libros se hallan algunos, referidos al

aspecto que nos ocupa, de Victor Hugo y Lacordaire. En resumen, faltaba una auténtica guía práctica.

«Nosotros daremos una breve idea de los principales periódicos, diarios y semanarios, para que el viajero escoja lo que prefiera»...

«Las parroquias de la ciudad son 94, sin contar las de los suburbios y los oficios dominicales se escalonan»...

«Junto al París alegre y despreocupado, vigila el París estudioso, el que gusta soñar entre los viejos muros del barrio Latino, o se refugia... Es la ciudad intelectual, que, patiendo»...

«Francia vive hoy pendiente de un buen libro»...

—A pesar de ello, usted no se conforma con la guía práctica e introduce en su libro las excelentes y elevadas disquisiciones del Genio.

—En efecto. Una ciudad es una proyección en el presente y hacia el pasado. Mire. Por ejemplo, la Guía práctica señala dónde está la Comedia Francesa, cuánto importan las localidades, qué clase de representaciones se ofrecen en ella y qué actores las protagonizan. El Genio, nos habla, no ya de la figura actual de la Comedia, sino de su alma. Cuál es su historia y sobre qué brillantes tradiciones se levanta su noble continente. El Genio carga nuestro espíritu del suyo, distiende, hasta el destello, nuestra sensibilidad, nos llena de cultura, nos convierte en europeos conscientes. En individuos rigurosamente históricos. No lo dude. El pasado de las urbes nos da su profundidad.

—Profundidad... ¿Es trascendental el París frívolo?

—Sí. En absoluto.

«PARLEZ-MOI D'AMOUR»...

He aquí una de las posturas más representativas de la ciudad. Desde Villón, Ruteboeuf, los poetas del medievo, hasta el escarceo gutural y triste de Juliette Greco, la bella desertora, París ha mostrado más que ninguna otra ciudad cierta inclinación como oficial, como consentida, hacia la amorosa ligereza.



Una calle de París, la ciudad tan bien descrita por Aunós

«La fama de ciudad amatoria que le ha correspondido se la han otorgado a París, sus hombres de letras, sus artistas, sus ídolos de un día, y... sus mujeres. Ellas también han querido aparecer como lo que muchas veces no son»...

—A propósito, señor Aunós. Esos maravillosos grabados románticos de su libro, ¿cómo pudo reunirlos? Ciertamente, es una colección valiosa.

—Proceden de mis libros franceses.

Procederán de sus libros franceses. Los grabados de «Guía de París para españoles» son otra historia, otra expresión de la gran historia de París. Atendamos a algunas de sus representaciones: «La Reina Pomaré, polquista de la época romántica, protegida por dos guardias de sus admiradores»; «Desfile carnavalesco en 1830»; «Juegos del baile Mabillé»; «Mercedo ante la iglesia de Santa Genoveva»; «El baile Chicard», y tantos otros. Gran acierto el de incluir estos grabados, scplo gráfico del París característico.

Tampoco ha de objetarse nada a los mapas, en magnífico colorido. He comprobado su minuciosidad. Dan perfecta idea de París a través de sus ampliaciones a partir de la Cité, lugar sagrado, habitáculo del Genio cuyos siete velos desgrana la concienzuda entrevista de Eduardo Aunós.

—Presta buen número de páginas a la canción ligera.

—Sí. He ahí otra dimensión de París.

—¿Absolutamente necesaria?

—No exagero al decirle que puede parangonarse con otras más graves manifestaciones de la ciudad.

«Quizá sea la capital francesa la única ciudad del mundo donde la canción popular o simplemente frívola tenga la suficiente importancia como para suscitar serios comentarios. Cada momento histórico tiene su canción y sus intérpretes preferidos. Pero una y otros se apoderan del pueblo y lo adormecen, mientras le impulsan a las más grandes decisiones.»

¿Quién no recuerda a Lily Marlem, o a la Madelon, o a la pobre Anne Marly? ¡Tierno y sabio París de los «chanzonniers»!

PARIS MONUMENTAL

La ciudad artística se halla tratada en el libro con singular destreza y es donde la impronta persona del autor ha calado más hondamente. (Libro personal, libro objetivo.)

París, que como ciudad monumental no tiene enemigo si no es Roma, encuentra aquí su correspondiente referencia. Asimismo, la referencia literaria. Nada tan completo. Los diversos premios, las casas editoriales y sus especiales publicaciones, el matiz diferencial de cada autor, los motivos espirituales de cada uno, sus triunfos, su encuadramiento artístico, su proyección hacia el gran público, todo esto y mucho más ha sido estudiado y expuesto claramente.

—Señor Aunós: ¿Hay divergencia entre su vocación política y su vocación literaria?

—No. En mí, ambas vocaciones se equilibran.



«Posco en mi biblioteca cuatrocientos libros sobre París...»

—Dígame. ¿Qué es lo más hermoso de París?

—Sus perspectivas. Sus perspectivas espirituales y arquitectónicas.

—¿Cuál es el problema actual de la ciudad?

—Su crecimiento. Es una crisis tremenda la que esta ciudad sufre. Es como si temblase, como si se debatiera en espasmos. Se lo aseguro, en ninguna parte he visto como en París una convulsión más auténticamente biológica. París, ahora, vive su crisis.

—Discúlpeme que le pregunte sin atenerme a un cuestionario ordenado. ¿Qué prepara ahora?

—Una biografía de Calvo Sotelo.

—¿Algo más?

—La segunda edición de la biografía de Buenos Aires. Deseo efectuar algo exhaustivo.

(Interviene el secretario del señor Aunós. E interviene para aclararme que en tal biografía de Buenos Aires constarán ya los últimos acontecimientos políticos de aquella ciudad.)

El señor Aunós, no lo había dicho, es de Lérida. A estas alturas de la entrevista, con el manjar de París de por medio, me parece que nada hemos hablado aún ni que jamás acabaremos de hablar. El señor Aunós explica donosamente su «Guía de París para españoles». Esta segunda parte del título origina en uno esa fruición inconfesable tan similar a la que produce aquello que se ofrece de modo particular, como, por ejemplo, lo que es «sólo para señoras» o «para mayores de dieciséis años». Pero, aparte esta narración frívola que nos hemos permitido, el «para españoles» significa nada menos que un personalísimo servicio a los españoles, precisamente.

—¿En qué se fundamenta, exactamente, ese servicio?

—El español va a París en alas de una serie de proposiciones fantásticas. Todo español sueña con su viaje a París como una constatación de su eurpeísmo. «Me voy a París», o «el mes pasado, en París», son algo más que frases. Inconscientemente uno, el español, sobre todo, intenta con tales expresiones presumir de universal. Comprenderá que urge orientar tan notable deseo. En todas sus categorías. Desde el periódico mejor informado hasta el cabaret donde pueden explotarnos

con una botella de champán. ¿Comprende?

—Perfectamente.

—París, créame, es algo muy importante para el espíritu. Pero es algo endiablidamente complicado. Hay que saber hallar el cabo de su laberinto y penetrar en los antros soberbios, luminosos, sabiendo dónde se entra.

—No hay nada que objetar. Dígame. ¿La historia menuda de París, y aun la grande, es producto de una trayectoria única? Quiero decir, si es lógica, desde un punto de vista histórico, la evolución de París. En una pregunta: ¿París es inteligible?

—No hay duda.

ALGO MAS DEL TEMA

—¿A qué se atuvo, señor Aunós, al reflejar, al interpretar, en cierto modo, las figuras y los sucesos políticos?

—A mis conceptos. No cabe, me parece, mayor objetividad.

«... Contempla al gran Deroulède, el patriota, el exaltado y soñador Deroulède. Cuando Félix Faure, el presidente muerto misteriosamente, acaba de ser enterrado, se dirige a un regimiento invitándole a asaltar el Eliseo. Nadie le oye, y él se desgañita. Es una advertencia de que los tiempos han cambiado y que en Francia se terminaron, al menos por algún tiempo, los golpes de Estado.»

—¿No existen en el libro algunos puntos, aunque secundarios e inferiores, susceptibles de ampliación?

—Es probable.

—Permítame una pregunta más en igual dirección. Precisamente porque su alma es completa y alcanza a los valores más circunstanciales, éstos dejarán de permanecer demasiado pronto a la actualidad práctica. O por lo menos existe ese peligro en algunos de esos valores. Sin ir más lejos, el valor de una localidad, por ejemplo, de cualquier teatro. ¿Lo ha previsto usted?

—Pues sí. Tiene usted razón, pero mi obra evolucionará también, como un algo sensible, y en las ediciones venideras, si ha lugar a ellas, irán reformándose, a la medida de la actualidad, tan sensibles detalles.

¿Qué más pedirle a París en un libro? Desde las termas de Caracalla a los cabarets, desde los parisíais a los fencmenales habitantes de Saint-Germain-des-Prés, incluyendo el París elegante, el gastronómico, el grave y el frívolo, hallando espacio para hablar de Brillant Savarin, de madame Racamier, de Mistinguette, de Mayol, de Ivette Gilbert, vista por Toulouse Lautrec, de Poincaré, de Mac Mahon, de Duvivier o del cocinero de Napoleón, el escritor nos adelanta París, con toda generosidad y en toda su extensión. Bello libro éste donde la verdadera ficción del Genio origina muchedumbre de opiniones valiosas.

¡Ah, París! ¿Qué importa que no quede ya tiempo, que se acaba la entrevista, que perdamos un autobús, que debamos seguir escribiendo pegados a la ventana, aun sin abrir, de los ensueños, si existe París? París es... es algo así como un recuerdo de la infancia.

Carlos Luis ALVAREZ

EL RETORNO A LO SOBRENATURAL

Por TOMAS, Obispo de Cádiz - Ceuta

NUESTRAS ideas no deben andar divorciadas de la vida, sino en perfecto acuerdo con ella, que las ideas son para eso: para dirigir y ordenar la vida. Nos conviene, pues, tener ideas sanas y prácticas y procurar vivirlas.

Hay que advertir que las ideas no son fruto de la imaginación ni de la voluntad. La imaginación fingiendo y la voluntad deseando, pueden servirnos de auxiliares y ayudarnos a buscarlas; pero es el entendimiento quien las encuentra. El entendimiento es la sola facultad del hombre que aprehende «quid quid est», el que conoce lo objetivo y real. Pero no hay que olvidar que es real y objetivo no sólo lo que es sensible y material que ven nuestros ojos y palpan nuestras manos. También lo «suprasensible» y «espiritual», aunque se escape a nuestros sentidos, pero cae dentro de la órbita de nuestro entendimiento, es objetivo y real. Y no lo es menos, aunque ni los sentidos, ni el entendimiento, por sí mismos lo alcancen. lo «sobrenatural». Esto es bien conocido de Dios; y también el hombre, después que Dios se dignó descubrirnoslo, puede llegar a conocerlo, al menos en parte.

Y siendo esto así, parece indudable que el hombre, para vivir en el mundo, es menester que conozca esta triple realidad: el ser sensible, el ser espiritual y el ser sobrenatural. Pero esto sólo no basta. Se requiere, además, que se dé cuenta también del necesario enlace y perpetua subordinación que esos tres seres tienen entre sí. Porque así como lo sensible—y ello es evidente—está subordinado a lo espiritual, y éste y aquélllo al hombre, que es su fin, así también el hombre, que desde la aurora de su existencia fué elevado a lo sobrenatural, quedó ya desde entonces, y para siempre, quíeralo o no lo quiera, subordinado a ese ser sobrenatural. Por consiguiente, cuando el entendimiento humano haya aprehendido esos tres órdenes de seres y reconozca la subordinación que entre sí tienen, entonces, y sólo entonces, podrá afirmarse con razón que el hombre conoce «lo que es, lo objetivo, lo real»; que sabe, conoce y vive la realidad.

Ahora bien; este conocimiento es patrimonio exclusivo del entendimiento católico; por consiguiente, sólo el católico puede hallarse en posesión de la «realidad total» y completa del mundo. El impío, racionalista o infiel podrá aprehender una parte mayor o menor, de esa realidad; pero toda, no la poseerá jamás; le faltará siempre la parte más noble y principal, la realidad sobrenatural. Su vida, por lo tanto, será incompleta, quedará truncada, mutilada.

Crezca, pues, en hora buena, y se desarrolle en el mundo cuanto pueda y quiera todo lo natural, el ser sensible y el espiritual; nosotros así lo deseamos, y a ese crecimiento y desarrollo jamás nos hemos de oponer. Pero que no por eso se abandone, ni mucho menos se desprecie, lo sobrenatural; antes, esto debe crecer siempre y desarrollarse igualmente en el hombre, y aun mucho más, con tal que se haga siempre con la debida proporción y con la necesaria subordinación. Así es como podrá realizarse el anhelado progreso, que consiste en el crecimiento y desarrollo, no tanto del elemento material, cuanto del espiritual; no tanto en el desarrollo del ser natural, cuanto en el perfeccionamiento del sobrenatural. Al inyectarse en el hombre la savia fecunda de la vida sobrenatural, lejos de cortarse, se perfecciona el humano progreso; y el hombre, todo él, queda debidamente orientado. Y esto lo podemos afirmar con tanto mayor motivo, cuanto que es una verdad inconcusa que el elemento sobrenatural subsana, a la vez, naturales defectos, ilumina ignorancias congénitas, cura heridas profundas de la na-

turaliza enferma, repara injusticias y realiza la personalidad del hombre, haciéndole tal como debe ser, como Dios quiso que fuera, completo, en lo que tiene de natural y en lo que le fué añadido de sobrenatural, sin lo cual aquélllo, es decir, lo natural, sería en él incompleto e imperfecto.

No son, pues, las ideas católicas imaginaciones, sensiblerías o voluntarismos, como algunos creen; idiosincrasias o accidentes individuales, sino realidades objetivas y externas que deben ser aprehendidas por el entendimiento, no como algo subjetivo o producto de la imaginación.

Dejémosnos, pues, ya de caprichos de la imaginación, de veleidades de la voluntad, y volvamos al entendimiento, que es el único que encuentra lo que es: la verdad. La cual, si es natural, la demuestra la razón; y si es sobrenatural, la capta la fe. En uno y en otro caso, sea el entendimiento, no la imaginación ni la voluntad, quien nos dirija y guíe.

Vuélvase, por consiguiente, el entendimiento a la realidad de la vida y abrácela tal cual ella es, en su triple realidad: «sensible», «espiritual» y «sobrenatural». Lo sensible, como fundamento; lo espiritual, por guía; para su coronamiento y remate, lo sobrenatural.

Se impone, pues, el retorno, la vuelta del mundo y del hombre a lo sobrenatural.

Vd. se moja
porque quiere...

use una



Friples

La trinchera de mayor protección contra la lluvia y el frío.

Confeccionada con gabardine de puro algodón egipcio JUMEL.

Colores super-sólidos indanthreno, inalterables a la luz solar, al sudor, al lavado y al roce.



GARANTIA DE ALTA COSTURA

LO FUNCIONAL Y LO TRACIONAL EN LA ACTUAL ARQUITECTURA ESPAÑOLA

MIL canteros, en una plaza de Santiago de Compostela, renovaron durante unos meses el canto de la piedra, tan ligado a la Edad Media, cuando se construían catedrales. Realizábase una transformación simbólica: dar vida nueva a la más vieja hospedería del mundo: el Hostal de los Reyes Católicos.

Con nombre de Hospital Real para Peregrinos en 1499, hoy, desde 1954, es un parador, un hostal. No ha cambiado el edificio en su porte externo ni estructura. Pero hay en él, en virtud de las obras, el cambio de aire que puede haber entre los siglos XV y XX. Un símbolo. En aquél, entonces cumplía la misericordiosa obra de dar posada al peregrino, al peregrino enfermo. Hoy es un centro de hospedaje para toda clase de peregrino o viajero, que, fiel a una idea estatal o paraestatal, cumplen la función atrayente de las corrientes turísticas, gran artículo económico circulante de nuestro tiempo.

Sin detrimento de su significado, de su realidad artística, se ha convertido en algo encuadrado dentro de las exigencias de nuestros días. Muestra y armoniza lo antiguo y lo moderno. Vieja es la puerta de madera de pino, trazada sobre modelo de portón de cuarterones de módulo menudo, como también las armas de hierro dorado y policromado que matizan de color y calidad la fachada. Y nada más moderno que las bañeras, y la parrilla, y el bar, y la peluquería, y la bolera...

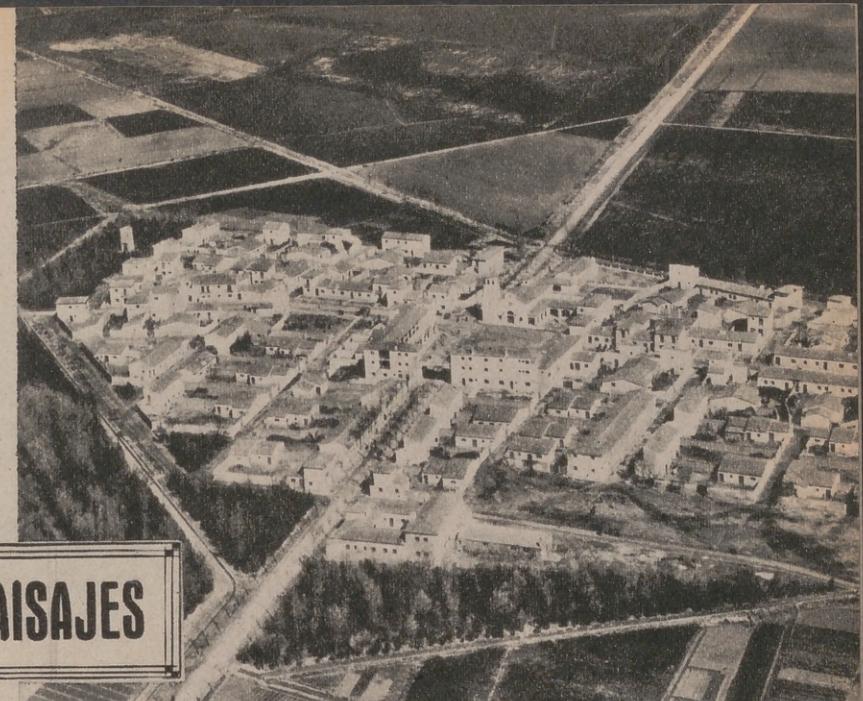
En resumen: este proyecto, ejecutado por el Instituto Nacional de Industria, lleva una intención eminentemente social. La tradición y la actualidad en función de las necesidades.

Antes del Movimiento, la arquitectura española era la expresión de un conjunto de individualidades, a excepción de la Ciudad Universitaria y la arquitectura escolar. Después del Movimiento ha recobrado un sentido nacional tradicional, no por inferioridad ante las técnicas, sino por restablecimiento de unos principios permanentes, por una es-

Después de los períodos imitativos y extranjerizantes, que coincidieron con la decadencia política, se ha dado forma en estos años a un estilo claramente nacional

NUEVOS EDIFICIOS, NUEVOS PUEBLOS, NUEVOS PAISAJES

CONSTRUCCION Y RECONSTRUCCION. COMO DEFINICION DE UNA POLITICA QUE ES AGRANDANDO ESPAÑA



Un nuevo pueblo levantado por el Instituto Nacional de Colonización en la provincia de Lérida



En la Ciudad Universitaria



En la plaza de la Moncloa



pecie de examen de conciencia —como ha dicho una autoridad— que hace volver al origen trascendental de las cosas hasta restablecer el enlace en la tradición con esos elementos formales que persisten a través del tiempo, de

Cuatro años de edificios públicos muy diversos, científicos en

los sistemas, de las modas: las constantes de la arquitectura:

Función y respeto al hombre. He ahí el binomio.

En cuatro bases oficiales se ha apoyado la empresa arquitectónica desde el año 1938: el Institu-

to Nacional de la Vivienda, la Dirección General de Regiones Devastadas, el Instituto Nacional de Colonización y la Dirección General de Arquitectura.

Casi todos ellos se han manifestado sensibles al signo del tiempo. Sobre todo, dar un contenido humano a la obra. Un contenido concorde con una forma de pensar, con una actitud ante la vida. Nada de planos «standard» ni copias extranjeras. Esto sería pérdida de nuestro modo de ser. Se ha pretendido, se ha hecho, tras no pocos tanteos, algo adecuado al ambiente, a la tierra, a la comarca, al hombre, a sus costumbres, a sus necesidades. De ahí un estilo.

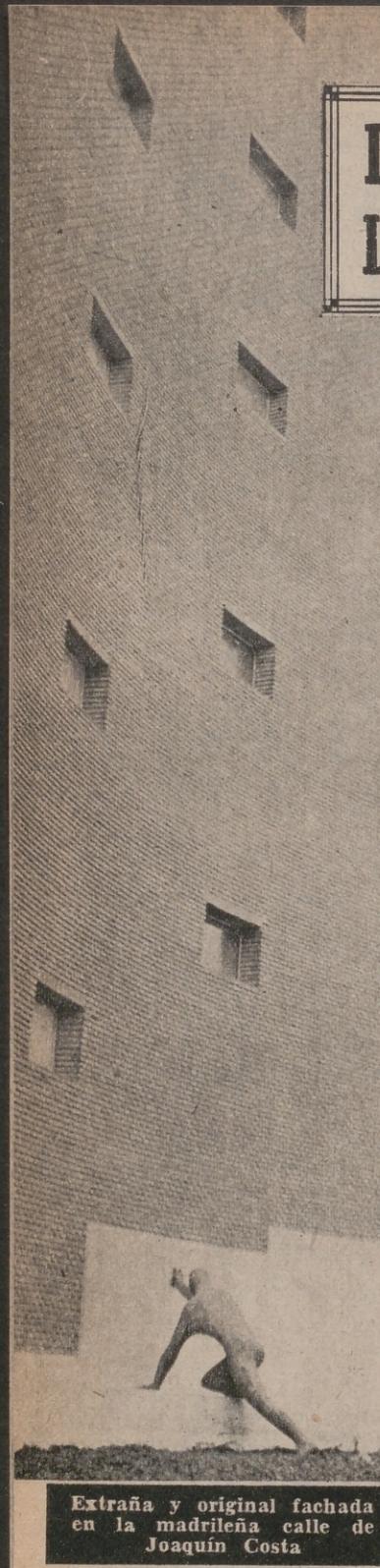
No hay más que recorrer los caminos de España. Por carretera, por ferrocarril. Pueblos, barriadas, edificios públicos, paradores... Cada uno en su ambiente. Actual y evocativo. Presente

y pasado juntos. Supervivencia en el siglo XX.

UN PARADOR JUNTO A LOS CAMPOS DE BATAJILLA

Bailén, Oropesa, Mérida, Ubeda, Ciudad Rodrigo, Puebla de Sanabria, Santillana del Mar... En cada uno, un lugar de descanso para los caminantes de nuestros días, los turistas. Un parador. Arquitectura en función: sin desentonar, es un punto de reposo cómodo y base para conocer. Cada uno es una expresión, además.

Uno de ellos, el de Bailén, se encuentra situado en el kilómetro 296 de la carretera de Madrid a Andalucía, a unos 39 kilómetros de Jaén. Tiene en su planta principal un confortable saloncito con modernas butacas, una agradable chimenea y una pequeña librería, en la que libros cuidadosamente elegidos pueden infor-



Extraña y original fachada en la madrileña calle de Joaquín Costa



La Escuela Superior de Arquitectura, en la Ciudad Universitaria de Madrid. Buen vivero de técnicos

mar al viajero de la historia, paisajes y costumbres españolas. Al lado se halla un comedor acogedor y sencillo, provisto de grandes ventanas. El resto de esta planta está ocupado por la cocina y las dependencias de los servidores, por lo general muy satisfechos. Una camarera de este parador, por ejemplo, viene a ganar al mes unas 4.000 pesetas. El piso superior está dedicado a dormitorios, cuyo número ha sido incrementado recientemente. En la actualidad existen cuatro habitaciones de una cama y ocho de dos. Y en cada dormitorio, una cómoda butaca y un mesa.

Este parador es punto de partida para no pocas excursiones: Jaén, Andújar, Linares, Baeza y Ubeda... Atracciones y bellezas a muy pocos kilómetros. Paisajes, arte, historia...

La memorable batalla de Bailén se celebró cerca de este lugar en 1808, durante la guerra de la Independencia; a cuatro kilómetros de La Carolina se encuentra el pueblo de las Navas de Tolosa, donde en 1212 Alfonso VIII derrotó decisivamente a los moros; el santuario de Santa María de la Cabeza, triste muestra del coraje español durante la Cruzada, está a 56 kilómetros de Ballén, en la falda de Sierra Morena.

Un lugar de paz y reposo ha surgido entre tres campos de batalla.

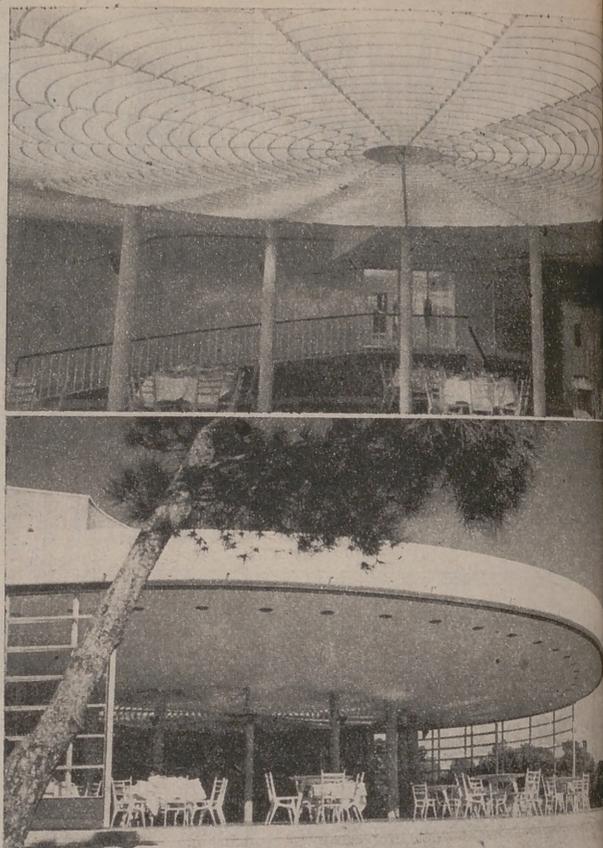
LOS ESTUDIANTES EDIFICAN SOBRE LAS TRINCHERAS

«De buen aire y de hermosas salidas debe ser la villa donde quisieren establecer el estudio.

porque los maestros que muestran los saberes y los escolares que los aprenden vivan sanos en él o puedan holgar y recibir placer en la tarde, cuando se levantan cansados del estudio». (Capítulo XXXI de la Partida 2.ª)

El Arco de Triunfo, actualmente en la fase final de su construcción, enmarca la Ciudad Universitaria, cuyo emplazamiento cumple exactamente las disposiciones dictadas por el Rey Sabio hace más de siete siglos. Las distintas Facultades se alzan sobre el más encarnizado campo de batalla de la Cruzada. Pero en sus 320 hectáreas ya no quedan trincheras, ni escombros, ni cascotes, ni explosivos. Ahora, entre las líneas suaves de sus jardines surgen los edificios que la arquitectura española levantó en defensa de la cultura.

A manera de avanzada se halla situado el Pabellón de Gobierno. Fue construido en sólo noventa días. Tiene una planta de 942 metros cuadrados, en forma de cruz y sin patios interiores. Sus características estéticas están dentro de las que dominan a las restantes Facultades. Todas ellas responden a una línea de tradicionalismo funcionalista. Los núcleos de edificaciones son independientes unos de otros, pero perfectamente comunicados. En ellos se ha atendido más a lo interior que a lo exterior. Cada una pretende mostrar simbólicamente la función que desempeña. Y, así, la Facultad de Medicina, con sus largos y estrechos ventanales verticales, semeja una hilera de tubos de ensayo; las de Ciencias producen al espectador



Interior y exterior del restaurante del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento, en Chamartín



Patio de la Universidad Laboral de Zamora

una impresión de exactitud absoluta, y la Escuela de Ingenieros Navales eleva el perfil de su torre, como el palo mayor de un barco.

El Instituto de Investigaciones Agronómicas, recientemente terminado, responde a un sentido del más puro tradicionalismo. El arquitecto constructor Azpiroz ha conseguido aunar dos funciones fundamentales: la primera, de tipo científico, la investigación; la segunda, la administración y conexión con los órganos extranjeros. Todo el edificio está rodeado de jardín.

Luis Moya, catedrático de la Escuela Especial de Arquitectura y hombre de gran sensibilidad estética, ha dicho:

—Me parece como edificio definitivo. Es un auténtico monumento al sentido común, al sentido práctico, que tanto escasea ahora.

Aun sin completar, la Ciudad Universitaria es, sin duda, un modelo en su género. Edificios complementarios son la Casa del Deporte, el Club Universitario, la Casa del S. E. U., los Colegios Mayores y la Residencia de Profesores, que ponen la nota distinta a la rigidez académica con la alegría del descanso. Y todo ello presidido por el proyectado gran templo del Doctor Angélico «Santo Tomás de Aquino».

La mejor de las Facultades, desde el punto de vista estético, es la de Filosofía y Letras, que, aunque ya existía en el año 1936, su total destrucción exigió la reconstrucción casi completa. Pero si alguno pregunta cuál es la peor, se le contesta, sin vacilar:

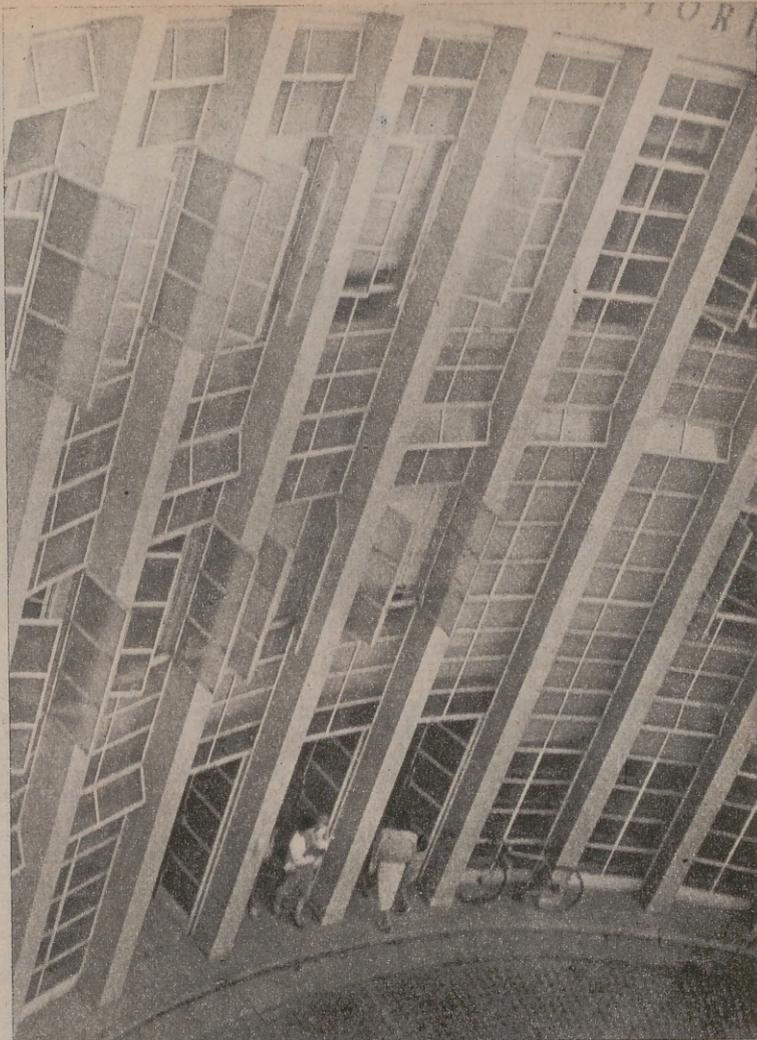
—La de Arquitectura, naturalmente.

UN SOLAR DE DIEZ MIL METROS CUADRADOS

Se jugaba al fútbol hace treinta años en este solar; hoy se levanta un enorme hospital para albergue del dolor y de la esperanza. Todo es sereno y sencillo en su interior. Quince pisos de altura en una superficie de diez mil metros cuadrados acogen veintiocho salas, mil camas, once quirófanos, un departamento de cirugía experimental, modernos aparatos de exploración, tiendas, laboratorios de medicina, de química, de bacteriología y de anatomía; un museo y un amplio salón de actos a punto de realizarse. Y un sistema combinado de grandes terrazas permite gozar del sol a la mayor parte de los enfermos.

Quince años y cien millones de pesetas es la factura de este hospital, comparable por su grandiosidad y funcionalismo con los mejores de Europa. Una monumental construcción, sita en el cruce de dos calles madrileñas —Diego de León y Conde de Peñalver—, abierta a la luz y el sol, sometida a la ciencia y a la técnica, destinada en su totalidad a los que precisan de la salud para trabajar, a los que no tienen recursos para atender este bien corporal, que, en definitiva, repercute en el bien social.

Y así los ambulatorios, las residencias, las pequeñas ciudades sanitarias del Seguro de Enfermedad, que desde Bilbao—el «Enrique Sotomayor»—a Granada y desde Barcelona—la Residencia



Curiosa perspectiva de la fachada de un Ambulatorio del Seguro de Enfermedad en Madrid, calle Doctor Esquerdo

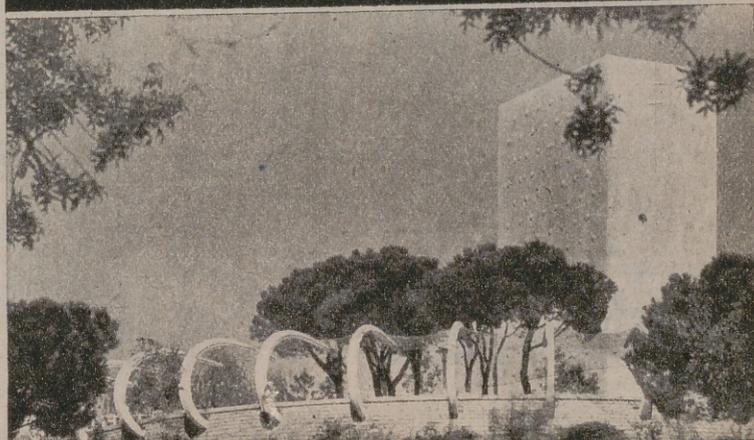
«Francisco Franco»— hasta el gran rascacielos de Vigo—Residencia «Almirante Vierna»— protegen a sus diez millones de beneficiarios de la enfermedad y el paro.

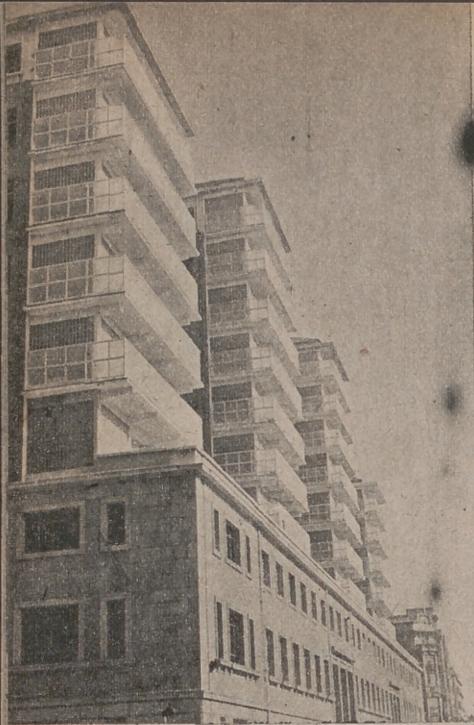
Construcciones grandes, prácticas, de servicio. Utilidad. Pero no ha caído en olvido el interés estético. No ha perdido la arquitectura su línea airosa por tener que hacer concesiones a la comodidad de sus usuarios. Entran, por tanto, en juego dentro de la concepción artística no pocas ni pequeñas ventajas, inapreciables en su conjunto: colocar en la planta baja las consultas de más afluencia de público, así como las de los enfermos que no pueden ha-

cer uso de escaleras; separar los infecciosos del resto del público, y utilizar para los niños entrada independiente. Ha sido suprimido todo lo sórdido en la estructura de los nuevos centros sanitarios. El criterio del Seguro de Enfermedad en la construcción es el de hospitales monobloc, constituidos por las tres zonas o servicios fundamentales: hospitalización, ambulatorio y enseñanza.

El Patronato Nacional Antituberculoso ha proyectado 25.000 camas, de las cuales han sido realizadas ya más de 10.000 en veintidós provincias, lo que soluciona en gran parte el problema que esta enfermedad había planteado en España. La orografía

En el Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento se ensayan los más modernos estilos arquitectónicos





Una de las fachadas laterales del nuevo Hospital de la Beneficencia en Madrid

de nuestra Península facilita en gran manera las perfectas condiciones de estos sanatorios, que se caracteriza por su influencia de construcciones alpinas.

Para que el trabajador español disfrute en sus vacaciones de los lugares más atractivos del país, la Obra de Educación y Descanso ha edificado treinta residencias, distribuidas indistintamente por campo, playa y montaña.

UN PUEBLO CADA CINCO KILOMETROS

La arquitectura ha ayudado en la revalorización de la agricultura española. El hombre y la tierra han sido conquistados



Acceso a la casa de la Delegación Nacional de Sindicatos, inaugurada hace unos días



en lo mejor de ellos: el trabajo y el fruto.

La arquitectura adquiere sus perfiles más sencillos en las obras de colonización que realiza el Instituto Nacional. Colonizar es construir. Nuevos pueblos van surgiendo en zonas antes desiertas. El factor predominante es el colono en cuanto persona humana. Un labrador no rinde plenamente en su trabajo si tiene que desplazarse a unas tierras situadas a más de tres kilómetros de su hogar. Por esto la nueva concepción de los pueblos lleva consigo la necesidad de radicarlos a una distancia de cinco kilómetros.

Desde el año 1943, en que se edificó el primero, hasta el 31 de diciembre de 1954, los pueblos construidos se elevan a la cifra de 108, aunque algunos no estén terminados.

La línea arquitectónica de estos pueblos sigue la tradicional, teniendo en cuenta sus condiciones climatológicas. La labor social de esta obra es indudable si se piensa que suponen una totalidad de 11.154 viviendas, que constituyen un elemento primordial para mejorar las condiciones y el nivel medio de vida del agro español. Como ejemplo puede señalarse los nuevos regadíos del Guadiana en la provincia de Badajoz. Veintiún nuevos pueblos cambiarán la fisonomía de aquella región, Valdelacalzada, Guadiana del Caudillo y Pueblo-nuevo del Guadiana, en cuyas

Fachada principal del nuevo Ministerio del Aire



sido objetos vueltos al ser y al arte por la Dirección de Regiones Devastadas. En unos, los monumentos, con el respeto a la lección de los siglos. En otros, los pueblos, con el vigor, la técnica y el avance de nuestros días sin salir de los límites característicos del ambiente de la comarcal, del lugar. Fidelidad a la Historia y al hombre. Continuidad.

EL ESCORIAL, SIMBOLO DE ESPAÑA

El Ministerio del Aire es un edificio que palpita Historia de España. Un viejo estilo que renace sobre el orgullo eterno de la raza. Sus paredes, sus líneas y sus torres viven y vibran de nuevo quebrando como en un desafío la tremenda belleza del cielo de Castilla. Los ideales nuevos de la España actual se asientan firmemente sobre los cimientos de la Historia. De esta forma, la arquitectura se manifiesta como expresión eterna de una política.

Un estudiante de medicina norteamericano, al contemplar, asombrado, esta ingente construcción, le dijo a su colega español:

—¡Vaya Ministerio del Aire! Y, sin saberlo, su ironía acertó en una gran verdad. Este aire estratégico de España es hoy codiciado por la nación más poderosa del mundo.

PAISAJE Y LUZ, INCORPORADOS A LA ARQUITECTURA

La arquitectura del siglo XX nació precisamente como reacción frente al neoclasicismo del XIX y finales del XVIII. En Austria incorporaron las nuevas formas permitidas, gracias a los nuevos materiales.



En la plaza de Salamanca se levanta este edificio para sede del Instituto Nacional de Industria

Wagner, Loos y Richard Neutra, que luego había de influir poderosamente en América; en Alemania, la escuela Bauhaus y los arquitectos Gropius, Brener y Van der Rohe, especialmente este último, y en Francia, Le Corbusier. En España, después de los periodos imitativos y extranjerizantes, que coincidieron con la decadencia y el caos político, se ha dado forma en estos últimos años a un estilo en que se hermanan armónicamente lo funcional y lo tradicional. Como expresión auténtica y definitiva de esta concepción la Casa Sindical, política hecha arquitectura, obra de Cabre-ro y Aburto, yergue su mole impresionante frente al afrancesamiento neoclásico de Villanueva, de cara a la estatua de Velázquez.

En ocasiones, y teniendo en cuenta el subordinar la intención al carácter, es necesario ceñirse a la línea avanzada representativa de un centro de investigaciones. Es el caso del Patronato «Juan de la Cierva», edificio en el que destaca la serenidad de su composición marcadamente funcional.

También definen una política las Universidades Laborales. En Gijón, en Sevilla, en Tarragona y en Córdoba se formarán los nuevos obreros, iguales a los de-

Un aspecto de la nueva Casa Sindical de Madrid



la luz, el ambiente en donde se enclavan, y de otra, las características a que se ha de dedicar y los materiales, en los que se ha procurado conseguir su calidad más expresiva. Todos son ingredientes que se utilizan como medios prácticos de expresión.

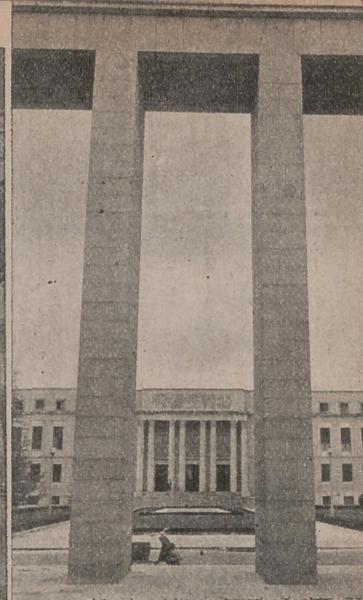
Los Institutos Laborales, circunscritos a las regiones de clima seco, o sea las dos Castillas, Andalucía y algunas comarcas de Extremadura, tienen una estética más definida hacia el practicismo. El de Daimiel, construido por Miguel Fisac, reúne las siguientes características: cinco aulas con un despacho para el profesor, un aula de dibujo, un taller de ajuste y otro de máquinas, un laboratorio, un salón de actos, que puede convertirse en sala de proyección, y una biblioteca pública. También dispone de una amplia zona para deportes y una capilla.

LOS SILOS, CASTILLOS MODERNOS

España, país del sol, es país de frutos de sol: los cereales. Las cosechas, tan variables en nuestro país, hacen necesarios los silos, por las mismas razones que los pantanos. Sólo almacenando en las épocas de abundancia es posible prevenir los tiempos de escasez originados por las malas cosechas. Salpicando el mapa de España, se está situando la Red Nacional de Silos, cuyo proyecto

se ha fijado, en trescientos, capaces de almacenar tres millones de quintales métricos, suficientes para cubrir la casi totalidad de las cosechas españolas. Funcionan ya más de cien, con una capacidad de dos millones de quintales.

Los hay de tres clases, con sus características correspondientes: de recepción, de tránsito y de reserva. Los de recepción tienen como misión ab-



Edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

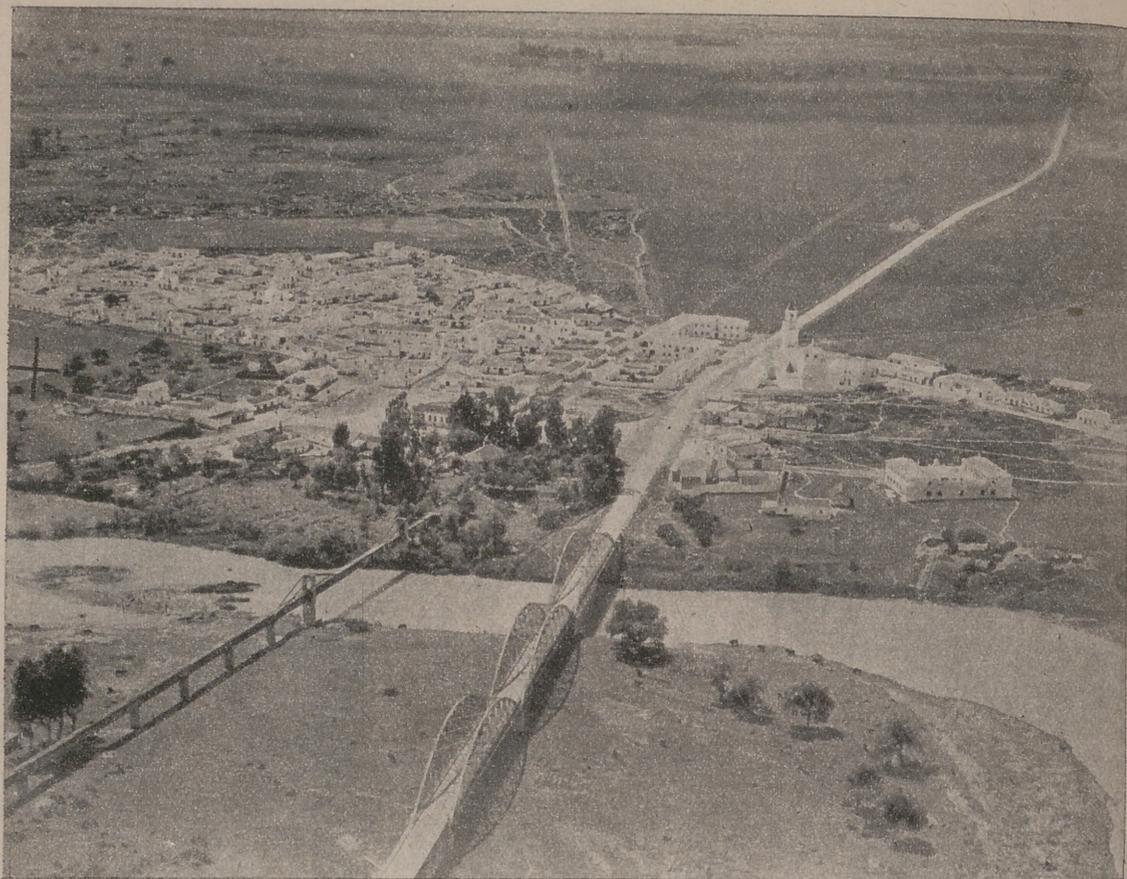


Residencia Sanitaria del Seguro de Enfermedad en Vigo (Pontevedra)



Colegio Mayor «José Antonio», en la Ciudad Universitaria de Madrid

sorber rápidamente el grano en los puntos de producción y reexpedirlo a los de consumo o a los silos de tránsito, cuya capacidad de almacenamiento sirve para re-



Entre Jerez y Cádiz, un nuevo poblado: La Barca de la Florida.

gular los suministros. Y en los de reserva se constituirán las provisiones que aseguren el consumo en épocas de escasez.

Sus características arquitectónicas son las de uniformidad. El bajo porcentaje de humedad con que se recogen los cereales en la mayor parte de España ha hecho prescindir de todo dispositivo de ventilación a las celdas de recepción, pues como el tiempo normal que el grano permanece en estos silos de recepción es muy breve, hace muy improbables su recalentamiento o fermentación. Su capacidad puede llegar a ser de cuatro mil toneladas.

Estos silos de recepción sólo pueden ser eficaces actuando como satélites de los de tránsito; es decir, los de mayor capacidad

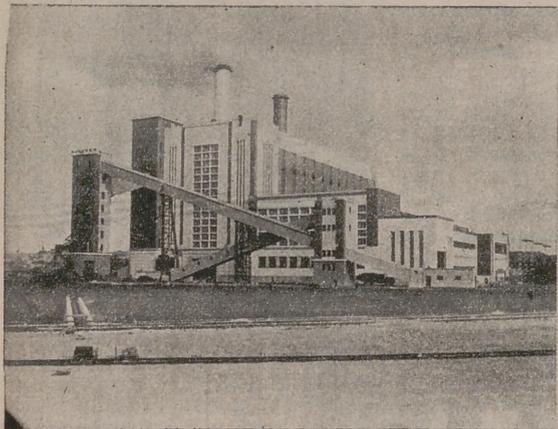
situados en los nudos de comunicación importantes. La posibilidad de almacenaje de éstos viene a ser de unas 15.000 a 20.000 toneladas. Aparte de las funciones de admisión y distribución de granos, algunos, como el de Córdoba, tienen una modernísima instalación para la selección mecánica de semillas de gran rendimiento, y otra para la recepción y desgrane del maíz que pueda llegar procedente de los regadíos de aquella zona, aun en el caso de que, como es frecuente, su humedad sea excesiva. De iguales características son los de Albacete, Mérida, Burgos, Palencia, Salamanca, Valladolid y Zamora.

Es como si los viejos nombres de castillos volvieran a estar de actualidad, y en realidad tal vez

sea ésta la significación de estas construcciones verticales que semejan almenas y torres y que guardan en sus entrañas los ejércitos que combaten al hambre. Incluso los recintos heroicos de la Edad Media han sido aprovechados para esta función tan práctica, consiguiendo salvar de una ruina cercana a muchos de los castillos de España.

LA CRUZ COLGADA DEL CIELO

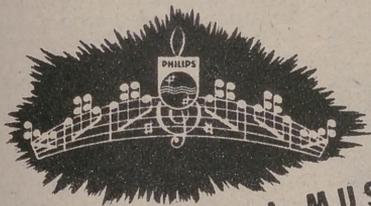
Visible desde las dos vertientes del Guadarrama, un nuevo monumento reflejará la historia de España durante el Gobierno del Caudillo. El granito de nuestra Sierra, material de tantas grandes obras, se eleva ahora hasta el cielo con la Cruz de los Caidos.



La central térmica de Escatrón, inaugurada en 1953



Sanatorio del Seguro de Enfermedad en Barcelona



DIADEMA MUSICAL

LA ERA

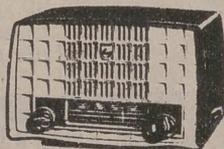
novosonic

PHILIPS

RADIO 1956



2.973,35 PTAS.



1.578,75 PTAS.



1.263, PTAS.



1.947,15 PTAS.



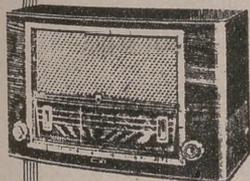
1.526,15 PTAS.



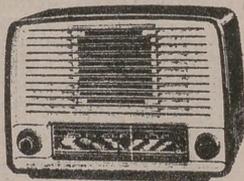
1.789,25 PTAS.



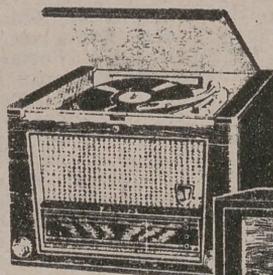
8.420,— PTAS.



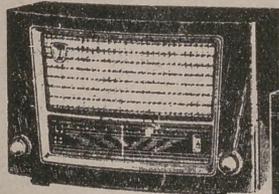
3.894,25 PTAS.



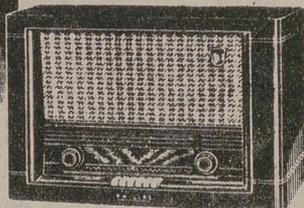
2.526, PTAS.



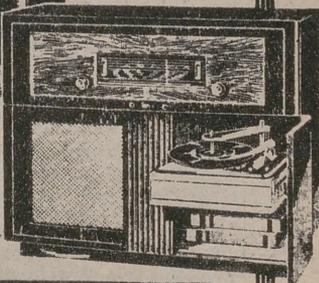
4.999,40 PTAS.



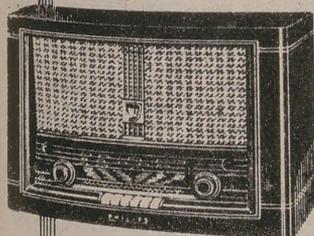
3.104,90 PTAS.



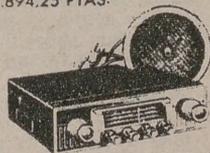
3.894,25 PTAS.



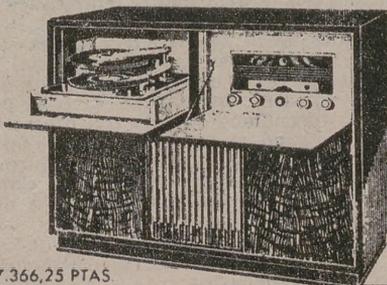
11.998,50 PTAS.



5.894, PTAS.



4.426,40 PTAS.



17.366,25 PTAS.

LOS TIROLESES S. A.

INFORMESE EN EL DISTRIBUIDOR PHILIPS MAS PROXIMO



DEMETRIO Y SU AVENTURA

NOVELA, por Rafael SANCHEZ CAMPOY

I

ACABABAN de dar las diez de la noche. Demetrio contempló minuciosamente el resultado de su trabajo. En dos horas escasas había convertido la planta baja de las galerías «La Gloria» en un suntuoso salón de baile, donde cuarenta maniqués femeninos exhibían los últimos delirios de la moda en brazos de otros tantos rígidos caballeros, que, embutidos en los sobrios smokings, repetían la misma sonrisa de cartón, carmín y albayalde. Ahora sólo faltaba levantar el telón, o sea, alzar las cortinas de los escaparates. Mediante un ingenioso artefacto, un gramófono repetiría, automáticamente y hasta el infinito, el vals dulzón y sentimental que una docena de altavoces empujarían a las cuatro calles que rodeaban el gigantesco edificio, quedando así completo el efecto deseado.

Pero en la rotunda manzana de la satisfacción de Demetrio rebullía un gusanillo que le amargaba la alegría. Esto le ocurría siempre que, por cualquier circunstancia, y éstas eran bastante frecuentes se acordaba de don Ramón, director-gerente y todopoderoso. Júpiter Tonante de aquella «Gloria» de dieciocho pisos y ochocientos empleados.

Hacia ya quince años que Demetrio, a la sazón en los umbrales de la adolescencia, había sido incorporado a la «gloriosa» milicia comercial de los fantásticos descuentos, las rebajas ruinosas y las incruentas quemas de aniversario. Empezó por hacer paquetes, aprendiendo a ello conforme se ejercitaba. Apenas supo embalar con precisión, rapidez y hasta con cierta gracia, lo trasladaron a la sección de lanas y tejidos de punto. Conforme atendía a la clientela fué enseñándose a diferenciar las calidades, habilitó espacio en su memoria para los precios de cada artículo, y logró componer una intachable expresión de borrego feliz, como era de requisito en el departamento a que pertenecía. Cuando llegó al ápice de sabiduría y eficacia, un nuevo traslado lo desplazó un piso más arriba, sección de loza. Llegó también a adquirir la máxima

competencia a fuerza de dividir por doce platos y tazas de té; y cuando hubo conseguido una pericia tal que hacía casi imposible que volviese a romper nada fué remitido a la última planta, departamento de publicidad sección de plástica subsección de escaparates. Cada uno de estos traslados iba precedido por la llamada al despacho de don Ramón, que, con la cabeza metida entre papelotes, sin mirarle siquiera, le preguntaba invariablemente que cómo estaba su tía Rosa. Al explicarle Demetrio que no tenía ninguna tía Rosa, sino un tío Calixto coronel de Caballería don Ramón reconocía su confusión y, deshecho el equívoco, le largaba un discurso elaborado con tópicos de saldo y aderezado con frases de artesanía para, después de llegar a la conclusión de que el trabajo era una virtud, notificarle que en vista de su buen comportamiento y del especialísimo interés que por él sentía, ya que no olvidaba que era sobrino de don Calixto, había decidido trasladarlo de sección. Lo cual nunca se traducía en aumento de sueldo pero sí en el del número de peldaños que habría de subir dos veces al día, ya que cada cambio lo acercaba más al cielo, y a los empleados les estaba prohibido utilizar los ascensores a no ser en caso de

prohibición de la que quedaban exceptuados los ascensoristas —que probablemente, serían los únicos que sintieran deseos de subir o bajar

por las escaleras alguna vez— y el propio don Ramón, como general y jefe de la Empresa, por donde una vez más venían a tocarse los extremos. Rebecando cordialidad el patrón lo despedía indefectiblemente con una sonrisa mecánica y una palmadita en el hombro. Pero lo que Demetrio no sabía nunca era que cuando había salido, siempre se quedaba don Ramón prezunándose y sin encontrar respuesta nunca, quién sería aquel don Calixto, coronel de Caballería que de tal modo estaba influyendo en el devenir de su sobrino.

A primera vista, no parece que existiesen motivos para que el recuerdo de don Ramón desazonase a Demetrio. Siempre había sido atento con él y jamás le había reprendido; bien es verdad que el muchacho nunca dió ocasión para ello. Pero Demetrio tenía un alma extrañamente sensible y delicada, y cada vulgaridad y cada frasecilla ramploña que le espetaba el director-gerente se le clavaban en el cerebro como un alambre oxidado, dejándole sin sosiego para cuatro o cinco días después de cada entrevista.

Habían pasado ya cuatro o cinco años del último traslado. Poco a poco, sin proponérselo y hasta sin darse cuenta, el aprendiz había ido manifestando dotes excepcionales de inventiva, originalidad y buen gusto, que dieron por resultado el que a los dos años de su incorporación como escaparatasta fuese nombrado jefe absoluto de la subsección. Se sentía allí a gusto. El trabajo no era un castigo, sino una especie de deporte alegre y fascinador que le tonificaba el cuerpo y el alma. Sólo vivía para su quehacer, abstrayéndose en sus fantasías; y, como no encontrase alicientes fuera de sí mismo, cada día se quedaba más aislado del mundo, más de espaldas a la realidad. Hasta que terminó por olvidar a sus amigos; perdió su costumbre de ir al café, al cine, al fútbol, y acabó por vivir a solas consigo mismo, sin fijarse en ello, sin extrañeza ni conciencia de su situación, feliz sin saberlo y sin preguntárselo.

Sus hábitos se redujeron a ir desde las galerías

a la modesta pensión, de la que no quiso marcharse al empezar los aumentos de sueldo, y de ésta a «La Gloria», puntual, infatigable, casi mecanizada su vida corporal, en la más sorprendente independencia de su imaginación, siempre poblada de escenografías, luminotecnias y juegos de colores. Unicamente de tarde en tarde sentía alguna inquietud. Le ocurría, a veces, que, al levantar cualquiera de aquellos estáticos maniqués que, diseñados por él, simulaban encantadoras y estilizadas mujercitas, se preguntaba qué sensación le produciría el estrechar así una mujer de verdad, palpitante, viva... Turbado, sonreía con cierta tristeza ante la endiablada idea, y procuraba desecharla cuanto antes sin querer buscarle salida. Y, evitando pensar que ya tenía veintisiete años y que llevaba camino de quedarse soltero y más solo que la una, se entregaba apasionadamente a su trabajo, con una dedicación arrematada que nunca llegaba a saciarse.

Era raro que, al acabar una obra, gozase el contento de ella; siempre quedaba velada la satisfacción por las sutiles distancias que mediaban entre los sueños propuestos y la realidad conseguida. Pero no se desanimaba. Sabía que haría su obra maestra, que lograría una realización plena, asombrosa y simple a la vez, como la misma vida.

Toda aquella tarde, mientras estuvo trabajando, notó una nueva sensación que parecía insinuarle, persuadirle, que las cosas iban a ser distintas hoy. En este trabajo había puesto todo, en sus justas y matemáticas proporciones. Experiencia, sencillez, fantasía, soltura, elegancia y originalidad habían ido sumándose en las cantidades exactas y proporcionales, como en un compuesto farmacéutico, administradas por la cabeza y mezcladas con el corazón. El resultado era éste. Allí estaba.

Después de levantar las cortinas de los escaparates, había salido a la calle para contemplar desde el exterior el conjunto de su obra. Era ya tarde, pasadas las diez y media. Hacía frío y apenas se veía a nadie. Los escasos transeúntes cruzaban precipitados, sin detenerse, sin preocuparse de otra cosa que ponerse cuanto antes al abrigo contra el helor de la noche. Desde la mitad de la acera, Demetrio se complacía en el conjunto. Todavía faltaba el efecto de los altavoces despararramando el vals. Pero al día siguiente, por la noche, el escaparate sería inaugurado sin faltar ni un detalle. El resultado borraría todo cuanto había hecho hasta ahora. Estaba seguro. Le sacó de sí mismo el rumor de una frase susurrada con alegre sorpresa:

—Fíjate, Juan... ¡Igual que el baile de nuestra boda!

Junto al escaparate, una mujer y un hombre de bastante edad y aspecto modestísimo, se habían detenido cautivados. El hombre replicó con un suave reproche:

—Vamos, mujer... ¿Cómo va a ser igual que aquel cafetucho? No sueñes, Casilda.

La mujer dejó escapar un suspiro con melancolía:

—No... Pero aquel día soñaba, y...

Se estremeció con un escalofrío y, apretándose más al brazo de su marido, se dejó llevar por él, alejándose ambos calle arriba. Demetrio les vio ir entristeciéndose. Le pareció saberse solo por primera vez. Casi barruntaba que había perdido los años tontamente. Después de todo, ¿qué era aquello? Muñecos, luces y trapos... Y nada más. No se podía llenar una vida con tan poca cosa. Se sirvió pequeño, minúsculo, casi imperceptible en la quietud de la noche, que parecía eternizarse en el silencio. Una tormentosa compasión por su persona se le revolvió por las entrañas y, subiéndose al cerebro, le dejó, al pasar, una humedad de lágrimas en los ojos. Se dió cuenta de que lo peor que puede sucederle a un hombre es hallarse con la necesidad de llorar por sí mismo. Tuvo que abrir la boca para respirar fuertemente, con hambre de oxígeno, de calor, de algo o de alguien que calmara aquella angustia de la soledad invasora.

—¿Se siente enfermo? ¿Le ocurre algo?

Era una voz suave, tímida, insegura y solícita, que había encontrado en la fuerza de la caridad el valor para hacerse oír. Y eran unos ojos oscuros, serenos, luminosos, que le miraban inquietos y angustiados. Logró sobreponerse, y casi sonrió.

—No... No es nada. Tal vez el exceso de luz de ese escaparate.

—Es posible. Casi ciega... Pero, ¡es tan bonito! Se acercó a la muchacha con una repentina alegría, que le sorprendió.



—Claro... Así lo he soñado muchas veces.
—¿Soñado...?
Ella sonrió ingenuamente:
—Siempre se sueña una cosa así para el primer baile.

Demetrio recordó las palabras de la otra mujer. Empezaba a intuir que los sueños son parte importante de la vida para la mayoría de las gentes. Lo sacó de sus pensamientos al oír que agregaba:

—Pero luego todo se queda en eso... En sueños...

—¡No!—no pudo reprimir la exclamación, que se le escapó con un ímpetu ajeno a su albedrío. La muchacha le miró casi con un sobresalto, y sus ojos le parecieron la única cosa que existía en el mundo. Como si dentro de él hablase otro, se oyó decir resueltamente:

—No se quedará en un sueño. Se lo prometo
¿Aun no ha ido usted a ningún baile?

—No.

—Yo, tampoco. Si quiere...—Vaciló. Se quedó cortado. No sabía lo que iba a decir. Pero ella sonreía ilusionada y avanzaba hacia él la cara bonita, como invitándole a seguir. Y sin tener que pensarlo como si ya lo tuviese planeado desde mucho tiempo, terminó, con una voz que era súplica y promesa a la vez:

—Vendrá conmigo al baile más maravilloso que pudo imaginar. Mañana, a las diez nos veremos aquí, junto a la puerta de entrada de los empleados. La esperaré.

Ella, casi con gravedad, le prometió a media voz:

—Seré puntual.—Y le tendió la mano, que él estrechó, recordándole:

—A las diez.

—Hasta mañana.

Demetrio fué a preguntarle algo, tal vez su nombre. Pero cuando quiso darse cuenta, la muchacha había desaparecido tras la esquina. Casi sin saber lo que hacía, como un sonámbulo, volvió a las galerías. Bajó las cortinas de los escaparates, apagó las luces y salió a la calle. Después de entregar las llaves al sereno, echó a andar, sin prisa, camino de la pensión.

El reloj de una iglesia lejana dió las once.

La luna, helada en lo alto del cielo, se envolvía en una nube para defenderse del frío.

II

Todo el día siguiente lo pasó Demetrio inquieto y desasosegado. Repentinos ramalazos de un calor angustioso, que casi le ahogaba, se alternaban con ráfagas súbitas de escalofríos vivísimos. Se le antojaban relámpagos de hielo o de fuego que le estallaban en el corazón, corriéndosele, por sorpresa, hasta los pies, hasta las manos, para escapársele veloces por las puntas de los dedos. A veces estaba seguro de haber cometido una estupidez al citar a la muchacha de la noche anterior. Comprendía que no vendría; y se irritaba contra él mismo, al medir la pena que le producía esta idea: ¿Cómo podía importarle tanto una desconocida de la que ni siquiera recordaba el rostro? Pero, sí. Sí recordaba... Aquellos ojos dulces grandes, entre asombrados y compasivos, todavía le miraban desde su imaginación. Y su voz también estaba con él. Mentalmente se repitió miles de veces las primeras palabras de ella: «¿Se siente enfermo? ¿Le ocurre algo?» Ahora, sí. Ahora se sentía mal, nervioso, sobresaltado, casi febril. ¿Auguraba ella con su pregunta las consecuencias del encuentro? Pero, ¿quién sería ella? Tal vez una entrometida. Quizá se había detenido con él para divertirse a costa suya. ¿Acaso sería una...? Se hubiera abofeteado de buena gana. ¿Cómo podía atreverse a ofenderla con tales suposiciones? ¿No podía ser una muchacha buena, sencilla? Sí; tal vez lo era. ¡Lo era! Necesitaba creerlo así, por ella y por sí mismo porque era demasiado doloroso tener que reconocer que no creía en la bondad humana, que había perdido la fe para sustituirla por el recelo, y ésto era tanto como encontrarse encarcelado de pronto en un mundo hostil, del que se había desentendido hasta imaginarse fuera de él, un mundo que se vengaba de su indiferencia picoteándole el corazón con dudas y sospechas que lo dejaban desolado. Fué un alivio que lo llamaran a la «Sección especial para la mujer elegante», donde se confeccionaban los trajes caros y los modelos suntuosos. La encargada le consultó unos detalles del fantástico vestido de encaje y tul blanco que se-

ría como el broche con que culminaría en riqueza y elegancia el baile creado por él. Demetrio lo encontró tan bello como lo imaginó al dibujarlo. Lo sintió tan suyo, tan parte de sí mismo, que la idea de que iba a ser mostrado tras los escaparates a la curiosidad y la admiración del público le produjo un soterrado dolor mezclado con una pudorosa intranquilidad. ¡No! No quería verlo allí abajo. Era demasiado delicado; tan absolutamente frágil—argumentaba a la encargada—, que podría deshacerse al trasladarlo de un lado para otro. Lo mejor era no tocarlo, dejarlo allí, inédito y oculto como un tesoro más valioso por ignorado. La encargada asintió por disciplina, y tal vez porque lo había deseado para ella y sentía celos de que otras miradas lo acariciasen y convinieron que quedase allí por el momento. Demetrio se fué a tomar un bocadillo y un café con leche al darse cuenta de que eran las cinco de la tarde y no había comido en todo el día.

Salió de «La Gloria» y se metió en un café. Tomó asiento en la mesa del último rincón y después de reparar sus fuerzas encendió un pitillo, que saboreó con los ojos entornados. Se notaba como fuera de sí mismo. No podía evitar una sonrisa al pensar en que, dentro de unas horas, estaría frente a ella. Le había prometido llevarla a un baile. No sabía ni lo que decía cuando lo hizo; pero ya no podía volverse atrás. Recordó que hacía mucho tiempo que no había bailado que únicamente lo había hecho allá en el pueblo con su hermana mayor, que se vino a enseñarle cuando él empezaba a querer hembra. Veríamos cómo se le daba la cosa ahora, con la desconocida muchacha. ¿Quién sería? ¿Por qué no le había dicho su nombre? Otra vez la desconfianza se le engarbitaba al cerebro. ¿Estaba loco o qué? ¿Era tan necio que se atrevía a hacer proyectos como si estuviese seguro de que iba a venir? Se había burlado de él, era evidente. Acaso hizo ella la promesa por seguir la broma. Pero ¿cómo sabía que él no iba a tomarla en serio que la esperaba toda la noche si fuera menester? No; no la esperaba ni acudiría allí para no darle la satisfacción de que se burlara escondida tras una esquina acompañada por algunas amigas que irían con ella con ganas de chunga. Algunas amigas o tal vez... No quería pensarlo. Pero lo pensaba. Tal vez... ¡Su novio! Sí, claro. Porque ella tendría un novio. Se lo imaginaba. Un tipo ridículo con el pelo oscuro y generosamente ondulado, y un bigote labrado cuidadosamente sobre la estúpida sonrisa del anuncio de dentífrico. Un novio que: hasta la cogería del brazo como cosa propia y la besaría todas las noches al despedirla en el portal. Fué como una latigazo que la hizo botar en el asiento. La gente se volvió hacia él con extrañeza. Se dió cuenta de que estaba llamando la atención y, sin saber por qué se encaró con los que le rodeaban lanzándoles una mirada de desafío que nadie quiso recoger. De buena gana se hubiera puesto a gritar que él hacía lo que le parecía y que si estaba celoso de una desconocida, que era a él a quien únicamente le importaba. Se ruborizó como un colegial al descubrir su estado de ánimo y quedó aplanado. Pidió coñac. Pago las consumiciones y se marchó sin prisas abatido triste a continuar su trabajo. Al entrar en su despacho le dieron un recado de don Ramón. Se enteró entonces de que el jefe llevaba dos días sin aparecer por «La Gloria» a causa de un fuerte catarro. Había llamado por teléfono, citándole en su casa al salir del trabajo para discutir con él el nuevo proyecto de decoración de las plantas dedicadas a niños.

Que lo discuta con su mujer si tiene ganas—exclamó Demetrio agriamente.

Todos los que le oyeron le miraron estupefactos, como si acabasen de descubrir que había perdido el juicio.

Faltaban unos minutos para las diez. Envuelto en el abrigo con las manos en los bolsillos medio recostado contra la pared, Demetrio se encontraba en una esquina de donde podía observar perfectamente la puerta de entrada del personal empleado en las galerías «La Gloria». El frío era intenso y las calles estaban como olvidadas por los hombres. Aun con la certeza de que la muchacha se había desentendido de su promesa si es que llegó a hacerla en serio, quería darse el capricho de convencerse de que no vendría. No era una esperanza loca lo que lo

tenía allí, sino un morboso anhelo de mortificar-se, de burlarse de sí mismo por haber dado sitio por un momento a una ilusión descabellada. Esperaría hasta las diez y cuarto, hasta las diez y media si era preciso. Luego, ya tranquilo, volvería a las galerías, descubriría los escaparates, encendería todas las luces del piso bajo, pondría en marcha el artefacto del gramófono, daría los últimos retoques a su labor y se marcharía a la pensión a dormir.

El corazón se le cayó sobre el estómago como desprendido de su sitio. Se quedó sin poder respirar, como empezando a morir. Era ella; sí, era ella la mujer que acababa de pasar junto a él, casi rozándole, en dirección a «La Gloria». Estuvo a punto de llamarla; pero se contuvo. Probablemente vivía por allí y este era su paso obligado todas las noches a la misma hora. Se quedó viéndole alejarse sin tristeza sin melancolía resignado, contentó de que no lo hubiera reconocido después de la broma de la noche anterior. Porque él, al hablar del baile, lo hizo en broma, y ella no pedía haberlo tomado de otra manera.

—¡Dios! La exclamación le rebotó en los dientes al ver que se había detenido en la puerta de los empleados. Oyó sus golpes discretos contra ella como si unos caballos enloquecidos le pisotearan las sienes. Y echó a correr, sin darse cuenta de nada hasta encontrarse a su lado. Se sonrieron en silencio tras el saludo con que se reconocían. El la tomó del brazo después de abrir la puerta.

—Vamos.

Sin preguntar nada, ella se dejó llevar. Ya dentro del edificio, se encaminaron a los ascensores. Cuando subían ella se quedó mirándole tranquila, sin sombras. Demetrio creyó necesario explicarle.

—Un primer baile requiere un bonito vestido. Estaban en el sexto piso, sección especial para la mujer elegante. La condujo hasta el fondo del departamento y encendió las luces. La muchacha no pudo contener su asombro.

—¡Es maravilloso! Y, acercándose hasta la percha de la que colgaba el vestido de encajes y tul blanco, lo acarició tímidamente como si temiera que se desvaneciese al tocarlo. Demetrio se sintió dichoso ante la alegría de ella. Era la mejor recompensa que había tenido cuanto había trabajado hasta hoy.

—Póngaselo. Aquí encontrará también zapatos y todo lo que necesite. Yo voy abajo a preparar lo demás. Mientras hablaba se había quitado el abrigo, apareciendo vestido de smoking. Volvió a sonreír un poco confuso y se dirigió hacia el ascensor que se lo llevó a la planta baja. Como si desarrollase un plan preconcebido, cupa precisión le sorprendió levantó las cortinas de los escaparates sin prisas dando tiempo deliberadamente a que la muchacha se vistiera. Luego encendió todas las luces; rectificó la posición de algunos reflectores buscando una mejor armonía de luces y puso en marcha el gramófono. Inmediatamente empezó a sonar un vals melódico, suave y lánguido, que parecía emanar desde todos los ángulos del edificio. Demetrio quedó un momento quieto en un extremo del mentido salón y sonrió contento, halagado por el resultado que se ofrecía a sus ojos. Volvió luego al ascensor y regresó al sexto piso. Al abrir la puertecilla para salir, se encontró con ella que esperaba ya vestida. La transformación había sido absoluta, superando cuantas cábalas pudiera haber hecho él en sus pensamientos. La frescura juvenil, la auténtica locanza de la muchacha, quedaban más de manifiesto con aquellas galas sutiles y vaporosas. Su sonrisa suave adquiría un matiz de enigma y de misterio que lo cautivaban. Y sus ojos oscuros suaves serenísimos con una nueva luminosidad ahora parecían resumir en ellos todo lo atractivo endemoniado y toda la ternura arcángelica que puedan haber en un alma femenina.

Como fuese ella a penetrar en la caja del ascensor lo impidió conteniéndola:

—No... Bajaremos por la escalera

La llevó hasta allí y dándole el brazo añadió mientras descendían el primer peldaño

—Espacio... Así, espacio...—«como en los sueños», estuvo a punto de añadir—. Pero le pareció una cursilería digna de don Ramón y se limitó a mirarla a los ojos, gozándose en la presión



del brazo de ella sobre el suyo. Y, como soñando, lentos, ensrtijados por el ritmo de la música, llegaron a la planta baja. La llevó hasta el centro a través de los maniqués y, deteniéndose se volvió frente a ella y rodeó su cintura. La muchacha se apoyó en su hombro y comenzaron a girar suavemente tal como si flotasen en las ondas melódicas llevados y traídos por ellas. Se miraban sin darse cuenta de que lo hacían en el ir y venir. Demetrio se sorprendió al saberse allí con una mujer entre sus brazos cuyo contacto le ponía motores en la sangre. Percibía en él como dos fuerzas que duplicaban sus sentidos. Vivía, y se notaba vivir, como si se enfrentase con un espejo. De pronto, comprendió que aquella muchacha era su destino, que en adelante toda su vida quedaría marcada por la presencia y el recuerdo de ella. Y dijo con un susurro que amortiguaba la vulgaridad de las palabras.

—Me llamo Demetrio. ¿Y tú?

—María.

Volvieron a sonreír, como reconociéndose ahora. Ella entornó los ojos abandonada al baile con el gozo íntimo y cuidadoso de los que temen despertar de un dueño deseado. El vals acababa y volvía a empezar sin que lo percibiesen, lejanos de la realidad y aún de sus propios sentidos. Demetrio creyó ver un brillo de lágrimas entre las pestañas de María. Pensó que era cierto que se puede llorar de felicidad como había leído y escuchado tantas veces. Pero no parecía esta la razón de aquel llanto. En el rostro de la muchacha se marcaba un gesto de dolor y cuando abrió los ojos húmedos escapó de ellos el fatídico aborreo de una angustia honda y sin esperanza.

—¿Qué tienes?

La muchacha se detuvo y escondió la cara entre las manos. Era falso todo aquello. La ilusión no puede cambiar las cosas. No era así como había so-

ñado su primer baile en aquella vacía frialdad rodeada de muñecos acartonados, sin un reflejo humano en lo que les rodeaba. Sus palabras sonaban opacamente, fatigadas, reconociendo el fracaso de sus sueños.

—No. Los sueños no fracasan por sí mismos. Somos nosotros quienes los salvamos o los perdemos. Su poder está en nuestro deseo, en la fuerza con que los necesitamos. Vuelve a cerrar los ojos, cree ciegamente en lo que anhelas y te encontrarás en medio de una multitud divertida y dichosa que nos devolverá el reflejo de nuestra alegría. ¡Haz la prueba!

Había tanta convicción y tanta necesidad de que lo creyera que María sintió una ternura profunda, cálida que parecía deshacerla por dentro. Le sonrió suave dándole con el gesto su conformidad y cerró los ojos lentamente. Volvieron a cerrarse y casi sin decidirse a respirar, como venteando el prodigio, se dejaron arrebatar nuevamente por la música.

En el exterior, no obstante la frialdad de la noche, se habían congregado algunos curiosos. El aspecto de la planta baja de las galerías «La Gloria», subrayado por la cadenciosa sonoridad del vals, ejercía sobre los transeúntes un poder de fascinación que los frenaba ante los cristales, reteniéndole a pesar suyo. Aquella pareja, bailando entre los maniqués, con los ojos cerrados, sin hablar y sin sonreírse, suscitaba en los espectadores la idea de que pudieran ser unos muñecos maravillosos y perfectos creados exclusivamente para la admiración del público y la propaganda del establecimiento. Y todos sentían el halago y la apetencia de que así fuera individualizándose en la recepción de aquel homenaje deslumbrador y originalísimo.

Pero ni María ni Demetrio eran el resultado de una habilidad mecánica. Sentían llamarse y responderse sus corazones con un ritmo seguro y constante que sobre la melodía del gramófono punteaba sus nombres silabeándolos. Abrió él los ojos buscando los de la muchacha. Un grito de asombro se le escapó quebrando su giro en el aire secamente.

—¡Mira! ¡Mira! No es un sueño.

María le miró asustada. Luego palideció y se abrazó a él con más fuerza, casi sin aliento. El milagro estaba hecho. Los muñecos y los maniqués tenían vida propia. Iban y venían como ellos al ritmo del vals. Las mujeres reclinaban sus rostros en los hombros de su pareja. Los hombres juntaban sus mejillas a las de ellas y susurraban en sus oídos imperceptibles palabras que ponían en los rostros femeninos un suave rubor o una tibia sonrisa. Todo aparecía haberse transformado con ellos. Aquellas cercanías de seres vivos reales con ilusiones y con deseos, repercutían sobre María y Demetrio cristalizando su felicidad. Adivinaron que lo mejor era no buscar razones ni intentar explicárselo. Les bastaba con saberlos allí, con no sentirse solos como en un planeta vacío. El amor no era una monstruosa quimera inventada por su fiebre o su desvarío. Había hombres y mujeres que se amaban como ellos multiplicándose en los espejos en el fondo oscuro de los escaparates sobre la noche, en los níqueles que armaban las vitrinas y en las mismas resonancias de calor y de compañía que se les entraban por la sangre. Y perdiéndose cada uno en la mirada del otro, hallándose asomados a las pupilas cercanas sobre el fondo tumultuoso con que el salón empuenecido se les agitaba allí, se olvidaron de todo para volver a encontrarse a ellos mismos en la autenticidad de sus sentimientos.

* * *

Eran las once y media y Demetrio no había aparecido por casa de don Ramón contraviniendo las órdenes de éste. El director-gerente, entre estornudos y estornudos exponía a su esposa las venganzas y represalias que tomaría de su rebelde subordinado. No podía excusarle, aunque lo quisiera por consideración a su tía Rosa, ya que si es que le había ocurrido algún contratiempo, pudo haber llamado por teléfono.

—Para eso están los teléfonos. ¿O no?—Se quedó mirando a su mujer, a la espera de su asentimiento; mas no lo tuvo. La buena señora estaba pensando en el fastidio que le producía la indisposición de su esposo, impidiendo que pudiera escapar a la cocina para escuchar en la radio del servicio la novela de turno, cuyo desarrollo seguía a hurtadillas de su cónyuge, quien no admitía que la radio pudiera servir para otra cosa que para la publicidad de sus almacenes.

Se abrió la puerta violentamente e irrumpió la cocinera casi dando gritos:

—¡Señora, señora!...! ¡La radio! ¡Venga!

Don Ramón se volvió, hecho un basilisco:

—¡Apáguela ahora mismo! ¡No quiero novelas!

—No es la novela, señor; se trata de las galerías.

De «La Gloria»—rectificó la sirvienta.

Poniéndose en lo peor, don Ramón dió un salto con la alarma:

—¿Eh? ¿Un incendio?

Pero la cocinera lo tranquilizó. Explicaba con admirable verbosidad que estaban radiando el baile con que se anunciaban en «La Gloria» los próximos Carnavales.

—¿Un baile? ¿Está loca?

—No, señor; venga a oírlo si quiere. Dicen que ha sido una sorpresa, un gran acontecimiento, y que no es publicidad. Resulta que uno de los «radiadores» pasó por las galerías, contó lo que ocurría a sus compañeros de la emisora y han acudido allí con los micrófonos.

Don Ramón no quiso oír más. Excitado, intranquilo, pidió el abrigo y, contra el criterio de su mujer, que bajó con él hasta el portal abrumándolo con bufandas y precauciones, se metió en su coche y salió disparado para las galerías, dejando tras sí por las calles solitarias el eco estrepitoso de sus estornudos.

Al desembocar frente a los Almacenes se quedó boquiabierto. Luego rompió a reír estentóreamente, con una risa infantil y sonora que le obstruía los estornudos. Aquel espectáculo era el que siempre había deseado contemplar. Más que el bullicio de compradores en el interior le había ilusionado desde sus comienzos lejanos aquella aglomeración humana en torno a sus galerías. Entreabría las alatas de la nariz con delicia rastreando el asombro y el encantamiento de la multitud agolpada ante sus escaparates. Era así como él lo había querido siempre. El público, la fiera indomable, sujeto por el arte, por el ingenio, disputándose las primeras filas con codicia de ensueños y amagos de motín. Reconoció su gran triunfo; porque el triunfo era suyo al haber intuido las grandes condiciones de Demetrio. Este había sido su instrumento, y no otra cosa. Pues si él no le hubiera dado la oportunidad de poner en práctica aquello, ¿cómo habría sido posible que el pobre muchacho provocara semejante alboroto? Olvidándose del catarro y de las advertencias de su mujer bajó del automóvil y abriéndose paso a punta de codo consiguió llegar ante la puerta principal de sus Almacenes dejando atrás un reguero de insultos y de protestas. Ante el asombro de la gente empezó a golpear en los cristales con el rubí que centelleaba en su dedo anular, para llamar la atención de Demetrio, que al oír el repiqueteo volvió la cabeza y quedó petrificado. Soltó a María sin decir nada y fué a abrir a su jefe más muerto que vivo, pues acababa de recordar la cita. Sorprendido y desconcertado se sintió estrujar afectuosamente. Don Ramón lo abrazaba jubiloso y casi lo besuqueaba, enviándole bacilos emisarios de su catarro. Estaba orgulloso de él y también lo estaría su tía Rosa. El mismo, en persona, iría a felicitarla por aquella incomparable alhaja que le había proporcionado a «La Gloria». Demetrio, aturdido aún, pensó que no valía la pena aclarar por enésima vez que su tía Rosa no era su tía Rosa sino don Calixto, y en silencio se dejó llevar por él hasta el centro del salón. Entonces se dió cuenta de que el encanto había cesado. Las parejas habían quedado inmóviles, volvían a ser insensibles maniqués. ¿Y ella? Desolado, buscó con la mirada en torno suyo. Mientras la sangre se le hacía arena comprobó que había desaparecido. Sin una explicación, disparado, se desprendió de su jefe y echó a correr escaleras arriba.

—Sin aliento, jadeante, con los pulmones sobre la lengua, llegó al sexto piso. Corrió hacia el salón de pruebas. María no estaba allí... Tuvo que arrojarse sobre una mesa para no caer, presintiendo que la había perdido. Al ver el vestido de tul y encaje blanco y los zapatos que ella había elegido tuvo una sonrisa amarga. No había soñado. Ella estuvo allí; la sintió junto a él en sus brazos. Oyo las doce en el reloj de la iglesia. Era la hora en que cesaban los prodigios, y la muchacha había tenido que desaparecer como la Cenicienta; pero no había olvidado el zapato por el que pudiera encontrarla. Tomó el traje entre sus manos. Aún conservaba la tibieza juvenil de la carne de ella. Hundió el rostro entre los encajes buscando la estela del perfume de su piel y se sintió más desamparado que nunca. Dejó el vestido sobre una silla de cualquier modo, sin fuerzas ya para rebelarse contra el destino, y fué a apagar las luces. Entonces vió algo que trajo a sus pupilas un cen-

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

NO SABEN LO QUE HACEN

Por Jean MADIRAN

EL lugar es discreto, porque no es anónimo. Hay allí muchas gentes apretujadas, que se toman un almuerzo rápido antes de volver a sus negocios. Allí se ven hombres de dinero, mediocres, periodistas, intelectuales de la política. El restaurante está bien situado, en la esquina de la rue Le Pelletier y la rue Rossini, a medio camino entre la sede central del partido comunista y las oficinas del periódico *Le Monde*.

AU PETIT RICHE

Si no se es familiar, se avanza por el local con paso vacilante y se pierde uno entre todas estas salas, teniendo siempre la sospecha de que se va a interrumpir o perturbar los conciliables que se celebran en los rincones. En este parador, que no tiene nada que esconder, pero que sería difícil de inspeccionar, se llevó a almorzar al honorable

Nenni cuando realizó su última visita a París. Allí encontró, sin llamar la atención, a los diversos auxiliares del comunismo soviético con los que él tenía que conversar discretamente. Este restaurante se llama Au Petit Riche

La presente historia no es, en modo alguno, imaginaria, y ningún parecido con los personajes que aparezcan y son exactamente designados es fortuito.

En el principio de este libro están tres personajes en escena. Primeramente madame Sauvageot, de origen radical-socialista, convertida al catolicismo antes de la guerra y hoy la primera personalidad financiera de la Prensa católica. En segundo lugar está monsieur Beuve-Mery. Sus tendencias políticas han terminado por ser conocidas. Es de los hombres que piensan, como él mismo ha escrito en *Le Monde* desde 1945, que «la hora eslava ha sonado para el mundo». La hora eslava, entendida como la hora soviética. Esta inexactitud, esta impropiedad de términos son completamente voluntarios y revelan un método constante de *Le Monde* que enmascara o atenúa sus opiniones en el mismo momento en que las expresan y que actúa por sugerencias, insinuaciones u omisiones calculadas. El periódico de monsieur Beuve-Mery pretende ser el sucesor del *Temps*, y se ha ganado una reputación de «serio» y de «objetividad», suficientemente fácil, porque se basa en la comparación con otros periódicos parisienses demasiado mediocres o excesivamente falsarios. Sin embargo se ha descubierto que la seriedad, la objetividad y la información de *Le Monde* son orientadas y dirigidas; se evita en él la inexactitud

EN el número 340 del *ESPANOL* apareció una detallada información en la que, como se indicaba en uno de sus títulos, se hablaba de la «penetración marxista en la Prensa católica francesa». Con abundancia de datos se ponía al descubierto esta maniobra y se revelaba cómo algunos católicos habían seguido ingenuamente el juego de las consignas de Moscú. Hoy volvemos sobre este tema, extractando aquí el libro que servía fundamentalmente de fuente a aquella información, «*Ils ne savent pas ce qu'ils font*».

El libro de Madiran es un alegato para desenmascarar las falacias del comunismo, siempre dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad. El descubrimiento de estas intrigas debe, por otra parte, contribuir a fomentar la unidad, cada vez más necesaria, de todos los católicos, cualesquiera que sea su matiz, unidad tanto más necesaria cuanto que se enfrentan con tantos ocultos y manifiestos enemigos.

MADIRAN (Jean): «*Ils ne savent pas ce qu'ils font*».—Nouvelles Editions Latines.—Paris, 1955.

Ils ne savent pas
ce qu'ils font

NEL

NOUVELLES ÉDITIONS LATINES

grosera y la mentira impúdica que han conocido tanto éxito en la Prensa de la capital francesa, pero se multiplica la inexactitud tendenciosa, el equívoco sugestivo, sin que dejen de producirse de vez en cuando ciertos accidentes técnicos, como los originados por el escándalo del falso Fechteler, que hizo decir a la Prensa internacional que *Le Monde* se había descalificado. Monsieur Beuve-Mery se abstiene generalmente de violentar a sus lectores o de tener el aire de sermonearlos. Más que por tesis prudentes, matizadas y especiosas, es por la presentación de informaciones, por la importancia que les da, la elección que sobre ellas muestra o aquellas que deja aparecer como se esfuerza en disminuir o suprimir el espíritu de la resistencia al comunismo soviético.

Monsieur Beuve-Mery forma parte de la Société des Editions du Temps Présent, que es el origen del poder de madame Sauvageot y que es su instrumento fundamental. El almuerzo semanal de monsieur Beuve-Mery con madame Sauvageot y sus colaboradores demuestra que el director filsoviético de *Le Monde* es también el director de la conciencia política de una parte de la Prensa católica, es decir, de la Prensa de la señora citada ya varias veces. Y, finalmente, está el tercer personaje. Este soy yo, alguien que no está para nada en el negocio, pero que se niega a aceptar la moneda falsa. Para escribir, yo no estoy ni más ni menos calificado que cualquier otro. Lo que me impulsa no es otra cosa que una legítima obstinación a proseguir lo que ya comencé sin premeditación y a descubrir públicamente toda una serie de lazos que se quieren mantener escondidos. Lazos que ya he descrito durante varias semanas y que están en el centro de los manejos que se hacen sobre la opinión francesa y que son una de las claves de la colaboración soviética en Francia. Cada uno puede mirar las cosas de frente. Los hechos que son propuestos aquí a la atención del lector conciernen claramente a la penetración directa e indirecta de los hombres, las ideas, los métodos del comunismo soviético en el interior de las líneas de resistencia del catolicismo; se trata quizá del fenómeno político más importante de la segunda mitad del siglo XX.

CONCIENCIA CLASISTA Y
EVANGELIO

Cuando monsieur Maurice Duvrger invoca como una cosa evidente, en *Le Monde* del 10 de oc-

abre de 1954. «Las reformas económicas y sociales únicamente capaces de agotar las fuentes mismas de la potencia comunista», yo no discuto ni mantengo la urgencia o la necesidad de las reformas de que él habla, pero lo que sí digo muy claramente es que estas reformas no tienen la más mínima relación con la empresa comunista de la dominación universal. Discuto y pongo en duda la idea que él tiene y que predica del comunismo staliniano y poststaliniano. No estoy en absoluto de acuerdo en que las fuentes de su poder estén en las imperfecciones o en las injusticias de nuestro régimen económico y social. La justicia social es una exigencia que no puede negar ningún cristiano. Pero debe también saber que la lucha contra la desigualdad es un combate sin fin, que tiene otros motivos que los resultados prácticos que se pueden alcanzar y que indudablemente lo logrado siempre es decepcionante. El comunismo soviético utiliza y explota en las sociedades que quiere esclavizar una cantidad de imperfecciones e injusticias accidentales que se pueden suprimir, pero eso es también en él una actitud accidental. Esencialmente utiliza y explota la parte de imperfección y de injusticia que hay más o menos constantemente en las sociedades humanas. Está organizado fundamentalmente para esto. Dicho con otras palabras, el comunismo soviético es una organización política que utiliza y explota el sufrimiento de los hombres. La organización comunista propone un sentido al sufrimiento humano, pero no es el nuestro; un sentido que está desprovisto de toda significación. Excita a la revuelta, enrolla a los sublevados y se apodera de su conciencia; los convierte en instrumento de una dominación fundada sobre la materialidad del Poder. Es indudable que los que creen en la divinidad de Jesucristo constituyen para el comunismo un obstáculo insuperable; pero la voluntad de levantar un obstáculo ante el marxismo no será nunca una razón suficiente para creer en Jesucristo y para tomar su cruz y seguirlo.

Y en este punto topamos con la cuestión de la evangelización de los pobres, la descristianización del proletariado y de los sacerdotes obreros. Nadie me ha pedido que escriba lo que yo sé sobre los sacerdotes obreros. Hablo por mí sólo y no comprometo a nadie más que a mí. Hablo para el lector católico, y para cualquier otro quizá, según la doble regla de un oficio, el de cronista, que busca fijar en algunos instantes el matiz de un tiempo que pasa y de una conciencia que se esfuerza por sentirse *cum Ecclesia*.

Si el Evangelio es cierto, no es verdad que la condición obrera pueda constituir un obstáculo para la conversión de los trabajadores. El Evangelio fué recibido por los esclavos de Roma, traídos por unas gentes que no consagraron sus cuidados a una «toma de conciencia» de la sociología esclavista. No podemos creer que ninguna condición social puede ser un obstáculo serio para la salvación de las almas.

Si el Evangelio es cierto, no es verdad que tengamos «que construir una nueva cristiandad sobre el mundo contemporáneo tal como se forja ante nuestros ojos», como se afirma hoy apoyándose, más o menos exactamente, en Maritain.

Si el Evangelio es cierto, no hay ni que aprobar ni rechazar, como tantos publicistas católicos hacen con admiración, «la concepción que tienen los sacerdotes obreros de su sacerdocio», porque la concepción importa poco desde el momento en que el sacerdote «tiene una suya», es decir, desde que no es ya la que le da el sacerdocio de Cristo. Porque Nuestro Señor no ha tenido ninguna concepción de su misión, la ha recibido del Padre, y no ha hecho Su voluntad, sino la del Padre, y es esta misión que El ha recibido en la obediencia la que ha transmitido a sus apóstoles.

Guardini lo ha explicado muy bien: «De ti mismo, no sacarás nunca nada.» No basta con pensar, reconocer, continuar y decir, finalmente: «Lo que Cristo ha dicho es verdad, por lo tanto debo enrollarme bajo su bandera...» No. Es necesario que te abandones totalmente, que renuncies a tu síntesis personal, que arrojes por la borda la norma de tu razón propia de tu experiencia. El hombre debe correr el riesgo de gritar desde el otro lado: «Señor, venid a cogermé. Enviadme vuestro espíritu para que me transforme. Dadme este sentido nuevo, que me hará pensar de Vos lo que Vos pensáis en Vos mismo.»

Lo que es intolerable no son las debilidades del clero, obrero o no. La oración de la Iglesia nos

enseña su propia debilidad. Si nos hace decir el Viernes Santo, y cada domingo, y cada mañana, «pidamos hermanos, por la Santa Iglesia de Dios», es porque tiene necesidad de que se pida por ella. Lo que es intolerable es que publicistas cristianos, intelectuales y periodistas hagan la apología pública de estas debilidades y nos inviten a aceptar trucos soberanos para conseguir la conversión de los obreros o de quien sea.

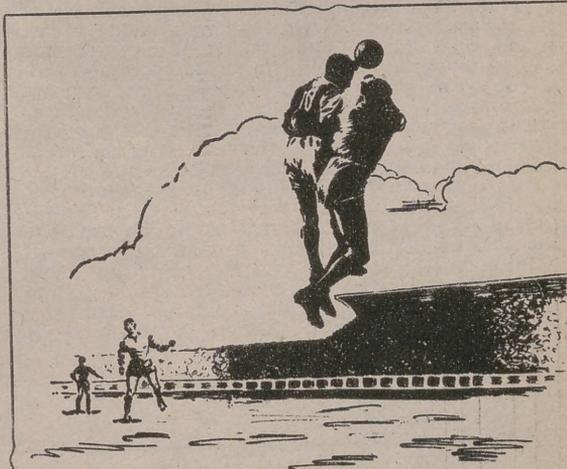
LOS COMUNISTAS NO SON LOS OBREROS

Por todas partes se encuentra a monsieur François Mauriac. Comencamos, pues, por apartarlo. Este escribió, en *Figaro* del 6 de octubre de 1933: «Los sacerdotes obreros... (han esposado la pobreza obrera), no con la idea de predicar sin preparación a sus camaradas una verdad que éstos, en su mayor parte, no están todavía dispuestos a recibir, sino con el fin de entrar en su escuela y aprender junto a ellos el secreto del sufrimiento compartido que ellos aguantan.»

Este texto fué reproducido por monsieur Beuvmery en *Le Monde*, y también apareció en *L'Actualité Religieuse*; se le presentaba con una expresión auténtica y ejemplar del pensamiento católico. Cuando estos tres periódicos están de acuerdo sobre una falsa verdad católica, ¿cómo la opinión pública católica no va a estar profundamente turbada? Solamente monsieur André Frossard ha respondido, con su habitual acierto de expresión, que si los sacerdotes obreros no tienen intención de predicar a los trabajadores obreros, entonces se trata de un nuevo medio de robar a los pobres, al hacerle esperar este Evangelio, que se dirige a los humildes y a los pequeños.»

Por otra parte, hay que afirmar, y podemos probar, que «la clase obrera, tal como es descrita por estos medios periodísticos, es un mito inventado por la propaganda comunista. Es ignorar las condiciones reales de la vida social el afirmar que la «lucha obrera», con la cual conviene ser solidarios, se expresa hoy en la organización sindical y particularmente en la C. G. T. comunista.

Es un error trágico y un error de intelectual.



EN LA LUCHA...

Se pone el pelo imposible, lleno de polvo y sudor... (o de barro, que es peor).

Esto es un peligro para el vigor del cabello, pero una buena fricción de

LOCION AZUFRE VERI

los dejará de nuevo limpios, sanos, fuertes, sin caspa ni picor. Quedarán LLENOS DE VIDA.

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente solo cuesta ptas. 17,10; el tamaño pequeño ptas. 11 (impuestos incluidos).

DESCONFIE DE IMITACIONES

TIENE GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82-Santander

PUBLICITAS

Los trabajadores manuales, en su conjunto no quieren ser nunca solidarios de las luchas, las disciplinas y las maniobras políticas de la C. G. T. Por el contrario, abandonan la central comunista, que anunciaba tener siete millones de adheridos en 1947, y que, según la propia declaración de Marcel Cachin, no cuenta ahora más que dos millones. En siete años la C. G. T. ha perdido dos terceras partes de sus efectivos. Ir a la C. G. T. para encontrar a la clase obrera en el momento en que éstos la dejan en masa, es una falsa y extravagante maniobra. ¿Cómo un error tan total ha sido posible entre los católicos, cuando entre ellos había especialistas de cuestiones sociales? La única explicación reside en su complejo de inferioridad frente a cualquier discurso de apariencia marxista y, particularmente, ante las afirmaciones parentricias de la propaganda comunista.

El partido comunista, aunque no tuviese más que 5.000 militantes y aunque su C. G. T. se encontrase reducida a 10.000 contribuyentes, todos funcionarios del Estado, no dejaría por eso de emplear los mismos métodos de organización y de propaganda y de colocarse como vanguardia del movimiento obrero y como guía y expresión de las luchas proletarias. Y varias categorías de intelectuales, religiosos o laicos se dejan engañar o se hacen cómplices de esas afirmaciones desvergonzadas. Admiten, de una vez para siempre, que «pueblo», «proletariado» y «sindicalismo comunista» son absolutamente sinónimos. Y desde este momento la propaganda comunista, social y política, les hace creer todo lo que quieren.

LA ENAJENACION DEL ESPIRITU

El partido comunista ha organizado alrededor de cada sacerdote obrero un medio artificial. Les ha enviado sus mejores militantes obreros, los más seguros y los mejor formados. Son estos misioneros comunistas los que han acogido al sacerdote, los que le han hablado primero; los que han anudado con él lazos de camaradería; los que le han llevado, conforme a las instrucciones del partido, al interior de las organizaciones básicas de la C. G. T. Esta superchería comunista explica por qué los sacerdotes obreros, que han vivido y trabajado en la fábrica, han puesto tanta seguridad y tanta obstinación en afirmar la supremacía de la condición proletaria y el estado del espíritu obrero. Tanto ellos como los que han apoyado su actitud de rebeldía son verdaderamente los prisioneros de las maniobras infernales de la organización comunista, hasta el punto de que el *Observatore Romano* estaba fundado en preguntarse, con una fórmula que su santidad la hizo en seguida célebre, si estos sacerdotes no habían perdido «el equilibrio psíquico fundamental, sin el cual no se puede tener una capacidad de juicio sano». Efectivamente, se encuentra en el estado de hombres que han sufrido una larga y coherente alucinación y que no pueden desprenderse de

ella. Son las víctimas del drama quizá más terrible que ha conocido hasta ahora la historia de la Iglesia. Entre lo que, en libertad, la organización comunista les ha hecho a estos sacerdotes y lo que ha conseguido con los sacerdotes prisioneros de Polonia y de Hungría, haciéndoles acusar públicamente a sus obispos y a su fe, hay una diferencia de grado, pero no de naturaleza.

Este nuevo ejemplo de la enajenación de los espíritus, y quizá de las almas, que la organización y los métodos comunistas pueden lograr, incluso sin policía, sin la dominación del Estado y hasta sin coacciones materiales, es una atroz lección. Tendrá que ser pagada muy cara para ser exacta y seriamente meditada.

EL PROBLEMA DEL MAL, LO ESENCIAL

Estoy al final de mi crónica. No es que lo haya dicho todo. Pero he dicho casi todo lo que había escogido para decir esta vez. Mientras que escribo, continúan llegando noticias del mundo, y las más importantes no son las que se encuentran en la primera página de los periódicos, ni siquiera de los católicos. El martirio de las comunidades cristianas anamitas no ha tenido más que algunas líneas oscuras y minúsculas, dispuestas frecuentemente de tal manera para que pasasen inadvertidas. Los misioneros vueltos de China han dado algunas conferencias, casi clandestinas, porque todo conspira, incluido la negligencia y la distracción, a apartarnos de conocer el comunismo soviético.

Pío XII, al recibir en febrero de 1952 a un obispo expulsado de China, le dió esta directriz formal: «Tenéis el deber de esclarecer a la opinión católica diciéndole la verdad sobre la realidad y sobre la amplitud de la actual persecución religiosa en vuestro país.» Sin embargo, *Le Monde* afirmaba que los misioneros de China están cegados por un anticomunismo sistemático. Y de esta opinión han llegado casi a participar los miembros del trust periodístico de madame Sauvegeot. El propio *Boletín de Misiones Extranjeras*, de París, observaba, con discreta amargura: «Al abandonar el «paraíso rojo», los misioneros de China se han sentido algo sorprendidos al leer ciertos artículos de periódicos y revistas católicas. Si estos católicos se han hecho filocomunistas, es porque han sacado sus informaciones y su inspiración de una Prensa que, consciente o inconscientemente, pero efectivamente, les empuja por este camino, sin detenerse.»

Se desconoce la naturaleza y el método del comunismo cada vez que se le considera como una solución, buena o mala, aceptable o espantosa para el problema social, el problema colonial o los problemas económicos y políticos. Se la desconoce cuando se imagina que sus razones o sus pretextos y la fuente de su poder proceden de una

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTTERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación, sin molestias y sin dolor. Y lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además, regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

PÍDALO EN PERFUMERIAS

De no encontrarlo en su localidad, dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso

organización injusta de la sociedad. Esto no es verdad más que accidental u ocasionalmente. El comunismo toma fundamentalmente pretexto no de las injusticias sociales, sino de las injusticias inherentes a la condición humana, y es a ellas a las que aporta una solución. No es una respuesta al problema social, sino al problema del mal.

Al viejo problema del mal. A ese escándalo permanente en el mundo del pecado, el sufrimiento, la desgracia y la muerte. A ese escándalo para el mundo, que no es soportado más que por la aceptación del misterio, y esta aceptación no es sólo una posición intelectual, es la antigua e inmortal resignación cristiana.

La injusticia social es una de las formas del mal, no es más que un capítulo del sufrimiento humano. El comunismo reduce a las masas de los hombres al estado de «material humano» con mucha mayor eficacia que lo hizo jamás la esclavitud de la antigüedad en sus momentos más bárbaros, o el capitalismo industrial en sus horas más crueles. No quiero decir con esto que este material humano no conserve en sí una tendencia permanente a encontrar su conciencia personal, esto depende de los casos. Ahora bien, el comunismo no es jamás una liberación del proletariado, no es una liberación justificada, ni una liberación excesiva, ni una liberación imperfecta, ni una liberación engañosa. No tiene ni siquiera la apariencia de esto, en la propaganda ocasional, y la Prensa católica que diga algo semejante contrae una espantosa responsabilidad.

El comunismo libera al hombre de lo que le es superior: la obediencia a la familia, a las autoridades, a la voluntad y a la ley de Dios. Y esta emancipación abandona al individuo a servidumbres materiales incomparablemente más exigentes y más estrictas que la propia burocracia; a un estatismo total, a la dominación absoluta de los elementos más materiales, los más impersonales del poder y de la organización a la propaganda mecánica y a la economía inhumana, sin hablar de la esclavitud de una sexualidad sin alma y sin otro límite que las exigencias del partido y las necesidades de la producción. Esta liberación no es una liberación del proletariado, es la liberación de hombre al precio de la servidumbre de que ya he hablado. Es lo mismo que la libertad de Lucifer que le es posible al hombre, y hablo sin metáfora.

LA RAZA DEL MAL EN FRANCIA

El comunismo no se habría instalado tan profundamente como lo ha hecho en Francia y en Italia si no se hubiese podido aprovechar de una grave decadencia de las costumbres y de las ideas. Utiliza ciertas tradiciones ideológicas, como las que vienen del anticlericalismo masónico. El mapa, el simple mapa electoral de la influencia comunista, sería precioso para los que hablan sin más ni más y se obstinan en pretender que el comunismo nace de la injusticia social. Este mapa coincide muy mal con la de la miseria y los bajos salarios, pero sí es, en regla general, el que designaría las zonas de implantación «republicana» en el sentido estrictamente masónico y republicano que se le daba en el siglo XIX.

La enfermedad moral y mental de la colectividad francesa no está hoy necesitada de una reforma intelectual y moral. Las virtudes más humildes son ahora las que más hacen falta. Santa Teresita de Lisieux y la Virgen de Fátima no han predicado una cruzada, sino que cada uno cumpla su tarea cotidiana. Este es el mensaje de que que tiene necesidad nuestro tiempo.

El organismo francés sufre una enfermedad que es de orden espiritual. Esta dolencia es el origen de todas las debilidades, todos los errores, todas las revueltas que utiliza el comunismo. Los que trabajan por una curación espiritual tienen completamente razón, sobre todo si no olvidan que tal curación, para ser real, debe ser realizada por cada uno y sobre sí mismo.

Pero, para que este organismo enfermo se cure, hay que defenderlo. Y éste es el papel modesto, pero necesario, del combate político cotidiano contra el comunismo. Yo no argumentaré en el sentido de que los franceses vengan a ayudarme: la política es útil para todos los miembros de la ciudad, como la fabricación del pan, pero no todos tienen la vocación de política o de la panadería; algunos incluso tienen vocaciones mucho más altas, que no se deben perturbar a ningún precio. Simplemente pido que no tiréis ni sobre los panaderos ni sobre los políticos que cumplen con su oficio.



CABALLEROS

Elegancia de otoño en

Galerías Preciados



AZOR - Reina, 25, Madrid

ALMENDRALEJO

EN "TIERRA DE BARROS"

UNA CIUDAD INDUSTRIAL CREADA POR SU PROPIO ESFUERZO

LLANURAS Y CIELOS ALTOS BAJO EL PARALELO 38 DE EXTREMADURA

CON ánimo tranquilo, en sosiego y calma, llega uno a Almen-dralejo. En paz interior. Un obsequio, el primer obsequio de la tierra, de esta *Tierra de Barros*.

Y también del cielo. Un cielo alto, muy alto, a fuerza de llanura en el suelo; un paisaje amplio, casi sin fin, como un inmenso cuadro con tonos ocres y verdes extendido horizontalmente, sin apenas relieves; un espacio mudo, y absorbente, y quieto, donde los rizos de los surcos insinúan movimiento... Con esto, entre esto, va uno acercándose a la ciudad, transido de aire y espíritu campero.

Y crece, va creciendo con el camino, cualquier camino, cierto gozo, optimismo. Porque la tierra, esta *Tierra de Barros*, que, a pesar del sobrenombre, es limpia, seca y de buen color, es rica, trasfunde optimismo por su lujurante presencia y pródiga vestidura vegetal.

Almendralejo se ha hecho, ella sola, una ciudad. Pero una «ciudad-ciudad». Sin despreciar el campo, que es su cimiento económico, ha puesto ojos y manos en la industria. Las calles, las casas, los garajes y establecimientos me lo van diciendo con la boca abierta de sus puertas a mi paso.

Cielo y suelo, exultación. Así la fisonomía de Almen-dralejo.

UNA CIUDAD DE RECIÉN CASADOS.—LIMPIEZA, OPTIMISMO Y DULZOR

Y creo que debo hacer una aclaración. Una cosa es la gozosa confianza que se apoya en un seguro bienestar y otra cosa es una eterna cara de Pascua, de baile y chiste. No. Ni fiesta ociosa ni desidia matadora de abun-



Dos aspectos del limpio pueblo de Almen-dralejo

dancia. He visto un ritmo, pero ritmo de ciudad industrial. Y un estilo de ciudad.

Pero ¿una ciudad que ha dado la vuelta al mundo a bordo de vinos y caramelos es para tener cara de pena? De ninguna manera.

Paseando en compañía de don Andrés Ríos se me hincan más la impresión primera. Despacio, muy despacio, vamos caminando. Don Andrés Ríos, aparentemente taciturno, pero penetrante como una daga, ve, sonríe, apenas ríe, calla y de cuando en cuando, como si fuesen burbujas de sus pensamientos, suelta frases entrecortadas y afiladas, sin apenas mover los ojos ni modificarse con

gestos. Don Andrés Ríos es el secretario del Juzgado Municipal.

—Vaya usted con Dios, don Andrés, y la compañía—oigo a derecha.

—Don Andrés, vaya usted con Dios—oigo a izquierda.

Así de continuo. Sin faltar un saludo. Hay, claro es, muchas maneras de saludar, sobre todo tratándose de un árbitro judicial; pero en este caso—y es palpable—brotan los saludos rebozados de cordialidad.

«Esto va bien», digo para mis adentros.

Es decir, quedo convencido de la inutilidad de encontrar una zona de amargor. Ni en el Juzgado.

—Me parece esto, don Andrés, una ciudad de o para recién casados.

No tarda mucho en dar media vuelta pidiendo aclaración, que tampoco me cuesta mucho trabajo exponer. Tengo los datos a la vista.

—Con estas fachadas tan blancas, tan encaladas, los zaguanes tan aseados, esas puertas que parecen recién estrenadas por su limpieza y brillo, esos aldabones y clavos que no pueden tener envidia al oro... Estas calles, que parecen atendidas con aspiradoras eléctricas... Los vinitos, mistelas, coñacs de la tierra... Los caramelos y las yemas de Santa Clara...

Observo una pequeña dilatación de sus pupilas.

—Todo esto—prosigo, enumerando con buena salsa de gestos—prepara y dispone un ambiente de dulzor y esperanza apto casi en exclusiva para recién casados.

Y el señor Ríos tira de su registro civil que lleva *in mente*.

—Y se nota. Crece Almen-dralejo a razón de 250 a 300 habitantes por año.

—¿Cuántos habitantes tiene?

—Más de 23.000.

—¿Mucha emigración?

—¿Emigración? ¿Adónde? ¿Para qué?

Suelta cada interrogación como escape jaculatorio. Y le oigo de un modo intermitente:

—En la temporada de recogida de algodón, aderezo de aceituna, fabricación y empaquetamiento de jabón, se marchan las criadas. Una aguda crisis de servicio doméstico.

Avanza un poco en silencio.

—A este paso—continúa—desaparecen.

—Pues máquinas.

—¡Ya! Ya están entrando en las casas. Por ahora, lavadoras. Y si es aparatos de radio y bicicletas... Y motos. Y coches.

—¿Y cuánto vienen sacando en las fábricas esas muchachas?

—De 12 a 15 pesetas.

De nuevo le hago girar, entre sorprendido y sonriente, con peligro de que juzgue mal de mi estado mental, aunque le expongo mi observación a fuer de informador veraz.

—Don Andrés—le digo, casi con tono infantil—, tres papeles insignificantes por su tamaño he podido contar en el trayecto, en las varias calles que llevamos recorridas.

—Muchos son—contesta, seco y zumbón.

Testigo en alta voz soy del culto urbanístico, casi obsesionante, de esta ciudad apasionada por la cal, el agua y la ercoba.

EN EL PARALELO 38

De unos almendrales le viene el nombre.

De unos almendrales con fecha histórica conocida. De aquellos almendrales que, lejos de Mérida, a cuyo Municipio pertenecían, tenían, allá en 1228, tronco y raíz en unos terrenos baldíos, en terrenos sin fruto preparado por el hombre. Aquellos almendros hicieron coagular la ciudad que hoy toco y veo, potente por su industria, dentro y fuera de Extremadura.

Así nació Almendralejo. Ahora que nació en el paralelo 38. Más exacto: 38°40'3". El mismo que todos conocemos de oídas; pero no. Y no pretendo destruir el principio de identidad, sino hacer constar que estas líneas imaginarias, a pesar de sus altos e invisibles caminos geográficos, tienen aduana. Una aduana a su manera. En España: paz y convivencia. Así que estoy bajo el paralelo 38 y no lo veo, pero lo siento. Lo siento por asociación de contraste.

En realidad me encuentro. Llevando lo concreto a los últimos límites, en el Círculo Mercantil. A 335 metros sobre el nivel del mar. Alto, pero más lejos, del mar. Estoy en un salón algo extraño por su para mí desacostumbrada altura. Pero agradable por la policromía del alicatado. Me sobra espacio alrededor y la calle entera parece penetrar por los amplios ventanales. Gente hay, no falta. Las conversaciones se entrecruzan y confunden hasta convertirse en murmullo.

Pero suenan unas campanas y ocurre un fenómeno completamente contrario al toque de queda. Aquí no queda nadie. Unos, que dejan el dinero en la mesita; otros, que charlando, van saliendo... y todos, que toman rumbo conocido: a trabajar. ¿Qué hago? ¡A la calle!

Y lo primero que topo no es calle, sino plaza: la de Espronceda

EL PALACIO DONDE NACIÓ ESPRONCEDA

Ni entro ni salgo en la cuestión de si Espronceda nació o dejó de nacer en Almendralejo. En todo caso fué un nacimiento de transeúnte, algo muy accidental en su vida. Y no recordó la ciu-

dad de los almendros. ¿Convenía, adecuaba a su carácter un origen de almendros? Almendralejo, sin embargo, lo tiene apuntado en sus anales. Y procura dejar o poner visible constancia: plaza de Espronceda, parque de Espronceda, cine de Espronceda. Y señala incluso el lugar de nacimiento.

—Aquí nació.

La casa o palacio es, desde luego, para acordarse toda la vida. Un encanto, y démosle a la palabra todo su valor. Queda uno encantado. Un triunfo de la proporción: ni alta, ni baja, ni ancha, ni estrecha de fachada. Esta tiene un color amarillo limón, tirando a ocre, una especie de rubio tostado—ocafieso mi incapacidad para determinar colores—, enortijada su frente y ángulos exteriores con blasones de piedra. Puerta de buena madera, en que titilan clavos y aldabones reflejados al sol. Y tras el umbral, en pleno zaguán, Sevilla, pero la Sevilla más refinada: cancela de arte y luego el patio.

Espronceda sabría por qué olvidó su cuna. A cualquier visitante, por el contrario, le brotan ganas en demasía para quedarse aquí.

Cuando bajaba la escalera, lento y perezoso por influencia del ambiente, oí decir, entre dientes, a mi acompañante:

—Fruto ácido y amargo de la tierra.

He ahí una descripción de Espronceda hecha con sabores, cosa muy natural en Almendralejo, ciudad que hay que conocer por el paladar.

UNA IGLESIA QUE ES UN MUSEO MODERNO

A pocos pasos del palacio de Monsalud, una encrucijada—sería algo pretencioso llamarla plaza—me sitúa entre la parroquia, el Ayuntamiento y la Casa Sindical. Tres puntos cardinales de la ciudad. Me atrae el escudo imperial de Carlos V, que resalta en uno de los contrafuertes del ábside parroquial. Tengo una pista en el tiempo de la parroquia, que luego confirma el estilo renacentista: hay gótico, plateresco y herreriano. Y el altar mayor, que es reproducción, evoca a Gregorio Hernández. Así que, démosle de nacimiento el siglo XVI, bajo la mano de la Orden de Santiago.

—Pero lo que hay dentro es más reciente. Vamos a verlo.

Dicho y hecho. Sigo fielmente al señor Anisis Rebolledo. Voy detrás de su alto y grueso cuerpo, vestido de negro.

Tiramos por un callejón, a la derecha, hasta parar bajo un pasadizo moderno, franqueada una pequeña puerta, nos encontramos pronto en la capilla del sagrario, de reciente factura o restauración. Frescos murales en abundancia y mucha riqueza en el exorno.

—En el siglo pasado—me dice Anisis entre hondas inspiraciones—se derrumbó esto de noche. Era sacristía.

Y quedamos suspensos en la contemplación de la pintura, girando de cuando en cuando la cabeza, cada uno por su cuenta y fin.

—A los marqueses de Monsalud y a doña Amalia Durán debemos la reposición.

La iglesia, a la que se pasa por

amplio arco sin verja, es impresionante por su fastuosidad y relieve artístico. Una sola nave con bóveda de medio cañón. Espaciosa, solemne. Cuatro frescos murales de gran magnitud—unos 10 por 5 metros, cada uno—decoran sus muros laterales, obra de pintores italianos actuales: Membriani, Octavio Bernardi. Con los ojos un poco turbados por la impresión, voy recorriendo metro a metro toda la superficie interna del recinto sagrado. No veo más que arte. ¿Una iglesia? ¿Un museo? Sólo quedan libres, por su ineludible necesidad, cuatro espacios para altares. Pero nada más. Lo restante, arte. En los muros, en la bóveda también pintada con frescos, en el altar mayor... El retablo mayor, obra de los padres Salesianos, que en su tiempo costó 400.000 pesetas, es un políptico con 23 imágenes.

Oigo que me hablan, pero no oigo lo que me hablan. Veo, sólo lo veo. Veo una efigie de la Virgen del Carmen sobre nubes, asistida de ángeles, uno de los cuales porta un áncora. Veo que miran y extienden sus brazos generosos a una columna de hombres flácidos y semidesnudos que por un desfiladero ascienden a la cumbre en ansia de acercamiento a la Madre. Aunque predominan los tonos verdosos y violáceos, las figuras alargadas evocan al Greco. Es obra de Membrini.

LA CIUDAD QUE NO SABE PEDIR

—Le decía a usted—aclara acercándose el señor Anisis—que todo esto es reciente, muy reciente. Y le miro.

—Sí. De 1941 el altar mayor y de 1946 los frescos murales.

El señor Anisis difunde y me contagia su entusiasmo, muy expresivo, muy elocuente y gráfico.

—Todo—insiste corroborando con gestos—ha sido sufragado por el pueblo. Ni una perra chica de afuera.

—¿Y cómo?

—Pagando un canon por fanega de aceituna y arroba de vino.

—Ya.

—Y con donativos espontáneos, no pocos.

—Ya.

Y toma un porte solemne.

—Almendralejo es la ciudad que no sabe pedir. Aquí, todo lo hecho ha salido de la ciudad. Ni un céntimo de Regiones Devastadas.

—¿Y para las demás cosas a extramuros de este templo?

—Almendralejo no sabe pedir.

Hace un descanso en su discurso (inter nos). Pero por poco tiempo, porque en seguida se rectifica sin previa intervención mía.

—Aquí—me dice casi al oído en tono de solenne confianza, y sonriente—el único que sabe pedir es el párroco. ¡Y qué bien lo emplea todo! Por eso cumple siempre sus propósitos.

Observo su gozosa satisfacción ante la esplendente realidad que nos rodea.

—¿X qué párroco ha sido el realizador?

—Lo irrió don José Cano Gil y lo ha ultimado el actual, don Manuel Alemán Carbajal.

Por el rabillo del ojo veo que no deja de mirar, siempre que puede, cuanto hay en la iglesia, como recontándolo.

—Esa posibilidad, ese hecho, de reponerse sin ayuda exterior es buena señal—le digo balloteando el índice con el pulgar.

—Si; pero nos brean con las contribuciones.

Si; hay aquí un poco de manía persecutoria por las contribuciones. Carga al fisco. Pero, por lo visto, se puede. El Ayuntamiento, aparte de sus atenciones con la iglesia, mantiene el estadio de deportes y subvenciona con 75.000 pesetas al Instituto Laboral.

Una anécdota, que luego contó el sacerdote don Marcos, vino a corroborar este diálogo. El Gobernador Civil de la provincia fué a informar al entonces Ministro de la Gobernación, general Martínez Anido.

—¿Qué tal este pueblo?—preguntó el Ministro.

—Regular.

—¿Y este otro?

—Tiene tal problema—contestó el Gobernador.

Y así fueron desfilando los pueblos, cuyos nombres y problemas silencio.

—¿Y Almendralejo?

—Allí, señor Ministro, dinero y fanfarria.

EL MISMO NUMERO DE PROPIETARIOS QUE BRACEROS

Hay dinero. Es cierto. Es la suma, o mejor el resultado, de multiplicar la tierra por la laboriosidad de los almendralejeños. El multiplicador verdadero es la industria. Todo se junta en busca de la riqueza. Las 16.600 hectáreas de término de las que unas 100 están ocupadas por edificaciones, le dan abundantes y buenos cereales, exquisita y dulce uva y aceitunas en buen número. Merecen subrayado los melones y sandías, frutos bien concretos del ambiente: la dulzura. Todo en secano. De regadío, sólo las huertas indispensables para el consumo local.

Todo sale de 1.400 hectáreas de viñas, 5.100 de cereales y olivares. No mucho. No mucho, pero bien repartido: 1.678 propietarios. Es decir, tantos propietarios como braceros, que son unos 1.110 eventuales y 500 ó 600 fijos. Así resulta que labradores autónomos, es decir, familias que se lo trabajan todo, hay 1.400. Sólo 150 arrendatarios y 90 aparceros.

—¿Es mucha la producción por fanega de tierra?

El agricultor a quien pregunto queda recordando, tal vez reflexionando. Le estimulo.

—No creo que aumente la contribución por decir la verdad.

—Viene siendo por término medio—dice lento—unas 25 fanegas de trigo. Y de cebada, 30.

—¿Y máquinas?

—No está mal.

La máquina agrícola es una necesidad, y también un problema. Una necesidad económica, pero en muchos casos un problema social. Provoca paro. Y el Estado, en consecuencia, ha tomado sus medidas. Por eso el número de máquinas está a veces entre nieblas. Aquí, en Almendralejo, parece que hay unas 110 sembradoras, 65 segadoras-atadoras, 2.500 arados múltiples, 20 tractores y 250 carros.

—Por lo que veo, la propiedad está bastante repartida.

—Fues, sí.

—¿Y muy partida?

—Una extensión media en las

fincas de tres a cinco fanegas. Y las hay menores, no pocas.

Y me mira receloso.

MELENAS Y FALDAS CORTAS

Andando y andando, y no es poco lo que hay que andar para poder conocer la ciudad, se da una cuenta de que es reciente, moderna. Pocos vestigios de la antigüedad: la fábrica de la parroquia, la iglesia barroca de San Antonio, el convento de Santa Clara, donde se hacían unas finisimas y delicadas «yemas» y tartas para Lhardy, las ermitas de la Piedad y Santiago... Pero se nota a simple vista que es moderna y bien urbanizada.

—Tuvo Almendralejo un Alcalde eminente, don Ricardo Romero de Tejada, a quien todos recuerdan por haber puesto los cimientos de su transformación urbana—dice don Marcos.

Don Marcos Suárez Murillo es un sacerdote, ya anciano, pero de mucha agilidad física y mental. Algo menudo, pelado a rape y con los pabellones de las orejas muy estirados, su misma fisonomía anuncia su agudeza. Agudo y conservador, porque su memoria es la historia palpitante de Almendralejo. En la feria de Santiago de 1929 se quemó el archivo municipal, pero mientras viva don Marcos no hace falta. Es graciosa, graciosísima su mirada: mirada de niño avisado. De esta manera predispone a la simpatía, que conquista por completo apenas habla, porque su locución es amena, amenísima y pródiga, condimentada con fino humor. Veo que trata con cariño paternal a cuantos hombres de saber hay en la ciudad, y éstos jamás soslayan la sabia pericia del humilde sacerdote. En realidad, don Marcos es el libro de consulta. Estando en Almendralejo, hay que ir por casa, por la modesta casa de don Marcos. —Aquella obra de don Ricardo Romero culminó en tiempos de don Francisco Montero de Espinosa, otro Alcalde de perdurable memoria, aunque vivo todavía. Un extremeño de solera.

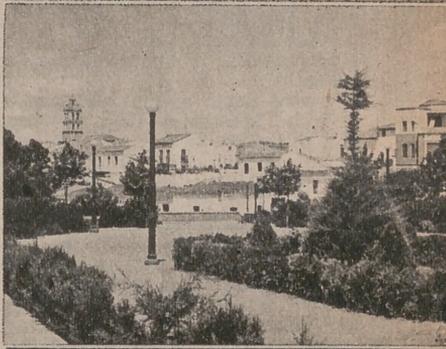
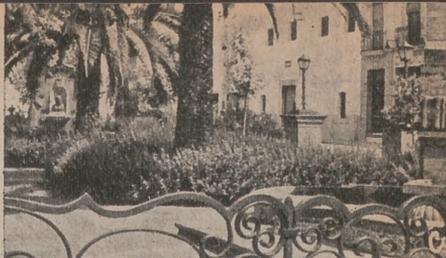
Vive don Paco Montero—como le llama don Marcos. A sus ochenta y cuatro años, maneja el volante del coche sin temor al pulso.

—Pero hay que hablarle por señas.

Desde luego, es un problema, aunque nada me extraña en su vitalidad, extraordinaria según lo referido. Don Francisco Montero es el Alcalde de Almendralejo que dió la vuelta al mundo en alas de la información y la crítica a consecuencia de una decisión autoritaria, luego ampliada y explicada en un libro, que bajo el título de «Melenas y faldas cortas», traducido a varios idiomas, tuvo mucho eco polémico en España y en el extranjero.

Y la cosa fué así: andaban estudiando y discutiendo en el pleno del Ayuntamiento los arbitrios para el ejercicio económico corriente. Problema poco fácil. No había manera de lograr coincidencia en la cuantía, así que la cantidad suficiente y necesaria quedaban siempre lejos. Cada cual hablaba tocándose el bolsillo. De pronto, don Francisco Montero, silencioso y observador, se sacó de la manga una solución:

—Que paguen un tributo las mujeres que se hayan cortado el



Tres perspectivas de la ciudad extremeña que, día a día, gana y mejor

pelo y lleven faldas al nivel de las rodillas.

Tuvo efecto en el Concejo. Pero mucho más tuvo fuera. A los dos días empezó a recibir cartas y más cartas de Madrid, de Barcelona, de toda España, pidiéndole datos.

—Pero ¿qué pasa?—se preguntaba.

El hombre quedó al principio algo aturdido por el bombardeo epistolar. Y vengan cartas. Pero ya, del extranjero, de América sobre todo.

—Nunca pude sospechar que mis palabras tuviesen resonancia más allá del pueblo.

Y fué a Madrid. En Madrid tomó la cosa otro cariz: entrevistas y fotografías. Popular.

—En Madrid me miraban con infantil y picarresca curiosidad.

¡Claro! ¡Como que se convirtió en una versión especial de Alcalde de Móstoles frente a la invasión de la moda! Y ¡con efecto! En viaje de regreso de Madrid tuvo que parar el coche por avería junto a Navalmoral de la Mata. Y dió la casualidad de que por allí cerca había una mujer algo a la moda.

—¿Es usted el Alcalde de Almendralejo?—le preguntó tímido un hombre.

—Sí—contestó, suspendiendo su tarea.

—Es que...—y señalaba a la mujer. Usted comprenderá...

Arrastrado por la corriente, tuvo el señor Montero Espinosa que publicar el libro «Melenas y faldas cortas», en que recopila todas las cartas y artículos, en prosa y en verso.

Su juicio acerca de la mujer ante la moda es el siguiente; ellas mismas no están convencidas de la elegancia de estas modas y por eso animan a otras amigas.

Ha escrito más; el prólogo de un libro de Angela Sánchez de Ballesteros, titulado «La perfecta soltera». Hizo el epílogo don Marcos.

A don Francisco debe Almendralejo: abastecimiento de agua, pavimentaciones de calles, grupos escolares... Ahora su obra social es costear becas para el Seminario.

UNA EMPRESA QUE EDITA UNA REVISTA PARA SUS OBREROS

Sin cortar el chorro histórico, que así puede llamarse la conversación de don Marcos, hay que salir de nuevo a la calle. Sé que residen en Almendralejo varios títulos, entre ellos el marqués de la Encomienda, cuya repleta biblioteca es del máximo interés.

—Usted tiene pocos libros—dijo a don Marcos.

—Los he repartido. Pronto voy a morir. Y sé lo que pasa con los curas.

—Otro título de aquí es el marqués de Mensalud. Uno de ellos, don Juan Nieto, organizó durante la guerra de la Independencia un batallón de Caballería, al que puso «María Luisa».

—Poca suerte tuvo el batallón. En la encarnizada batalla de Medellín fué tal la adversidad que no pararon de correr hasta aquí.

—No adivinará usted cómo le motejaron después.

—No.

—Batallón de «María Juey».

Y salimos a la calle para internarnos en la zona industrial. Hay fábricas de curtidos, petacas, productos farmacéuticos, calzados, conservas vegetales, dulces y turroneos y caramelos; un maderero industrial, almacén de piensos... Son tres las de aderezo de aceituna y aceites de crujo, once las de aceite de oliva, ochó las de anisados y licores, cuatro las de jabones, una refinadora de aceite y 225 bodegas de elaboración de vinos.

La industria de Almendralejo estará en relativa crisis hasta que se resuelva el problema del agua.

Muy contundente lo afirma don Angel Hidalgo Barquero, que, aunque natural de Don Benito, no deja de tener pasión por Almendralejo. Es un profesor de letras del Instituto Laboral. Joven, fornido, de mucha vitalidad, que desgasta un poco en quitar y poner en su boca la cachimba. Un hombre de muy sanos y nobles propósitos. De la heroica Vieja Guardia de Don Benito, oficial de las Brigadas Navarras, combatiente en la División Azul. Uno de los grandes promotores de la vida cultural en Almendralejo: conferencias, Exposiciones...

En vista de ello hay que preguntar al Alcalde, don Tomás de la Hera Blasco, hombre también joven, menudo, de color algo acetonado, de mirada viva y despierta, activo, emprendedor por su condición de hombre de negocios. Abogado.

—El pasado año falló el agua desde octubre a enero.

—¿Y qué solución hay prevista?

—En el Ministerio de Obras

Públicas hay ya un expediente, iniciado en 1950, para financiación de las obras de un nuevo embalse de millón y medio de metros cúbicos. Su incorporación a la distribución actual aseguraría el abastecimiento por cuarenta años.

Este, por lo visto, es el problema capital del Almendralejo a partir de su intensa industrialización, que comenzó hace quince años. Porque el de la vivienda, aunque existe, está en curso de solución: 48 terminadas, 54 empezadas y 200 en proyecto. Todas ellas municipales, en colaboración con la Obra Sindical del Hogar. Y algunas empresas también colaboran, como la de Zarcarias de la Hera, que a fines de este año o principios del inmediato repartirá 42 entre sus obreros.

Esta misma empresa, que dirige como propietario el mismo Alcalde, publica una revista bimensual para sus propios obreros: «Adelante», órgano interior de la fábrica.

La fábrica es fábrica de muchas cosas: vinos, alcoholes, aceites, jabones... Todos los derivados del olivo y la vid. Ocupan 12 y 50.000 metros cuadrados, donde hallan ocupación ochenta obreros fijos y doscientos en el período de recolección.

—¿Qué se ha propuesto con la revista?

—Formar. Cambiar la mentalidad de los obreros.

La revista, muy cuidada y excelentemente presentada, contiene de todo: consejos, máximas, vidas ejemplares, artículos laborales, vida de sociedad de los mismos trabajadores, poesías... Colaboran también los mismos obreros. Y su director es el maestro jabonero, don Joaquín Folquet.

Así.

LOS SUSPIROS DE ALMENDRALEJO

Y seguimos por las calles.

—¿Qué ambiente cultural hay, señor Hidalgo?

—Hay cierta inquietud espiritual y cultural en estos grandes pueblos. Pero se nota el alejamiento de los grandes centros, como Madrid. Faltan bibliotecas grandes. Todo hay que comprarlo. Es un problema cultural.

—Un problema común a casi todos los pueblos grandes o ciudades.

—A las representaciones clásicas de Mérida asistieron muchos campesinos. ¿Por qué no llegan los festivales artísticos a estos pueblos donde hay ansia?

—¿Y qué función cumple en este aspecto el Instituto Laboral?

—Aunque comarcal, no tiene todavía residencia. Hubo este año cien alumnos. En ciclos de conferencias, aparte de las enseñanzas específicas del centro, se procura exaltar los valores regionales. Hay clase además de instrucción musical, y la banda de música del Instituto, subvencionada por el Ayuntamiento, actúa como municipal.

Corta la conversación para decir:

—Esa es una fábrica de caramelos.

La fábrica es «El Triunfo», de Toribio Fernández, laureada con diploma de honor y medalla de

oro en la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

—El caramelo está de retirada.

—No, crea usted—contesta muy seguro el dueño.—Vuelve la afición.

Mira y abre una bolsa grande.

—Pruebe.

—¡Hombre! El caramelo «baúl».

—Ese es el nuestro. El típico de Almendralejo tiene forma de baúl.

—¿Y esto qué es?

—Azúcar y esencia. La clave está en darle el punto.

Al decir eso del punto junta con sumo cuidado los dedos índice y pulgar.

Y seguimos dulcemente por las calles. Ahora, de un modo muy real y concreto, gracias a los caramelos «baúl» de Toribio Fernández. Y nos llega un tufillo báquico. ¡El vino! Son más de 200 las bodegas.

Va creciendo el tufillo a medida que nos acercamos a unas paredes blancas, lisas, en las que un enorme portalón da acceso a un patio adornado con flores, como si se tratase de una finca de recreo. El tufillo se hace más tenso. Ya no se huele, sino que se saborea. Miro: bodegas Montero, fundada en 1860. Caigo en la cuenta: de aquí sale el vermut, el vermut «Caballo Blanco», que sobre el pequeño y portátil hipódromo de los cromos ha recorrido incansable España.

—Esto es para verlo.

—Pero, ¡nada más!

Sonríe muy oficioso el señor Rodríguez Francisco, que es el apoderado desde 1915.

Y nos adelantamos por las enormes naves, frescas, y que dan buena sensación de hueco. Los desmesurados conos hacen de caja de resonancia.

—¿Cuánto hace ése?

—Mil arrobas.

Para llegar a las bocas hay que subir por una escalerilla, que da paso a un corredorcito bordeado por barandilla de hierro a todo lo largo.

—Me mareo—nos dice con sorpresa el señor Anisis, quien pronto vino a nosotros y a cuya compañía mucho he de agradecer.

—Pero... por la altura será.

—¡Claro!

Los conos están vacíos. Pero impone su oscura y sonora oscuridad.

—Vengan.

Y vamos a una especie de cuspita de campo, dentro de la bodega: techo bajo, chimenea de ladrillo, un pequeño mostrador de bar simulado, trétilo oscuro con asientos de enea.

—¡Este!—dice levantando una copa.

Brindando así en la bodega de don Juan Luis Montero Ochoa hay que despedirse de Almendralejo.

Al ver las etiquetas de las cubas apiladas, que indican rumbos dentro y fuera de España, salta a la memoria el contraste de no haber un comercio local adecuado a tanta industria.

—Ni tenemos una estación de ferrocarril adecuada ni mercados o ferias quincenales—oigo decir.

Esto y la falta de cantores de la tierra son los suspiros de Almendralejo.

JIMENEZ SUTIL
(Enviado especial.)

DOS IDOLOS QUE NO SON DE BARRO

YOUNG MARTIN Y FRED GALIANA, CAMPEONES EUROPEOS DE BOXEO

DE GALAPAGAR
A NOTTINGHAM
Y PARIS

DOS TITULOS A
30 DIAS VISTA

La oficina de telégrafos de la ciudad inglesa de Nottingham cursaba en la noche del 3 de octubre de este año un despacho sencillo y breve con destino a una castiza calle del barrio madrileño de Embajadores: «Gammadrillo por k. o. en doce asaltos. Abrazos de Quinín.»

Así, escuetamente, Martín Marco Voto—Young Martín en el mundillo del ring—, nuevo campeón de Europa de los pesos mosca, daba la noticia a su novia del triunfo sobre el minero galés Dai Dower. El valor, la dureza y la rapidez de este deportista de Cuatro Caminos habían conseguido derribar al inglés hasta once veces durante el combate y arrebatarle el título. El vencido no conocía la derrota en las 39 peleas que disputó antes del encuentro con el madrileño. Desde hacía veintiocho años, con Victor Ferrand, España no conquistaba el campeonato europeo del peso mosca.

Aun se mantenía vivo el entusiasmo de los aficionados españoles por el triunfo logrado cuando, un mes más tarde, ni un día más ni un día menos, exactamente en la noche del 3 de noviembre, desde un teléfono del Palacio de los Deportes de París, se pedía una conferencia con Martá:

—Madre, soy Fred; he cumplido lo que te prometí y ya soy campeón... No he recibido ningún daño...

Con estas palabras, entrecortadas aún por la excitación del combate, Exuperancio Galiana Díaz—Fred Galiana en el deporte— comunicaba la noticia de haber conquistado el título de cam-



Los dos campeones españoles: Martín y Galiana

peón europeo de los pesos pluma después de pelear seis asaltos de los 15 que contaba el encuentro. El ídolo vencido era esta vez el veterano francés Ray Famechon, que ostentaba el galardón desde el año 1948 y que lo había defendido victoriosamente en 13 encuentros.

Dos grandes triunfos del pugilismo español ganados limpiamente por dos modestos deportistas, madrileño uno y toledano el otro. Un par de galardones internacionales al entusiasmo y a la vocación.

EL BALON ANTES QUE LOS GUANTES

La afición al boxeo de Young Martín viene desde que él era un arrapiezo y se reunía con amigos de su edad en los solares y desmontes del paseo de Ronda, Doctor Federico Rubio y calle del Canal.

—Mi padre se dedicaba al transporte y tenía carros de mulas. En mi casa no faltaba na-

da. Eramos cinco hermanos: Antonio, Fernando, Angel, Angelines y yo; ahora ellos están casados y hacen vida independiente. Cuando tenía doce años mi padre murió y vendimos el negocio para comprar la casita que habito con mi madre.

Young Martín vive muy cerca de la Dehesa de la Villa, en una callejuela de Vella Vista, de la barriada de Cuatro Caminos. El edificio es de una sola planta y tiene tres habitaciones, comedor, cocina y patio en la parte posterior. Aquí existe una acacia que extiende sus ramas sobre un cobertizo utilizado como gallinero. En el patio hay además otro tinglado de madera donde el campeón guarda la motocicleta adquirida últimamente. Y en las ventanas, al pie de los muros del edificio, junto al vallado, tiestos y macetas de claveles, hortensias y geranios. El hogar es limpio y modesto, amueblado con lo indispensable, sin ninguna concesión a lo superfluo; una flamante ne-

vera colocada en el comedor, en lugar preferente, es, sin duda, el mueble más nuevo y cuidado con mayor esmero.

—La nevera la compré yo este verano; no esperaba poder darme este capricho cuando era pequeño, y me escapaba de la escuela para irme a jugar al fútbol...

El campo de la Bomba y el solar del Carbonero eran los lugares elegidos por el futuro campeón para hacer deporte. En aquel entonces ese muchacho rechonchete, ágil y rápido, de diez a doce años, soñaba más con la fama de un Ben Barek o de un Zarra adquirida dando puntapiés a un pelotón de cuero, que con las glorias de un Dempsey o de un Jack Johnson asestando directos con guantes a las mandíbulas de los contrincantes. Hasta que una mañana el equipo de la barriada se quedó sin el delantero centro titular. La chiquillería estaba indignada:

—¿Dónde se ha metido ese Martín?

—No podemos jugar hasta que no venga; el balón lo guarda él.

Martín llegó con una hora de retraso para entregar la pelota. La discusión pasó a mayores y las piedras surcaban los aires como si fueran balas.

—Las dos únicas cicatrices que tengo en el rostro son de peñadas.

Young Martín desde aquel día decidió abandonar los terrenos de la Bomba y del Carbonero para ir diariamente al Cerro de los Locos.

EL CERRO DE LOS LOCOS, ESCUELA DE CAMPEONES

En la Dehesa de la Villa, a la sombra de los magníficos ejemplares de pinos durante los veranos, o simplemente expuesto al viento helado de Guadarrama en invierno existe un paraje donde se congregan muchos modestos deportistas para ejercitar sus músculos. Allí, tanto se ensaya un

paño de pecho con una franela roja como se hace gimnasia sueca o se endurecen los huesos de la muñeca contra un «punching» suspendido de una rama. Próximo al lugar corre una vena de agua procedente del canal que se utiliza para refrescar las gargantas y los músculos de los atletas o de los artistas del toreo. El paraje es conocido por el Cerro de los Locos.

Allí se entrenaban los que años después serían los astros más brillantes del pugilismo español. Valdés, Juanito Martín, Luis de Santiago, Mengibar, Monzón, conocieron el calor, el frío y la vena de agua del Cerro. Para «Quinín», Young Martín, el espectáculo de ver entrenarse a los futuros boxeadores era apasionante. Saltos a la cuerda, ejercicios gimnásticos, combates de entrenamiento...

—Iba todos los días con mi amigo Saturnino. Pasaba horas y horas, hasta que a los dos meses me decidí a hacer gimnasia por mi cuenta. Solamente quería ser fuerte y ágil. Me colgaba de las ramas y hacía flexiones de brazos. A los catorce años resolví nacerme boxeador.

Young Martín se agenció un par de guantes y empezó a dar puñetazos al aire, pues no tenía con quién medir sus fuerzas. Pero el juego le divertía y ensayaba posiciones y actitudes vigilando su sombra en el suelo duro y pelado del Cerro de los Locos. Se convenció de la necesidad de ponerse en manos de un experto y se presentó en el gimnasio de la Ferroviaria.

—Estuve yendo allí durante tres meses sin que nadie me hiciera caso. Aproveché una oportunidad y me acerqué a Francisco González, que se dedicaba a entrenar solamente a boxeadores «amateurs». La contestación fue tajante:

—Querido amiguito, no tengo bastante tiempo para dedicar a los míos y ¿cómo te imaginas que lo voy a tener para ti...?

El futuro campeón no se desanimó. Habló con unos y con otros hasta que encontró un amigo en buenas relaciones con Francisco González. Esta buena persona recomendó a Young Martín como si se tratara de un primo suyo, y, por ello, Francisco González accedió a hacerse cargo del entrenamiento del campeón. El «manager» le dijo la primera tarde de ejercicios:

—No sé si podrás dar mucho de sí...

LA QUINIOLA DEL TRIUNFO DE YOUNG MARTÍN: 37 VICTORIAS EN 45 COMBATES

Young Martín estaba resuelto a llegar muy lejos y se sometió disciplinadamente a las orientaciones del maestro. Empezaron los madrugones para hacer «footings», las comidas nutritivas y sin excesos, las privaciones de alcohol y tabaco, la constancia a los entrenamientos y el retirarse a descansar en las primeras horas de la noche. Así transcurrieron tres años, hasta que cumplió los diecisiete.

—A veces perdía las esperanzas; me dedicaba solamente a ejercitar a los que habían ganado algún trofeo. Pero al fin hice mi primera pelea en público...

Fué en el campo del Gas, contra Fernando Izquierdo, y Young Martín obtuvo su primer triunfo «amateur», venciendo a su rival por puntos. Hasta los diecinueve años perteneció a las filas del pugilismo aficionado y ganó los títulos de campeón de Castilla, de Gas-Madrid y los trofeos de Vallecas y del diario «Pueblo». Disputó 25 combates y venció en todos ellos. Su «manager», Francisco González, tuvo que decirle:

—Tú darás mucho de sí y puedes llegar a ser un gran campeón en el campo profesional si mantienes la disciplina y eres exigente contigo mismo.

A los veinte años Young Martín debutaba como profesional con un encuentro contra Antonio Azofra, en Madrid, a quien puso fuera de combate al segundo asalto. Sigue el año 1950 y le toca pelear con Lucas del Castillo, que es derrotado por abandono al tercer asalto. Más tarde mide sus fuerzas con Jimeró, González Incera... y se deshace de sus rivales por k. o.

La carrera pugilística del madrileño del Cerro de los Locos es brillantísima, modelo de pundonor y de corrección. Es ya el ídolo de la barriada madrileña de Cuatro Caminos. Su tertulia en el café Los Andes cuenta cada vez con mayor número de admiradores.

—«Quinín», tienes que ir ya al extranjero.

Y Young Martín va a Alemania, disputa dos combates y los gana por k. o. En París logra tres victorias en otros tantos encuentros. En el ring es duro, rápido, incansable. En el extranjero dicen los técnicos que es como un camión desbocado. Le llaman también «Bola de Fuego». En 1952 vence a Miguel Mur, por abandono de éste al octavo asalto, y conquista el título de campeón de España.

—Fue muy dura la pelea y la gané a pesar de haberme fracturado la mano.



En la fotografía de la izquierda puede verse a Young Martín a hombros de los aficionados cuando trajo a Madrid el título de campeón europeo de los moscas.—En la derecha, Fred Galiana disfruta de análogo sentimiento en el aeropuerto de Barajas

Combate con los mejores púgiles extranjeros de su categoría: Espinosa, Oglitetti, Desplanque, Lombardozi, Meunier... y sus triunfos se cuentan por peleas. En 1953 llega el momento de aspirar al título europeo y se enfrenta al francés Louis Skena. Después de llevar ganados trece asaltos, fué derribado en el siguiente y el árbitro suspendió el combate por inferioridad del madrileño. Un golpe de suerte de Skena alejaba ahora la posibilidad de ser campeón Young Martín.

—Lloré de rabia por mi inexperiencia. Ahora no me hubiera ocurrido...

El madrileño se recuperó y hasta el pasado verano, que se recluye en Galapagar, sigue peleando con ardor, pudiendo ostentar un record pocas veces igualado de 45 combates, de los que gana 37, hace tablas en dos y pierde seis. El próximo encuentro, el número 46, sería por el título europeo de campeón de los pesos mosca. Era preciso un entrenamiento minucioso, y para ello elige Galapagar como lugar ideal, al pie de las montañas que enviaban el viento frío y sutil al Cerro de los Locos. El hombre escogido para dirigir la preparación es Julio Avernin, el francés que llegó a Barcelona hace una treintena de años para celebrar un combate y que se quedó para siempre en España. Julio Avernin era el preparador de Baltasar Sangchilli, el único púgil nuestro que ha ganado un título mundial de boxeo. Antes de ir a Galapagar el francés había dicho:

—Yo hice un campeón español del mundo, y ahora voy a hacer dos campeones de Europa...

El otro que tenía que ir a Galapagar para ser campeón de Europa era Galiana.

GALAPAGAR, CUARTEL GENERAL

En Galapagar hay una casa-mesón que parece colocada en un nido de águilas, rodeada de matorrals, jaras y tomillos. Las estribaciones de la Sierra son allí ásperas. Grandes moles de granito surgen acá y allá entre la maleza. Ante la casa, una amplia explanada, con mesas de piedra y árboles, desde donde se divisan los picachos de las montañas. En un extremo hay un ring rudimentario y suspendido de una rama, el saco de algodón y arena. Sentados en unas butacas de mimbre se hallan Fred Galiana, Young Martín, Julio Avernin y los entrenadores Manolo García, Emilio Orozco y Carmelo Beraza. El día ha sido caluroso, pero en esta hora de la tarde corre un venticillo reconfortante.

—Has tenido suerte, Martín, en ser el primero que vas a ganar el título; yo todavía he de esperar a que Ray Famechon decida de una vez la fecha.

—Si yo venzo ya verás como a ti te pasará lo mismo, más pronto o más tarde...

—Es que ya estoy cansado de esta vida tan dura, esperando y esperando...

Galiana tiene razón al afirmar que es sacrificada la vida en Galapagar. A las ocho de la mañana, diana y marcha de siete a nueve kilómetros; después, desayuno, que consiste en un vaso de



A la izquierda, el preparador de ambos, Jules Avernin, recibe, con sus discípulos, el entusiasmo de la afición.—A la derecha, una de las numerosas pancartas que dieron la bienvenida a Galiana



leche. Luego, trabajo en la huerta; hasta la una, que se almuerza. El menú es apetitoso: ensaladilla, tortilla, pollo asado y fruta. La siesta dura un par de horas y hacia las seis, entrenamiento para hacer guantes, ejercicio con el saco y comba. Al anochecer, un rato de asueto para ir a Torreledones o a Galapagar, o para organizar una tertulia con los amigos que llegan de Madrid. Young Martín hace todos los días una escapada al teléfono más próximo para hablar con su novia. A las diez, todos se retiran a descansar. Y así un día y otro.

«Dina», un soberbio ejemplar



Galiana y Orozco en un entrenamiento en el gimnasio

de raza pastor-alemán, se acerca a su amo, Young Martín. Para la perra, Galapagar es un paraíso, donde disfruta de libertad y del campo para corretear a sus anchas.

—Cuidármela bien mientras yo estoy en Inglaterra... Y el caso es que el día de mañana me acordaré con gusto de esta encerrona de Galapagar... Lástima que se tenga que deshacer el grupo...

EL «ESPAÑOLITO» VIENE A GANAR POR K. O.

Irremediablemente el grupo tenía que deshacerse. Young Martín y Avernin toman el avión en Barajas con dirección a Londres. Los aficionados, los vecinos incondicionales de la barriada de Bellas Vistas dan el adiós al campeón en el aeropuerto. El cielo está limpio de nubes, y al llegar a la capital británica, la niebla lo envuelve todo. Unos cuantos españoles le reciben en los salones alfombrados del nuevo edificio del aeropuerto de Londres. Allí, los últimos consejos en buen castellano:

—Yo he visto pelear al galés, y si le pegas fuerte con la zurda, será hombre al agua.

—No te importe el público; gritará mucho, porque Dai Dower es un ídolo.

—A mí, el público me importa mientras dura el primer asalto; después, ni me entero...

En el automóvil del empresario se dirige Young Martín a Nottingham. La ciudad está a unos 200 kilómetros; es triste, con sus edificios de ladrillo rojo ennegrecidos por el humo y las nieblas.

Cuando el español sube al cuadrilátero, a las 22.10 del día 3 de octubre, el Ice-Ring se halla con sus 7.000 localidades ocupa-

das por un público que no duda del triunfo del inglés.

A Julio Avernin le habían preguntado nada más poner los pies en Gran Bretaña:

—¿Cuánto tiempo va a durar el «españolito»?

—El «españolito» viene a ganar por k. o. y a llevarse el título.

Los ingleses no suelen prodigar sus sonrisas, pero al oír la respuesta de Avernin se rieron. El propio empresario comprendió que el asunto no iba en broma y apostó 2.000 libras por el «españolito» de Cuatro Caminos, que en moneda madrileña supone cerca de un cuarto de millón de pesetas.

El combate estaba estipulado en 15 asaltos, y al dozeavo, el minero galés estaba tendido en la lona sin poder levantarse antes de la cuenta. La señora Evelyn Dower, esposa del púgil vencedor, se encontraba sentada junto al ring, sollozando y ocultando su rostro con la manos para no presenciar el castigo infligido a su marido. Los puños de Young Martín habían sido duros, rápidos, incansables. La potencia de su pegada no se había visto nunca en púgiles de la categoría mosca. La Prensa diría al día siguiente que el español era «un marciano en miniatura». Su empuje había ganado las simpatías del público a partir del séptimo asalto, y lo que antes era hostilidad se transformó en aplausos y aliento.

Otro avión devolvió a Young Martín de la bruma inglesa al Madrid soleado y cálido de admiración por el campeón de Europa. El «españolito» lloraba emocionado cuando pasaba en triunfo por la calle de Francos Rodríguez, camino de su casa, con todo el vecindario en las aceras para saludarle.

FRED GALIANA CONQUISTA PARIS

El grupo de Galapagar se desahacía definitivamente cuando Fred Galiana tomaba el avión de París. En el historial suyo había 76 combates, con 61 victorias, 10 perdidos y cinco nulos. Nunca ha sido puesto fuera de combate. Bruselas, París, Marsella, Narbona... conocen bien el estilo del boxeador nacido en Quintanar de la Orden. Galiana es espectacular, elegante, técnico y ardoroso. Ha medido sus fuerzas con púgiles de la categoría del belga Louis Cabó, de los franceses Falkner, Domesnil, Carrara, Bonnardell y Meraint; con los ingleses Sammy, Bonnici y Jimmy Black.

Cuando Fred Galiana llega al aeropuerto de Le Bourget, se ve envuelto por periodistas, fotógrafos, operadores de cine. Su popularidad en París sólo puede com-

pararse a la que despertaba el célebre Ray «Sugar» Robinson. Galiana llena el primer plano de la actualidad parisiense junto con la venida a la capital del Sultán Ben Yusef. Las localidades para el combate se cotizan, en taquilla, a 5.000 francos. Jules Avernin se lleva a su patrocinado a un hotel retirado, cerca de la Porte Dorée, abierto al aire puro del Bosque de Vincennes.

Mientras Fred Galiana se esfuerza en burlar el acoso de los periodistas y admiradores, Ray Famechon se entrena sin descanso en la Sala Guerant. Su preparador ha hecho construirle un ring especial, flexible, para que no se tensen los músculos del púgil.

Ray Famechon es un enemigo difícil, que calzó los guantes por vez primera a sus dieciséis años, y tiene ahora treinta y uno. Con dieciocho años era ya campeón de Francia «amateur» del peso mosca. Meses después conquistaba el Criterium de los Ases, en la categoría pluma. No cesa de cosechar galardones hasta que se adjudica el Campeonato de Europa, con veinticuatro años. Famechon había barrido materialmente al boxeador español Luis de Santiago, en un encuentro celebrado en el estadio Metropolitano madrileño. Su nariz aplastada, sus ojos semicerrados por los golpes, la boca ancha, los labios carnosos y su cuello grueso constituyen la estampa típica del boxeador.

La Prensa decía del toledano que su estilo, su perfil y sus ademanes eran los de un torero castizo. Famechon hubo de declarar con humor:

—No, no seré el toro que supone ese pequeño matador español...

Pero Fred Galiana se había comprometido formalmente, ante sus paisanos, a ganar el encuentro:

—Os garantizo que me traigo el título, y lo hago.

A su madre la tranquilizaba por teléfono desde París:

—Habré acabado antes del séptimo asalto. No esté preocupada por mí, que sabré defenderme y ganar el Campeonato para España, para usted y para mí.

Ahora sólo quedaba cumplir lo ofrecido.

SOBRE UN PEDESTAL DE PANA ROJA SALUDA UN CAMPEON

Por las inmediaciones del Palacio de los Deportes hay tres mil coches estacionados. Dentro del recinto, entre la gran masa de espectadores, se encuentran dos mil españoles, que tratan de ponerse de acuerdo para lanzar al unísono sus gritos de aliento. A las diez en punto del día 3 de

noviembre sube al cuadrilátero Fred Galiana, seguido de su hermano Atila y de su preparador Julio Avernin. Famechon aparece cubierto por una bata azul de cuadros blancos.

Bajo la luz de los proyectores,

el árbitro da la señal de empezar el combate. El ring está tapizado por entero de pana roja, que produce el efecto del terciopelo. El espectáculo no se olvida. El español es duro y elegante al mismo tiempo, sus movimientos son felinos. Sus fintas son perfectas y la esgrima de sus brazos electriza a la multitud. La rapidez de reflejos, la contundencia de su «punch» y la agilidad del juego de piernas van imponiendo el triunfo de Fred Galiana. El castigo que sufre el francés es durísimo. Cuando el gong suena para anunciar el comienzo del séptimo asalto, el árbitro levanta el brazo del español en señal de victoria. Sobre le cuadrilátero tapizado de rojo del Palacio de los Deportes de París, a la luz blanca de los focos, miles de espectadores, en la penumbra de la sala, contemplan la figura gallarda de un nuevo campeón de Europa. Es el ídolo sobre el pedestal de la victoria.

El vencido se retira maltrecho: tiene un ojo cegado, las cejas rotas, los pómulos abiertos y los labios cortados. La juventud, la pegada, la velocidad y la resistencia habían derribado a un campeón veterano. El nombre de Fred Galiana se suma desde ahora a la lista de los ases; junto a Carnera, a Uzcudun, Carpentier, Jeffrier, Kilbane, Burns, el apellido toledano de un hijo de Quintanar de la Orden y el nombre de un madrileño de Cuatro Caminos.

Cuando Fred Galiana se retira del Palacio de los Deportes, los taxistas se niegan a cobrarle el importe de la carrera, y en todos los establecimientos nocturnos que visita es invitado generosamente. Sus «crochets» y sus «upercuts» ganaron un título para España y la admiración de los parisienses. Y mientras la capital de Francia saludaba al púgil triunfador, allá en Quintanar de la Orden el vecindario se lanza a la calle y en el cielo castellano estallan cohetes y luminarias. La radio lleva la voz de Galiana desde el mismo ring de la victoria hasta su pueblo natal:

—... sólo quiero decir a mis paisanos que estoy orgulloso de haber cumplido mi promesa de ganar antes del séptimo asalto...

Madrid recibe con entusiasmo al campeón. Al pie de la escalera del aparato que le había traído de París está Young Martín para dar la bienvenida a Fred Galiana. Cuando éste pone el pie en la pista central de Barajas, abraza emocionado al campeón de los moscas:

—De Galapagar hemos ido a conquistar Europa...

Julio Avernin observa el grupo de los dos campeones y, con la seguridad del hombre que ha preparado a tres boxeadores que han ganado un título mundial y dos europeos, asegura:

—Se ha abierto la época del triunfo del pugilismo español; hacían falta figuras y ya las tenemos. Ahora, a trabajar para llegar más lejos...

Nottingham y París son solamente dos altos en el camino largo y seguro de Young Martín y Fred Galiana, de un camino que arranca del campo serrano de Galapagar.

Alfonso BARRA



Young Martín boxea con sus sobrinos en su casa.

DE LAS CENIZAS DEL "ESPIRITU DE GINEBRA"

HA RENACIDO EL "ESPIRITU DE EUROPA"

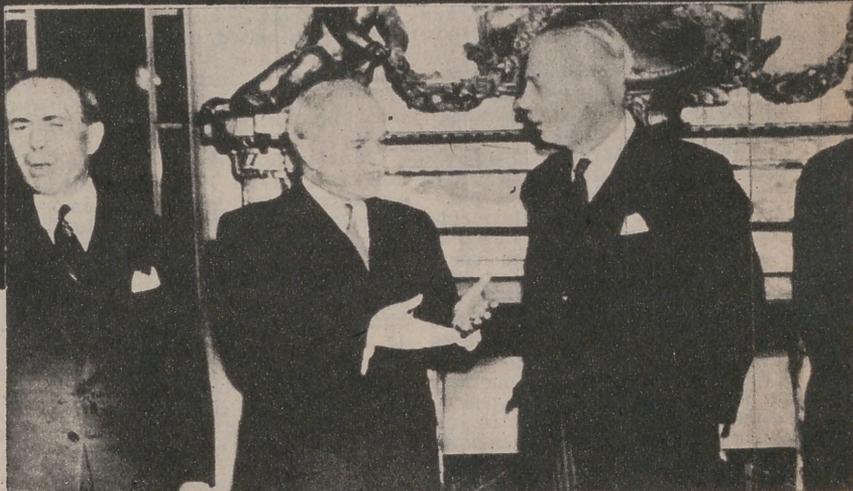
LA "OFENSIVA DE PAZ" DE RUSIA HA TERMINADO EN UN FRACASO DIPLOMATICO

HACIA UN NUEVO ENDURECIMIENTO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

DIAS antes de inaugurarse en Ginebra la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los «cuatro grandes», el departamento de Estado de los Estados Unidos, sin consultar a nadie —esto fué, al menos, lo que se dijo—, dió a la publicidad los documentos secretos (?) sobre la conferencia «top level» (al máximo nivel) que habían celebrado, en la misma Ginebra, los jefes de Gobierno de los «cuatro». Washington, a lo que se ve, quería huir de los peligros de la diplomacia secreta, que a veces depara sorpresas tan dolorosas como las de Teherán, Yalta y demás reuniones en tiempo de guerra. El «State Department» quería curarse en salud—nada por aquí, nada por allá—, y de paso —esto lo deducimos nosotros—, poner algún freno al excesivo optimismo que se había apoderado de vastísimos sectores de la opinión pública, trabajada a fondo por la propaganda del «new look» soviético.

Por los documentos en cuestión nos enteramos de que el Presidente Eisenhower había descargado algunos rotundos puñetazos sobre la mesa de la conferencia, bajo los «wagnerianos» murales de Sert—ingenuas alegorías de la paz y la concordia entre los hombres—, imponiéndole su criterio a Bulganin.

Su criterio era el de llevar por delante la reunificación de ambas Alemanias—problema número uno de la paz, desde el punto de



Los ministros de Asuntos Exteriores de Francia, Rusia, Inglaterra y Estados Unidos durante la cena ofrecida por la Delegación británica.—Abajo: Mister y Mrs. Dulles visitan la Iglesia americana en Ginebra

vista occidental—, para proceder seguidamente a la edificación de un sistema de seguridad colectiva en Europa. Por lo que ahora sabemos, Bulganin no se dejó imponer nada más que aparentemente. Agachó las orejas y esperó. Eso es todo.

A la vista de este criterio, aceptado unánimemente por los occidentales, y teniendo en cuenta cuál ha sido la actitud del Gobierno soviético en torno al problema de la reunificación alemana, dimos por descontado el fracaso de la nueva Conferencia de Ginebra, al nivel de cancilleres. Y esto es exactamente lo que ha ocurrido. Añadiremos algo más: las cosas no podían ocurrir de otra manera. Y diremos por qué

ESPIRITISMO DIPLOMATICO

En la conferencia del 18 de julio, los jefes de Gobierno no habían llegado a ningún acuerdo definitivo. Esto se vió en seguida. A falta de otra cosa que ofrecer, alguien inventó una expresión tan vaga como feliz: «El espíritu de Ginebra». Quería decirse que en ausencia de mayores logros, por lo menos se había creado un «clima» de cordialidad y de posibilidades, en el que podrían respirar, como pez en el agua, los ministros de Asuntos Exteriores cuando se reuniesen. El famoso, «espíritu», que pretendía reflejar una situación moral de «entente», se convirtió en una especie de duende o trago benéfico, que transformaría los «niets» de Molotov en conciliadores «sis», y que se sacaría de una manga el procedimiento ideal para reunificar a Alemania. Nunca se ha puesto tanta esperanza en nada tan inconsistente, tan frágil y, sobre todo, tan elusivo. Se esperaba demasiado de un duende y se confiaba excesivamente en el trabajo de los cancilleres «sous la charme». La Conferencia de Ginebra llevaba camino de convertirse en una especie de sesión de espiritismo, durante la cual, actuando Molotov como «médiúm», fuese «materializado», sacándolo de su es-



Esta es la Delegación de la Alemania oriental a su llegada a Ginebra

fera espectral, el espíritu de la paz.

Frete a esto tan frágil, tan inconsistente, tan elusivo, se alzaba como un acantilado esa tremenda realidad insoslayable que es Alemania partida no en dos, sino en tres—la Occidental, la Oriental y la colocada bajo administración polaca—, como un desafío a todos los sastres imaginarios que pretendían coserla con buenas palabras. Uno no veía cómo podía soldarse aquella enorme garrafa partida en tres pedazos. No podía verlo simplemente porque no existía tal posibilidad.

Las posiciones, con los documentos de Ginebra a la vista, eran irreductibles. Sólo cabía esperar el milagro; un milagro que tenía que hacer precisamente la diplomacia en un mundo en el que, por desgracia, sólo cuentan ya los factores de fuerza. Se le pedía demasiado y, a nuestro juicio, sin convicción por parte de los más directamente interesados, los cuales—ahora se ve claro—sólo querían salvar las apariencias y mantener el «espíritu» en buena forma.

Por otro lado, cuando los cancilleres llegaron a orillas del lago Lehman, ¿qué quedaba ya del dichoso «espíritu»? Prácticamente, nada. Su principal animador, el Presidente Eisenhower, yacía en una cama del hospital militar Fitzsimmons, en Denver, y entre tanto los rusos, sin dejar de sonreír, le habían descargado un buen escobazo al «espíritu» al consentir en vender armas a Egipto, creándole a los occiden-

tales un problema más, y no de los flacos.

En estas condiciones llegaron a Ginebra las cuatro Delegaciones participantes. Nada en una mano, nada en la otra, y enfrente, como una pared, Alemania partida. Sobre sus cabezas, los murales de Sert, inmóviles.

LA VALIJA DE MOLOTOV

Para comprender bien lo que ha ocurrido en la capital suiza es conveniente que consideremos la «retranca» que cada Delegación llevaba a las negociaciones.

Tenemos de un lado a Rusia, afortunada propietaria de una tercera parte de Alemania, constituida en satélite y poblada por 17 millones de alemanes dóciles—a la fuerza ahorcan—a cuanto Moscú ordena y manda. Una ventajosa posición, hemos de confesarlo. En virtud de ella, Rusia tiene puesto un pie en el mismísimo corazón de Europa, lo cual siempre es importante, tanto política como militarmente. Por si esto fuese poco, la Alemania de Pankow actúa de cinta aisladora de los restantes satélites de la Europa Central o, como se decía antes, de cordón sanitario. Una Polonia y una Checoslovaquia vecinas de una Alemania democrática vinculada al Occidente sería para ellas una intranquilizadora tentación. Podría cundir el ejemplo y abollarse cualquier día el «telón de acero».

No obstante, todo en este mundo es pignorable o intercambiable, incluidas las naciones, según

nos demuestra la historia, especialmente cuando se trata de Polonia. ¿Qué podrían ofrecerle, a cambio de la Alemania oriental, los occidentales? Por supuesto, tendría que ser algo muy sustancioso que redondease un buen negocio.

Bien. Pero ¿qué podrían ofrecerle a cambio los occidentales? Piénselo el lector. ¿Qué? Pues nada, señores. O quizá menos que nada o algo peor que nada. Ofrecieron simplemente lo de siempre: celebración de elecciones libres para toda Alemania. O dicho con otras palabras: la pérdida por Rusia, a cambio de nada, de su satélite de la Alemania oriental. Porque a nadie se le oculta, y menos que nadie a los rusos, que unas elecciones libres pangermanas significarían una contundente victoria para Bonn y los occidentales y una afrentosa derrota para Pankow y Moscú. Este no sólo no ganaría nada en la transacción, sino que además perdería un satélite, sin duda el más importante de todos ellos.

Moscú no podía acceder a semejante «negocio», demasiado parecido a una liquidación por derribo. Y no se tomó muchas molestias en elaborar una réplica. Molotov se limitó a decir que Alemania no está preparada para una consulta de ese tipo. Naturalmente, no explicó por qué supone que los alemanes no están preparados para semejante prueba, aunque tal explicación en realidad sobraba, porque todos nos la sabemos: la prueba

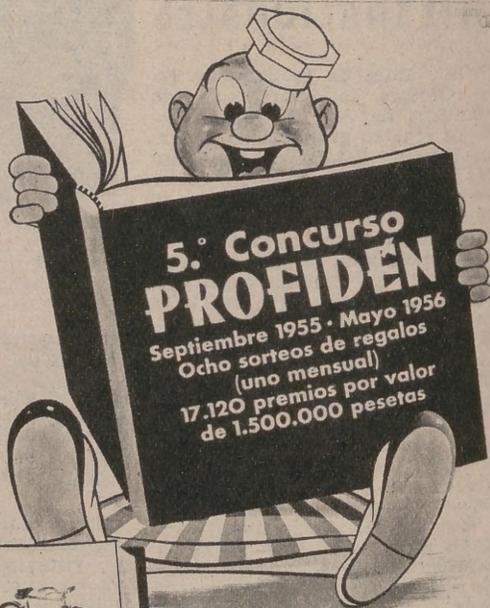
CAMPAÑA PROFIDÉN DE HIGIENE DENTAL

Lea y divulgue los interesantes «Consejos» que sobre Higiene Dental figuran en los impresos de bases del «5.º CONCURSO PROFIDÉN».

Además, puede Ud. beneficiarse con los Sorteos de Regalos de este Certamen, que organizado periódicamente como aliciente de la Campaña, le brinda la oportunidad de conseguir uno o más valiosos premios.

*

Para participar, soliciten las bases a su proveedor habitual de dentífricos.

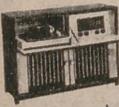


5.º Concurso PROFIDÉN

Septiembre 1955 - Mayo 1956

Ocho sorteos de regalos (uno mensual)

17.120 premios por valor de 1.500.000 pesetas

 8 Coches RENAULT 4 C.V.	 8 Motos VESPA	 8 Relojes sobremesa	 48 Relojes CERTINA	 64 Bicicletas BH
 8 Radiogramolas PHILIPS	 8 Receptores radiofónicos PHILIPS	 8 Receptores portátiles PHILIPS	 240 Balones CONDOR	 240 Muñecas LILI

¡7 MILES DE EQUIPOS DE HIGIENE DENTAL Y CEPILLOS PROFIDÉN!



«ESCUCHE Y SONRÍA»

es la emisión especial, CON REGALOS, que todos los viernes a las once de la noche, por Radio Madrid y su cadena de emisoras, dedicamos a los consumidores de «PROFIDÉN» de toda España.



en cuestión iban a perderla definitivamente los comunistas. En vista de eso las cosas no estaban lo suficientemente maduras. Habría que esperar a que el partido comunista alemán tuviese todas las probabilidades a su favor, cosa que suele ocurrir cuando detrás de las urnas está la sombra protectora del Ejército rojo.

El día 12 del corriente los conferenciantes se dispersaron. Foster Dulles se vino a Madrid y Molotov se fué a Moscú a recibir instrucciones de su Gobierno y piezas de recambio para las ofertas occidentales. Al lunes siguiente, día 13, Molotov estaba de vuelta en Ginebra con una sonrisa llena de optimismo. Dijo que traía «sorpresas» en su equipaje.

Expectación y desconcierto. ¿Qué nuevo juego de manos exhibiría el ministro soviético? Se supo al día siguiente. El viejo Viacheslav abrió su valija diplomática y de ella extrajo, como un prestidigitador de un sombrero de copa un conejo. Pero un conejo con mixomatosis: su famoso Consejo pangermano, un artilugio jurídicoadministrativo que debió ser elaborado por la mente más confusa de Moscú. Algo terriblemente complicado y, por supuesto, inaceptable. Inaceptable porque, entre otras cosas, el nuevo proyecto Molotov implicaba la reunificación de Alemania una vez que ésta hubiese sido bolchevizada por completo. Los occidentales examinaron, estupefactos y escandalizados, esta oferta soviética y la escupieron en el acto. Von Brentano dijo que aquello era «una vergüenza». Sin duda, lo era.

En todo caso una cosa quedó bien patente: que Rusia no deseaba a ningún precio, y menos gratuitamente, la celebración de elecciones libres para toda Alemania. Si había alguna duda quedó despejada instantáneamente. Como, por otro lado, los occidentales no estaban dispuestos a ceder un milímetro en este terreno, a partir de aquel lunes 13 la Conferencia de Ginebra entró en barrena; sólo que para amortiguar el batacazo, Molotov abrió a pocos metros del suelo un paracaídas: el de las inspecciones aéreas. No era más que un «ersatz», un sustitutivo del éxito, aunque todo el mundo convino en que se trataba de «malta» y no de «café-café».



Arriba: A la izquierda, la Delegación americana, presidida por Foster Dulles; a la derecha, la francesa, presidida por Pinay. — Abajo: La Delegación británica, encabezada por mister Harold McMillan

Una vez más acababa de fracasar otro intento para la deseada reunificación de Alemania. El «espíritu de Ginebra» no era en realidad para los rusos más que el «espíritu de Berlín». Un espíritu burlón que siempre niega, que siempre dice «niet», como el que visitó a Fausto en su estudio.

Hemos de insistir en que este lamentable final estaba previsto. En cambio no todos son puntos negativos para el Occidente en este balance ginebrino. Al lado de la firme decisión soviética de no echar en los azares de una balanza electoral al más importante de sus satélites, otra cosa se puso de manifiesto por primera vez con una absoluta nitidez: la unidad de los occidentales ante uno de los problemas que más divisiones ha causado entre ellos: el de Alemania y su reunificación. Así como en la Conferencia de Berlín de 1954 el frente occidental había presentado más de un agujero, en Ginebra no hubo fisuras en ese

frente: Molotov tropezó con una pared lisa e infranqueable. Toda la obra de maceración de la propaganda rusa, basada en amplias sonrisas y minúsculas concesiones, resultó por todo lo dicho un fracaso.

Cierto es, pues, que los alemanes se han quedado sin reunificación, pero no es menos cierto que los rusos se han quedado sin lo que pretendían: la demolición del edificio defensivo occidental, del edificio militar (O. T. A. N.) y del edificio político (Unión Europea Occidental). Habiendo sido de los rusos la iniciativa de celebrar esta conferencia, y no habiéndose hecho los occidentales muchas ilusiones sobre la solución inmediata del problema alemán, está más de acuerdo con las realidades convenir en que el fracaso de Ginebra afecta más a la Unión Soviética que a los otros.

POSICIONES IRREDUCIBLES

Lo que Rusia quería concretamente era crear un sistema de seguridad colectiva para Europa. Hecho, esto no tendría inconveniente en parlamentar—eso sí, con mucha calma—sobre la reunificación alemana. Este sistema de la seguridad colectiva implicaría, entre otras cosas, la extinción de la O. T. A. N. y de la Unión Europea Occidental. La cosa no estaba mal pensada: de un solo y certero golpe desmontaba el aparato militar que, hoy por hoy, constituye el único freno hidráulico que se opone a su política de fuerza en una vastísima área del globo; de un solo y certero golpe quedaba pulverizada una obra que la diplomacia de los Estados Unidos había tardado siete años en edificar en Europa; finalmente, de un solo y certero golpe quedaban desmochados diez años de esfuerzos europeos para dar sentido y vigencia a las ideas de una Europa unida. O sea que el mundo occidental tendría que quedarse a cero, dando un salto atrás de diez años, para volver al punto de partida de 1945. Todo en virtud de una «seguridad colectiva» que tiene, forzoso es reconocerlo, muy malos antecedentes. Un maravilloso mecanismo de seguridad colectiva a escala mundial es la O. N. U., sin ir más lejos. En ese principio de la seguridad colectiva se inspiró, como ustedes sa-

ben. ¿Y cuál ha sido el resultado? La inseguridad colectiva.

Esta propuesta soviética tampoco constituía un buen negocio. Demasiado precio para la reunificación de Alemania, que después se lograría o no se lograría, y que, en todo caso, aunque se lograra, habría perdido para el Occidente todos los atractivos que hoy puede tener.

El porvenir que los rusos preparaban a Europa no podía ser más triste. No puede decirse ciertamente que se haya adelantado mucho en eso de la unificación europea; quizá tampoco quepa esperar muchas cosas de ella. Pero de momento no se ha inventado nada mejor para fomentar una duradera reconciliación y cooperación entre franceses y alemanes. El sistema de seguridad colectiva propuesto por la U. R. S. S. quizá no implicaba una guerra más entre Alemania y Francia, aunque vaya usted a saber lo que ocurriría; pero por lo menos las relaciones entre estos dos países claves para la paz de Europa quedaría reducida a una «coexistencia» estática, siendo por el contrario una «coexistencia» dinámica—como la que implica la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, por ejemplo—, lo que necesita y lo que exige el bienestar de Europa, de toda Europa.

En pocas palabras: las posiciones quedaron en Ginebra, ya en el epílogo desganao de la conferencia, tan irreductibles como estaban antes de iniciarse la conferencia.

Occidentales: primero, reunificación, y después, seguridad colectiva.

Rusos: primero, seguridad co-

lectiva, y después, reunificación.

Ni unos ni otros se movieron hacia un hipotético «mitad de camino» que no existe. Todos podrían decir lo que el mariscal MacMahon: «J'y suis j'y reste». «Aquí estoy y aquí me quedo.»

Definitivamente las perspectivas de la reunificación de Alemania se alejan en el futuro hasta perderse de vista. Aunque en Ginebra se haya dejado una puerta abierta para ulteriores negociaciones nada cambiará mientras no se altere fundamentalmente la presente situación mundial. Todo lo que Rusia podía «soltar» sin necesidad de acudir a la fuerza lo ha soltado ya. Lo «otro» habrá que sacárselo un día con tenazas y sin anestesia o con la anestesia que sigue infaliblemente al martillazo en el cráneo, que es la que ha empleado siempre Moscú.

PUNTOS POSITIVOS

Ninguno ha sido el resultado práctico de esta conferencia, si nos atenemos a las premisas puestas y a los efectos que se esperaban. Pero ha habido resultados que bien podemos calificar de prácticos, aunque se hayan producido al margen de la conferencia, aunque gracias a ella. Es evidente que a este respecto acabamos de entrar en una nueva fase de la diplomacia mundial. Nos encontramos ante un giro de por lo menos 90 grados.

Entre los aludidos resultados hay dos que tienen para el mundo libre una significación específica altamente aleccionadora: uno señala el gran «bluff» final del «new look» soviético, basado en el imposible señuelo de la coexistencia pacífica; otro señala

un notorio fortalecimiento de la idea unificadora de Europa en su—por ahora—mínima expresión de la Unión Europea Occidental. El fenecido «espíritu de Ginebra» ha servido al menos para avivar la llama del «espíritu de Europa».

En cuanto a lo primero—«new look» soviético—hemos asistido a la culminación de su «ciclo vital». Nació para embaucar a los occidentales y para desintegrar sus construcciones políticas y militares (O. T. A. N., Unión Europea Occidental, etc.). No lo consiguió, según acabamos de ver. En consecuencia, ya no tiene razón de ser, y a partir de este momento columbramos en un próximo futuro un endurecimiento de las relaciones entre el Este y el Oeste, que podría llevar sin gran esfuerzo a un progresivo «calentamiento» de una nueva guerra fría.

No tiene ya objeto la prosecución del «nuevo estilo» soviético. Ha perdido su justificación y sólo artificialmente podrá ser mantenido unos meses más, como un embalsamamiento del «espíritu de Ginebra». Mucho nos tememos que las sonrisas de Bulganin y Molotov vayan degenerando en una mueca, como la de quien recibe un sartén en los nudillos.

En cuanto a lo segundo—fortalecimiento del espíritu europeo—, se ha pensado incluso en un solemne desenterramiento de la fenecida C. E. D. (Comunidad Europea de Defensa) como primer paso hacia una auténtica supranacionalidad. En agosto de 1954 existía aún la duda de que tal comunidad «non nata» malograra la última oportunidad de llegar a un entendimiento con la U. R. S. S. Esto pensaban, por lo menos, los franceses.

Hoy no puede existir ya la menor duda de que tal oportunidad no existía. A cambio del sacrificio de la C. E. D., que hizo tambalear toda la diplomacia occidental, ¿qué se ha conseguido de Rusia? Nada sustantivo, nada que mereciera la pena.

Ahora tal vez sea demasiado tarde para resucitar al muerto. Pero en todo caso las naciones europeas, libres de sus escrúpulos de conciencia y persuadidas de que los caminos que llevan a Moscú son exclusivamente los de la capitulación, a cambio de nada, podrán ensayar de nuevo bajo mil formas la supranacionalidad. Ginebra ha actuado sobre ellas como un depurativo y como una catarsis.

El «espíritu de Ginebra» era un fantasma, y como tal se ha desvanecido en el sueño de una noche de otoño. Ahora queda en pie el «espíritu de Europa».

¿Sueño o posibilidad?

Sin duda alguna, posibilidad.



El embajador de los Estados Unidos en Ginebra saluda al ministro ruso Molotov.—A la derecha, Foster Dulles y McMillan atienden una indicación de Pinay



ELEGANTES ABRIGOS PARA CABALLEROS

EL CORTE INGLES
los ha diseñado y
creado para Vd.

- MODELOS .. {
 Una fila y cruzados, manga pegada.
 Una fila, ranglán, con solapa.
 Una fila, largo tres cuartos.
- CALIDADES. {
 Terciopelos, Meltons, Estambres.
 Pelo cortado, Gamuza, Tweeds.
 Imitación piel.
- COLORES . {
 Corinto, marrón fuerte, corteza.
 Musgo, arena, petróleo, gris.
 Beige y todas las mezclas.

EN TODAS LAS MEDIDAS

Precios: 875 - 950 - 1.075 - 1.175 ptas.

PLANTA TERCERA

ENVIOS A PROVINCIAS

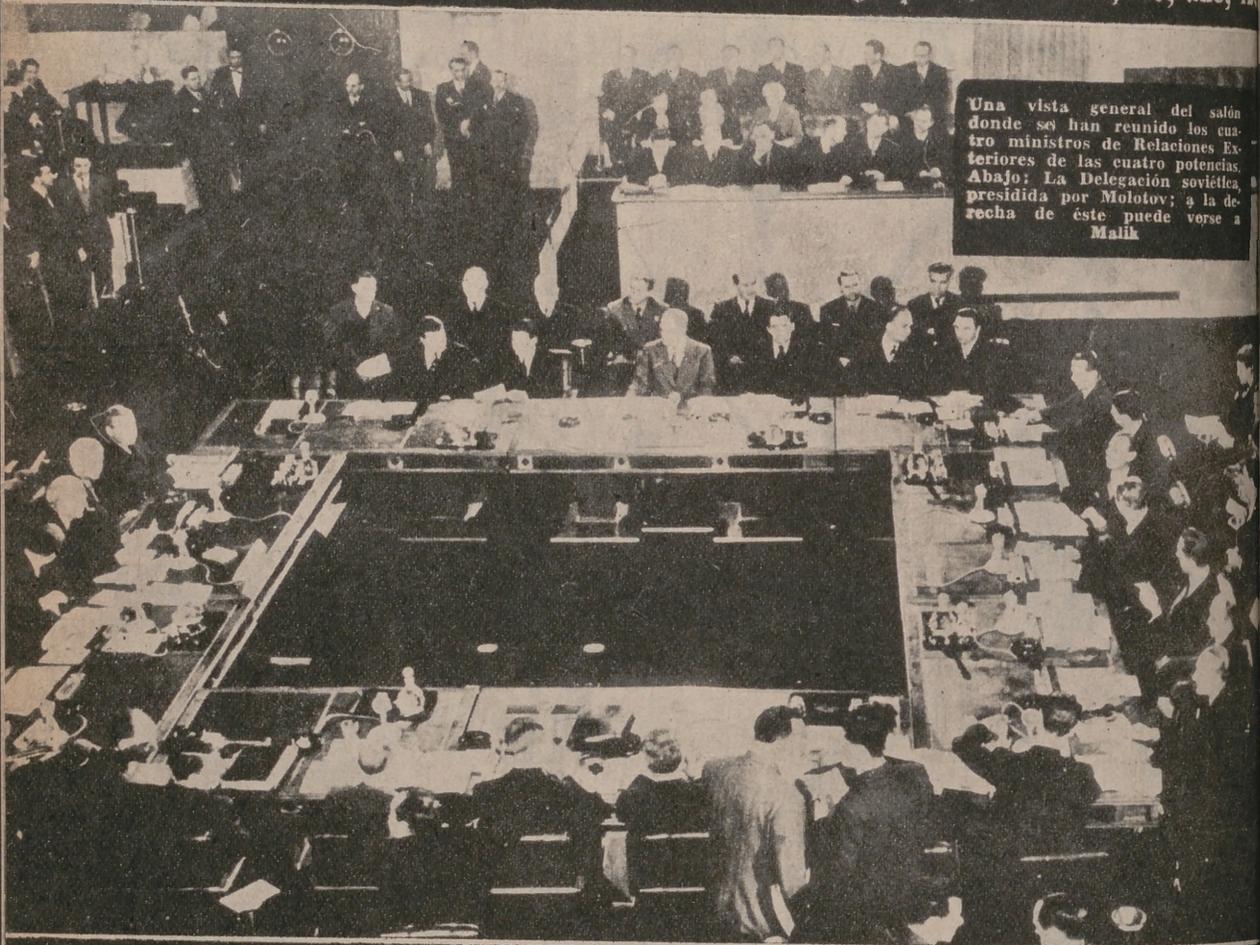
El Corte Inglés

“DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO”

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



Una vista general del salón donde se han reunido los cuatro ministros de Relaciones Exteriores de las cuatro potencias. Abajo: La Delegación soviética, presidida por Molotov; a la derecha de éste puede verse a Malik

DE LAS CENIZAS DEL "ESPIRITU DE GINEBRA" HA RENACIDO EL "ESPIRITU DE EUROPA"



LA "OFENSIVA DE PAZ" DE RUSIA HA TERMINADO EN UN FRACASO DIPLOMATICO